

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



Departamento de Ciencias
Antropológicas

TESIS DE LICENCIATURA

**“Relaciones de poder, sujetos y conceptualizaciones en
torno a la Economía Social y Solidaria en Argentina
(2001-2011). El caso de una cooperativa de vivienda,
crédito y consumo”**

Alumno: Felipe Sáez Riquelme

Directora: Dra. Susana Presta

LU: 94.098.042

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo I. Estado de la cuestión y contexto histórico.	
I. 1. 1. Desarrollo, Tercer Mundo y Pobreza. El surgimiento de la economía social y solidaria.....	7
I. 1. 2. La economía social y solidaria como campo de estudios.....	11
I. 1. 3. Perspectivas alternativas para el estudio de la economía social y solidaria	15
I. 1. 4. Hacia un enfoque diferente para la Economía Social y Solidaria.....	21
Capítulo II. Consideraciones teóricas.	
II. 1. 1. Poder y Colonialidad del poder.....	24
II. 1. 2. El Eurocentrismo como perspectiva de conocimiento.....	28
II. 1. 3. La ciencia de lo económico, la utopía del mercado total y la economía social y solidaria.....	35
II. 2. Desarrollo, colonialidad y la economía social y solidaria en la Argentina actual.....	39
II. 3. 1. Practicas eurocéntricas de representación de la alteridad	45
II. 3. 2. Representación, utopía y economía social y solidaria.....	49
Capítulo III. Consideraciones metodológicas.	
III. 1.1. Antropología de la modernidad y Economía social y solidaria.....	52
III. 1.2. Los discursos de la economía social y solidaria como objeto antropológico.....	54
III. 1.3. Un acercamiento etnográfico a una cooperativa de economía social y solidaria	57

Capítulo IV. Los discursos en torno a la economía social y solidaria en Argentina.

IV. 1. 1. Introducción.....	62
IV. 1. 2. Definiciones y descripciones de la economía social y solidaria.....	62
IV. 1. 3. Prescripciones e indicadores de la economía social y solidaria.....	66
IV. 1. 4. El espacio del desarrollo y el lugar de la utopía.....	73

Capítulo V. Experiencias y perspectivas de los miembros de una cooperativa.

V. 1. Introducción.....	78
V. 2. 1. Organización de “La Asamblearia”.....	78
V. 2. 2. Historia general y presente.....	82
V. 3. “Hacer en el camino”. Los aportes de “La Asamblearia” a la economía social y solidaria.....	87
V. 4. Las prácticas de economía social y solidaria. Movimientos, intelectuales y el proyecto de otra economía.....	93
V. 4. 1. “La Asamblearia” y sus relaciones con los movimientos de la economía social y solidaria.....	94
V. 4. 2. Los intelectuales y “La Asamblearia”.....	98

Capítulo VI. Relaciones de poder y subjetividades. Economía, desarrollo y utopía en el caso estudiado.

VI. 1. Introducción.....	104
VI. 2. El eurocentrismo como perspectiva de conocimiento y la economía social y solidaria.....	104
VI. 3. El desarrollo como eje epistémico de la economía social y solidaria.....	107
VI. 3. 1. El desarrollo y la totalidad histórico-heterogénea.....	107
VI. 3. 2. Desarrollo humano y autogestión: de la supervivencia a la “empresa solidaria”.....	111

VI. 4. Utopía, alteridad y alternativa.....	114
VI. 4. 1. Alternativa al patrón, pero no al mercado.....	114
VI. 4. 2. Representaciones utópicas y <i>otredad</i> económica.....	115
Consideraciones Finales.....	119
Bibliografía	123

Agradecimientos

Esta investigación se realizó para optar al grado de Licenciado en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires. El proceso comprendido entre las primeras intuiciones –surgidas en las últimas materias de la carrera- y las últimas correcciones –hechas lejos de las aulas y la biblioteca del subsuelo- fue más extenso del que imaginé en un comienzo. Por esto, a lo largo del cometido fueron diversas las personas que me apoyaron, como así también las circunstancias, tanto adversas como favorables, que acompañaron la suerte de las páginas que a continuación presento. En primer lugar quisiera agradecer a la Cooperativa de Crédito, Vivienda y Consumo “La Asamblearia”, debido a que sin ellos, sin su colaboración, predisposición al diálogo y paciencia, este trabajo no hubiese sido posible. No quiero sólo agradecerles esto, sino fundamentalmente, su actitud crítica y constructiva frente a mi propia investigación, que la modificó de manera insospechada, generándome un profundo cuestionamiento teórico-metodológico respecto a las separaciones entre el sujeto que estudia y los sujetos que son estudiados –y que este trabajo se encarga, a su manera y con sus propios límites, de abordar-. En segundo lugar, agradezco a mi directora de tesis, Dra. Susana Presta, que gracias a sus críticas, correcciones y comentarios, este trabajo resultó ser bastante más de lo que esperaba. También quiero agradecer a las discusiones que hemos establecido durante los últimos años en el G.E.E.S.S. –Grupo de estudios de economía social y solidaria- y a sus miembros. Muchas de las ideas que presento en este trabajo lograron madurar siendo parte de aquellos intercambios.

Finalmente, quisiera agradecer a mi entorno más íntimo, en específico a mi familia: a mis padres, Richard y Margarita, por su apoyo y afecto, presentes en estos largos años fuera de casa. A mis hermanos Nicolás, Cristóbal, Tomás y Paloma: los quiero mucho. También doy gracias a mi amiga Alma Laprida por regalarme el grabador de audio con que se realizaron los registros. Por último a mis compañeros de casa, Charly y Goyo, por soportarme. Quisiera agradecer a muchas otras personas - profesores, amigos, compañeros- con quienes he conversado y de quienes he aprendido. Sépanse aludidos. Finalmente, quisiera agradecer al lector que tiene este trabajo en sus manos.

INTRODUCCIÓN

A pesar de las transformaciones que ha sufrido durante las últimas décadas, la idea de “desarrollo” ha adquirido un carácter hegemónico en los imaginarios y políticas de progreso, bienestar y modernización de la historia reciente. Desde que Truman, en su discurso de asunción como presidente de los Estados Unidos en 1949 utilizó por primera vez la palabra “subdesarrolladas” para referirse a las áreas que pueden crecer y mejorar¹, dos terceras partes de la población mundial se transformaron, de la noche a la mañana, en el espejo invertido de los “países desarrollados” (Escobar, 1998). Entonces, como una respuesta al problema de la pobreza y atraso del “Tercer Mundo”, el desarrollo creó una serie de estrategias, que imbricaron conocimiento y poder, con el propósito de que estos países fueran diagnosticados e intervenidos bajo la promesa de su modernización. Los programas generados por las instituciones de Brettons Woods - Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT)- diagramaron modelos discursivos que dieron las condiciones de posibilidad para tratar al “subdesarrollo” como un problema global y la “ayuda al subdesarrollo” como un objetivo económico y político. Asimismo, generaron modelos operativos para la movilización de recursos financieros, materiales y humanos. De esta forma, la promesa del desarrollo tuvo una profunda eficacia durante las últimas décadas al promover aspiraciones motivadoras e impulsoras de movimientos y cambios mayores en la sociedad (Quijano, 2000b) siendo no sólo un objetivo en la macropolítica mundial, sino también, un objetivo central dentro de la agenda de los Estados-Nación, en especial, en los países del “Tercer Mundo”.

Desde entonces, agazapado en los procesos de reestructuración capitalista que comienzan a agudizarse en los `70 y que indicaron el agotamiento de los modelos económicos centrales después de la Segunda Guerra Mundial (Presta, 2007), el desarrollo asume un rol central en la nueva configuración del Estado, el mercado y la sociedad. Durante la década de los `80 el auge del neoliberalismo económico puso nuevamente el acento en las políticas macroeconómicas de estabilización y crecimiento, acompañadas de la liberación de los mercados y la reforma del Estado. Bajo los

¹ “Debemos embarcarnos en un programa completamente nuevo para hacer accesibles los beneficios de nuestros avances científicos y de nuestro progreso industrial, de tal forma que las áreas subdesarrolladas puedan crecer y mejorar” (Truman, 1967 citado en Esteva, 2000:68)

lineamientos del “Consenso de Washington” se impulsaron nuevas estrategias para contrarrestar las consecuencias negativas del modelo económico, entre éstas, el crecimiento en los niveles de pobreza, desempleo y de actividades productivas o comerciales informales. Estas estrategias para la administración de la “cuestión social” en la actualidad, desde aquella reestructuración, vinieron asociadas a nuevas ideas que resemantizaron al desarrollo –“desarrollo humano”, “desarrollo sustentable”, etc.-, dándole una cara distinta a una constelación conceptual antigua. Las diversas máscaras que adjetivan al desarrollo se han instaurado, hasta nuestros días, como portadoras del antídoto que el embrión originario trae consigo.

De forma paralela, en un contexto de desregulaciones y crisis, han surgido distintas formas de producción para la reproducción, ya sea con la expansión del mercado informal o bien con la creación de nuevas formas de cooperación, en tanto soluciones para la reintegración, que buscan amplias capas de población excluida. En este contexto se han erigido distintos tipos de emprendimientos socioeconómicos estructurados sobre diversas formas de organización (cooperativismo, asociativismo, reciprocidad, entre otras) que intentan construir proyectos de vida colectivos para abrir nuevos senderos frente a la crisis. Este es el caso de la Economía Social y Solidaria, que, en tanto teoría y práctica, si bien ha estado presente en Latinoamérica en los últimos 30 años (Abramovich y Vázquez, 2006; Coraggio, 1992; Razeto, 1984), en nuestro país ha sido reactivada desde la profundización de la crisis socioeconómica ocurrida en la década del '90, alcanzando mayor visibilidad y consolidación tras la última crisis del año 2001.

En tanto campo de estudios, la economía social y solidaria dirige su atención hacia una serie de prácticas socioeconómicas de diversos tipos, tales como: sector voluntariado, filantrópico, no monetario, no lucrativo, de interés social, tercer sector, ONGs y otras que, aunque intenten describir realidades similares, no siempre delimitan el mismo campo de actividades (Oxoby, 2010). La heterogeneidad de prácticas que el concepto aúna, dificulta la delimitación satisfactoria del campo de actividades al que debería hacer referencia su definición². De todas formas, este problema conceptual, aún en curso, hasta el momento no ha interrumpido la proliferación de estudios, análisis de

² Al respecto, Guerra (2007) da cuenta de una discusión entre los más importantes teóricos latinoamericanos en la temática, respecto a la dificultad analítica para denominar estas prácticas.

casos, investigaciones y nuevas conceptualizaciones que han sido desarrolladas en esta última década, reflejando que dicho campo de estudios goza de buena salud. En este sentido, desde distintas corrientes teóricas y con diversos énfasis, ha sido presentada como una forma organizativa “alternativa” – bajo el nombre de “otra economía”-, que permitiría la emancipación del trabajo humano, como así también, su existencia al margen del Estado y del mercado capitalista (Razeto, 2000; Coraggio, 1999 y 2007b; Primavera, 2004; entre otros). En nuestro país, estas tendencias implican tanto la teorización acerca de éstos sistemas de producción como la puesta en marcha y el apoyo de proyectos prácticos que apunten en esta dirección.

Al interior de la doble dimensión teoría-praxis, y en su constante retroalimentación, resulta evidente que para poder configurar un marco de análisis plausible, la economía social y solidaria ha debido delimitar una gran cantidad de experiencias socio-económicas diversas a determinadas cualidades analíticas de interés y a contextos específicos en los cuales tienen lugar. En esta selección, que conjuga conocimiento y poder, una pregunta de interés central se asoma en el horizonte: *¿Bajo cuáles supuestos los discursos y prácticas de la Economía Social y Solidaria han construido las conceptualizaciones acerca de estos nuevos emprendimientos socio-económicos en el contexto argentino de los últimos diez años?* La pregunta por los supuestos del campo en cuestión, nos obliga a dar cuenta de cuáles han sido las condiciones de posibilidad para que, durante la última década, discursos sobre la *alteridad económica* tengan lugar y encuentren una aceptación en el movimiento general de la “otra economía”, incluyendo a los movimientos, cooperativas y organizaciones que llevan adelante estas prácticas. De entre éstas, las experiencias y perspectivas de la Cooperativa de crédito, vivienda y consumo “La Asamblearia”, que asumió su actual forma legal en el año 2003, pero que se enraíza al movimiento general de las asambleas barriales del año 2001, nos habilitan, desde un enfoque antropológico, a mirar de cerca estos supuestos al interior de un proyecto socio-económico particular.

En relación con lo anteriormente mencionado, el *objetivo general* de la presente investigación es *analizar los supuestos epistémicos que los discursos de la economía social y solidaria han construido acerca de estos nuevos emprendimientos socio-económicos en el contexto argentino de la última década (2001-2011)*. Con el fin de arribar al objetivo general indicado consideraremos los siguientes *objetivos específicos*:

a. Analizar un corpus de documentos en torno a las conceptualizaciones sobre la Economía Social y Solidaria y las representaciones derivadas de estas últimas en el contexto argentino de los últimos diez años (2001-2011).

b. Releva los sentidos que los miembros de la Cooperativa “La Asamblearia” construyen acerca de la economía social y solidaria y su relación con los supuestos teóricos y conceptuales presentes en este campo de estudios.

c. Analizar la dinámica de construcción de sentidos del caso estudiado como una dimensión en las formas de construcción de relaciones de poder.

En la presente investigación se analiza un corpus discursivo de publicaciones académicas especializadas en la economía social y solidaria, que reúne a los más prestigiosos teóricos y a sus propuestas más difundidas. El objetivo es dar cuenta de los presupuestos epistémicos que encarnan algunas de las conceptualizaciones del campo en cuestión. Guiados por el análisis detallado de estos presupuestos, a continuación analizamos las perspectivas y experiencias de la cooperativa de vivienda, crédito y consumo “La Asamblearia”, creada en el año 2003 bajo el calor de la asamblea barrial de Nuñez-Saavedra, en la ciudad de Buenos Aires. Esta cooperativa es un emprendimiento socio-económico colectivo, que centra su lucha en enfrentar críticamente al mercado a través de la creación de prácticas alternativas de producción autogestiva, de distribución de productos a través de intercambios solidarios, de comercio justo y de consumo responsable. Estas cuatro instancias son los pilares fundamentales de sus prácticas económicas, todas ellas centradas en el trabajo humano y no en la finalidad especulativa del lucro. Según esto, los miembros de “La Asamblearia” entienden a las relaciones económicas como parte íntegra de las relaciones sociales y políticas entre productores y consumidores. Estos vínculos se despliegan desde Buenos Aires y el conurbano hacia distintas zonas del país, centralizados en su local de ventas, ubicado en el Mercado Solidario de Bonpland, lugar donde comparten con otros movimientos y cooperativas. En estos nexos, necesarios y enriquecedores, se generan ideas diferentes respecto al consumo, al trabajo y a las formas de producción. Enmarcada en estos intercambios de ideas, experiencias y productos, “La Asamblearia”, pese a su particularidad, asume en lo fundamental una

identidad compartida con los movimientos y cooperativas de economía social y solidaria, bajo el común acuerdo de una pertenencia grupal a la “otra economía”. Por este último motivo es para nuestra investigación de gran pertinencia relevar, por una parte, sus experiencias, historias y sentidos respecto al campo general de la economía social y solidaria y, por otra parte, ponerlas en relación con los conceptos, descripciones y presupuestos que los discursos teóricos han sostenido.

Nuestra investigación se estructura en seis capítulos. En el capítulo I, bajo el título “Estado de la cuestión y contexto histórico” proponemos un marco histórico centrado en el *desarrollo* para la comprensión del surgimiento de la economía social y solidaria en Argentina en la última década. Posteriormente daremos cuenta del estado en el que se encuentran en la actualidad los estudios acerca del tema y presentaremos nuestro particular enfoque. El capítulo II, titulado “Consideraciones teóricas”, desarrollaremos los conceptos teóricos que han orientado este trabajo, enmarcados en los aportes de la perspectiva analítica del proyecto *modernidad/colonialidad*. La noción de *colonialidad del poder* resulta central en el presente análisis, puesto que nos permitirá profundizar en las nociones de *eurocentrismo*, *desarrollo*, *prácticas de representación* y *utopía*. En el capítulo III “Consideraciones metodológicas” se presenta el recorrido metodológico de la investigación y se exponen los métodos, técnicas y procedimientos que hemos seguido para alcanzar los objetivos propuestos. En los siguientes tres capítulos se exponen y analizan los resultados de la investigación a partir de la convergencia entre los conceptos teóricos y las herramientas metodológicas de los capítulos anteriores. En el capítulo IV, titulado “Los discursos en torno a la economía social y solidaria en Argentina” analizaremos los presupuestos epistémicos de un corpus de documentos pertenecientes al campo teórico de la economía social y solidaria enunciados en el contexto argentino de la última década. El análisis de estos presupuestos servirán de guía para el capítulo siguiente: “Experiencias y perspectivas de los miembros de una cooperativa de economía social y solidaria”. En este quinto capítulo son relevados y analizados los sentidos que los miembros de la cooperativa “La Asamblearia” construyen acerca de la economía social y solidaria y su relación con los supuestos epistémicos y conceptuales que en el corpus teórico del capítulo anterior han sido presentados. En el sexto y último capítulo “Relaciones de poder y subjetividades. Economía, desarrollo y utopía en el caso estudiado” es analizada en profundidad, y a modo de contrapunto, la información que hemos presentado en los capítulos IV y V.

Tomando a la *colonialidad del poder* como categoría de análisis, indagaremos en las dinámicas de construcción de sentido en el caso estudiado a partir de tres nociones centrales: *economía, desarrollo y utopía*. Finalmente en las “Consideraciones Finales” se sintetiza la investigación en su totalidad a través del examen de algunas posibles preguntas o líneas de investigación futura.

CAPÍTULO I

Estado de la cuestión y contexto histórico

I. 1. 1. Desarrollo, Tercer Mundo y Pobreza. El surgimiento de la economía social y solidaria.

En los últimos años, la economía social y solidaria se ha transformado paulatinamente en un área de interés académico y político. Su irrupción en el debate actual ha posibilitado abrir las perspectivas de análisis de la tradicional “ciencia económica” y vislumbrar los vínculos existentes entre economía, cultura, sociedad e historia. Movimientos, intelectuales y simpatizantes de todo tipo, que se adscriben a ella, han encontrado ideas con las cuales cuestionar la naturalización del neoliberalismo como modelo económico. No obstante, el lugar que asume la economía social y solidaria para criticar al neoliberalismo –y también, la lógica de su crítica- debe apreciarse en base a su conformación histórica en las últimas décadas de nuestro continente. En este contexto, los discursos y prácticas del desarrollo presentes desde la segunda mitad del siglo XX, que han abarcado las dimensiones económicas, técnicas, políticas, y actualmente ecológicas, sociales y humanas, son un marco de referencia central al cual remiten los emprendimientos socio-económicos de la “otra economía”, en tanto posibilidad de un nuevo estadio para la economía y la sociedad. Entonces, el surgimiento de la economía social y solidaria debe ser aprehendido al interior de las lógicas y prácticas del desarrollo.

Tanto en sus dimensiones epistémicas como en sus políticas de implementación, el desarrollo representa una certeza en el imaginario político-social global desde fines de la Segunda Guerra mundial hasta la fecha. Si bien este término se ha constituido como polisémico, incluso en ciertos casos de manera ambivalente, lo cierto es que existe una acepción hegemónica de esta noción que ha sostenido imaginarios y políticas de progreso y modernización en todo el denominado “Tercer Mundo” (Quintero, 2009). Este término ocupa el centro de una constelación semántica increíblemente poderosa (Esteve, 2000), que ha logrado revitalizar algunos tropos centrales de las ciencias naturales del siglo XVIII y en específico, los del evolucionismo del siglo XIX. Desde estos lugares de enunciación se ha entendido al desarrollo como un proceso a través del

cual “se liberan las potencialidades de un objeto u organismo hasta que alcanza su forma completa” (Esteva, 2000:71). Las concepciones de Herder de la historia social, de Moser acerca del proceso gradual de cambio social y del propio Marx del proceso histórico, tendieron a reproducir esta idea con la conformación disciplinar de las ciencias sociales³, extendiéndose pronto al ámbito de lo vernáculo. En este sentido, la palabra desarrollo siempre implica un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior. En el momento de su formulación, el modo industrial de producción fue presentado como el estadio terminal de una evolución social unilineal. De este modo, el término “desarrollo” evocó los principios de un modelo de vida histórico-social asociado al progreso científico e industrial, al crecimiento económico en la adopción de estilos de vida culturalmente modernos y a un sistema político de gobierno (Quijano, 2000b).

Pero no será hasta 1949 que Harry Truman, en su discurso de asunción como presidente de los Estados Unidos, volvió el término hegemónico. Al proclamar como prioridad para la nación norteamericana la “lucha contra el subdesarrollo” y combatir “la amenaza de la pobreza”, y a su vez, al exaltar la urgencia de crear condiciones necesarias para expandir a todo el resto del mundo “los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor” (Escobar, 1998), Truman da inicio a una nueva era: la era del desarrollo. A partir de este momento, las constelaciones semánticas del desarrollo -“crecimiento”, “modernización”, “desarrollo”, “subdesarrollo”, etc.- fueron asumidas y generalizadas en prácticamente todos los ámbitos de la existencia social, como parte de un discurso incuestionable. Fundamentalmente, éste impuso el imperativo de la “modernización” como algo deseable y plausible para el conjunto mundial de la población.

Bajo este impulso, la lucha contra la “pobreza” y el “subdesarrollo” se instauró como horizonte político global. El desarrollo, al reclasificar a las sociedades en términos de desarrollados/subdesarrollados, ejerció un sistema de relaciones que permitió una “creación sistemática de objetos, conceptos y estrategias” (Escobar, 1998:88). Tras la Segunda Guerra Mundial, el discurso bélico se desplazó al campo

³ En Antropología el evolucionismo, tanto en los EE.UU como en Inglaterra, fue el primer gran paradigma teórico de la disciplina.

social y encontró en el “Tercer Mundo” su objeto de intervención. Ya no sería la lucha contra el fascismo, sino contra “la pobreza” el eje movilizador de importantes políticas globales. En sí misma, la pobreza masiva en el sentido moderno solamente apareció con la consolidación del capitalismo, al romper los lazos comunitarios y el acceso a los recursos fundamentales. En este sentido, el desarrollo no debe verse sólo como una ideología o una utopía en pugna (Lins Ribeiro, 2007), sino en su configuración como una problemática científica, política y económica, frente a la inherente “pobreza” de los países “subdesarrollados”. La solución para éstos consistía en la aplicación de “paquetes de medidas” planificadas por un cuerpo de profesionales, técnicos y expertos, con el fin de estipular el crecimiento económico y el progreso. En este sentido, “los pobres fueron convertidos en objetos de conocimiento y administración” (Escobar, 1998:54) ya que los objetivos gubernamentales apuntaron a la transformación de los sujetos “pobres” en “asistidos” (Escobar, 1998). Fundamentalmente, esta “asistencia” operó como una política orientada a la integración de la población al mercado, en las formas de la disciplina laboral y del consumo. Paralelamente, la pobreza, encontró en el instrumental de la ciencia económica un indicador ideal para su medición: “el ingreso anual *per cápita*” (Escobar, 1998:55). Fue ésta la medida universal utilizada tanto para diagnosticar la situación económica de los países, como para diagramar los planes de acción respectivos. Bajo este parámetro económico, que presentó a la pobreza como un problema técnico, es que se erige la idea de la “ayuda” como dinámica relacional entre los países del “Primer Mundo” y del “Tercer Mundo”.

La “ayuda al Tercer mundo” –que aún subsiste como horizonte político en los organismos multilaterales-, movilizaba por aparentes motivaciones filantrópicas y desinteresadas, vino acompañada por el cumplimiento de imperativos políticos, económicos y éticos de los “países donadores”, generando obligaciones en los “países beneficiarios” que prolongaron la anterior dominación colonial. Esta dinámica ha sido llamada por Mende (1974) “ayuda atada”. La obligación generada a los países deudores, a través de contrataciones de servicios y compras de bienes a un alto costo y restricciones administrativas, han conducido al “Tercer Mundo” hacia una dependencia cada vez más profunda. Esta dinámica, que caracteriza el “subdesarrollo” y la “ayuda al subdesarrollo”, toma la forma de un bipolarismo antagónico entre las partes involucradas. En este sentido, la colonización de la realidad por parte del discurso del desarrollo (Lander, 2004) presenta su punto máximo de eficacia al construir un potente

imaginario que apela al cambio voluntario de las poblaciones, en tanto devenir natural de la historia reciente.

Desde los albores del siglo XXI, sin embargo, no podría admitirse que desde la segunda posguerra el desarrollo no ha sufrido importantes transformaciones. Siguiendo a Murillo (2006) a partir de los 60', las estrategias resolutivas de la "cuestión social" – en específico, la lucha contra la pobreza a través de la modernización- comenzaron a entrar en caducidad: la Moral Universal, la educación masiva y el proceso de formación de una clase obrera industrial urbana habían logrado gestar –además de formas de dominación- "cuerpos sociales solidarios y nuevas aspiraciones, conocimientos y destrezas capaces de cuestionar el orden establecido" (Murillo, 2006:13). En ese contexto, la disciplina había dejado de ser un instrumento para reparar el "desperfecto social": los viejos remedios a la "cuestión social" se habían transformado en sus reactivadores y el desarrollo mostraba su cara ambivalente respecto a la dominación: generaba sujetos previsibles, pero también cuerpos sociales resistentes. Como correlato, el desarrollo y las políticas del "desarrollismo" en la sociedad latinoamericana se mostraron ambivalentes a los efectos de la dominación, pero no por esto fueron totalmente desechadas. El desarrollo como motivación, en tanto motor de profundas aspiraciones teleológicas, permaneció en las décadas posteriores. No obstante, desde la década de 70' en adelante, con la imposición de dictaduras militares en Latinoamérica, estos cuerpos sociales resistentes que la disciplina y el desarrollo habían generado, comienzan a ser desestructurados, y con ellos, sus memorias y hábitos colectivos.

En América Latina y en Argentina, los procesos de transformación socio-técnica que tienen lugar a partir de los 70 y el auge del neoliberalismo económico a partir de los 80', pusieron nuevamente el acento en las políticas macroeconómicas de estabilización y crecimiento, acompañadas de la liberación de los mercados y la reforma del Estado. Bajo los lineamientos del "Consenso de Washington", con el apoyo de los Estados-nación de los países del "Tercer mundo" se impulsaron nuevas estrategias para contrarrestar las consecuencias negativas del modelo económico: el crecimiento en los niveles de pobreza, desempleo y de actividades productivas o comerciales informales debían ser gobernadas. Desde esta última reestructuración, el tratamiento de la "cuestión social", entre otras características, ha estado asociada a nuevas ideas que resemantizaron al desarrollo –"desarrollo humano", "desarrollo sustentable", etc.-, dándole una cara

distinta a una trama conceptual antigua. Estas modificaciones semánticas que ha sufrido el desarrollo le han dado mayor vigor y son sostenidas desde diversas voces, que apelan a un cambio en las sociedades pero desde lo “humano” y lo “social”, sin olvidar que el mercado es su marco de referencia. Estos adjetivos, que maquillan el sustantivo que califican, han conseguido instalarse en el imaginario del presente, en alguna medida, gracias al surgimiento de estrategias populares de supervivencia y resistencia, y a las representaciones e imágenes vinculadas a ellas. En un contexto de desregulaciones y crisis han surgido distintos tipos de emprendimientos socio-económicos estructurados sobre diversas formas de organización (cooperativismo, asociativismo, reciprocidad y otras). Este es el caso de la economía social y solidaria, que, en tanto teoría y práctica, si bien ha estado presente en Latinoamérica en los últimos décadas (Abramovich y Vázquez, 2006), en nuestro país ha vuelto a ser visible desde la profundización de la crisis socioeconómica ocurrida en la década del '90, alcanzando mayor consolidación tras la última crisis del año 2001.

I. 1. 2. La economía social y solidaria como campo de estudios.

Surgida en la Europa del siglo XIX como tendencia de disconformidad con la economía liberal de la época y bajo el amparo del pensamiento de Owen, Saint Simon y Fourier, la economía social se ha conformado históricamente como un conjunto muy heterogéneo de discursos y prácticas abocados a franquear el modo de producción capitalista (Singer, 2007). En el contexto europeo, el cooperativismo obrero fue su antecedente principal, tanto en las luchas de resistencia contra la Revolución Industrial como en la creación de cooperativas de consumo y otras basadas en la autogestión, hasta el primer cuarto del siglo XX (Singer, 2004). Posteriormente, en la década de los 70', con las modificaciones en las relaciones entre Estado y sociedad al iniciarse los procesos de privatización, desregulación de los mercados -entre ellos el de trabajo- y eliminación de los derechos laborales, al interior de un contexto general donde disminuía la incorporación de trabajo asalariado en los procesos productivos, las tendencias de la economía social y solidaria han vuelto a resurgir. Para el caso latinoamericano, con la consolidación del proyecto neoliberal, desde los últimos 30 años (Razeto, 1984; Coraggio, 1992; Abramovich y Vázquez, 2006) los sectores populares de la región han desplegado diversas prácticas socioeconómicas para lograr su subsistencia. Bajo esta coyuntura histórica se han erigido distintos tipos de

emprendimientos, estructurados sobre diversas formas de organización (cooperativismo, asociativismo, reciprocidad) que intentan construir proyectos de vida colectivos para abrir nuevos senderos frente a las sucesivas crisis del modelo. En Argentina fueron reactivadas desde la profundización de la crisis socioeconómica ocurrida en la década del '90, alcanzando una mayor visibilidad tras la última crisis en el año 2001. Desde entonces, la economía social y solidaria cobra día a día una mayor presencia, tanto en las prácticas e imaginarios de los movimientos populares como en la agenda del Estado y de los organismos internacionales, siendo en la actualidad un campo de disputa (Cattani, 2004).

Siguiendo a Guerra (2002), la economía social y solidaria persigue dos grandes objetivos, uno de carácter práctico y otro de carácter teórico. El primero consiste en rescatar las diversas experiencias de hacer economía en sus diversas fases (producción, distribución, consumo y acumulación) caracterizadas por estructurarse en torno a valores solidarios. El segundo objetivo es construir el instrumental teórico necesario para dar correcta cuenta de esas experiencias. Respecto a este último, la economía social y solidaria posee dos tradiciones teóricas diferentes: una europea y otra latinoamericana (Mutuberría Lazarini, 2010; Oxoby, 2010). En ambas han sido la economía y la sociología las disciplinas científicas dominantes para su tratamiento. Desde éstas, y en especial en el contexto latinoamericano –el cual aquí trabajaremos, enfocados en el caso argentino–, su atención se ha dirigido hacia una serie de prácticas socioeconómicas de diversos tipos, tales como: sector voluntariado, filantrópico, no monetario, no lucrativo, de interés social, tercer sector, ONG y otras que, aunque intenten describir realidades similares, no siempre delimitan el mismo campo de actividades (Oxoby, 2010). A pesar de este problema conceptual, aún en curso, no ha sido interrumpida la proliferación de estudios, análisis de casos, investigaciones y nuevas conceptualizaciones en torno al tema. Durante los últimos diez años (2001-2011) el número de publicaciones ha crecido exponencialmente⁴, enmarcados en redes académicas que articulan entre sí a comunidades, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, empresas de diverso tipo, voluntarios, profesionales e intelectuales, quienes suelen autoidentificarse y reconocerse entre sí como parte de este campo determinado. Resultante de estos intercambios ha sido la creciente oferta de capacitaciones, cursos, seminarios, maestrías

⁴ No nos referimos solo a publicaciones de orden académico, sino también a manuales, guías, revistas, entrevistas, declaraciones y manifiestos. Para una muestra general, ver: www.economiasolidaria.org.

u otros estudios de postgrado, en casi todos los países de la región, respecto al tema en cuestión. En nuestro país han sido en su mayoría editoriales ligadas a universidades quienes han realizado las mayores contribuciones en la distribución, organización y compilación de los temas centrales de la “otra economía”.

La primera formulación teórica que se conoce sobre estas prácticas corresponde a Razeto (1984) que las denomina como “economía popular de la solidaridad”. En este trabajo, concibe a la solidaridad como un elemento activo, como una fuerza productiva y matriz de relaciones y comportamientos económicos, en los procesos de producción, distribución, intercambio, consumo y acumulación. Dicha presencia, según este autor “debemos considerarla en propiedad como un verdadero factor económico, que tiene su propia productividad al igual que los demás factores que participan en la generación del producto” (Razeto, 1984). La obra de Razeto ha tenido especial cabida en el ámbito de las organizaciones económicas populares, así como en diversas instancias de la Iglesia Católica del continente (Guerra, 2002). Otra formulación importante, ya en la década de los 90’ pertenece a Coraggio (1992). Para este autor, la economía solidaria se vincula con el concepto de empresa social, es decir, “los emprendimientos que no solo producen mercancías sino que “producen sociedad” o lo social (formas sociales, instituciones y pautas de comportamiento)” (Op. Cit, 1992:114). En este sentido, propone la constitución de un sector orgánico de economía social para la transformación de la economía realmente existente –donde la economía del capital es hegemónica en relación a la popular y la pública-estatal- y para la transición hacia otra economía: *la economía del trabajo* (Coraggio, 2004). Ésta última representa el punto de llegada de la economía popular al interior del capitalismo, que se opone punto a punto a la economía del capital. Desde una perspectiva más reciente, Singer (2004) entiende a la Economía Solidaria como

las organizaciones de productores, consumidores, ahorristas, etcétera que se distinguen por dos especificidades: estimulan la solidaridad entre los miembros a través de la práctica de la autogestión y practican la solidaridad hacia la población trabajadora en general, con especial énfasis en la ayuda a los más desfavorecidos. (Singer, 2004, 199)

Según Guerra (2002) los planteamientos de Singer, al igual que el de otras perspectivas teóricas en el debate brasileño, se reúnen en una lectura especialmente

crítica que hacen de las estructuras económicas contemporáneas, y el rescate de la autogestión y el asociativismo en las clases populares. Por su parte, Hinkelammert y Mora (2005) proponen una *economía para la vida*, en la cual se plantea como objetivo sustantivo y vital el aseguramiento de las condiciones de posibilidad de reproducción de la vida humana. El desarrollo de tal economía supone el surgimiento de una ética social para la vida, así como de la extensión de otros valores y principios, como la solidaridad, el asociativismo, la reciprocidad, el intercambio, entre otras. Asimismo, advierten la importancia que tienen las instituciones como el Estado y las comunidades respecto a la propiedad colectiva de los medios de producción y a la participación en la regulación y control del mercado.

Las propuestas de estos autores han sido un marco de referencia obligatoria en las discusiones en torno a la economía social y solidaria en América Latina⁵. A pesar de los variados apelativos que ha adquirido con el tiempo -“economía alternativa”, “otra economía”, etc.-, y de sus diferencias internas, existen acuerdos generales respecto a la importancia de su creación y fortalecimiento, su contribución a la democratización, la idea de otra forma de hacer economía, más social y más humana portadora de potencial de inclusión económica y social (Oxoby, 2010). Como rasgo principal, desde distintas corrientes teóricas y con diversos énfasis, la economía social y solidaria ha sido presentada como una forma organizativa “alternativa”, que permitiría la emancipación del trabajo humano, presentándola como la forma de contrarrestar y superar los efectos negativos del neoliberalismo. Por otra parte, este carácter alternativo sitúa su existencia al margen del Estado y del mercado capitalista (Razeto, 2000; Coraggio, 1999 y 2007b; Primavera, 2004), quedando como tema a discutir, si conforma en sí misma una alternativa sistémica o si constituye un subsistema dentro de la actual configuración económica (García Guerreiro, 2010).

Como características secundarias, las perspectivas teóricas que sostienen el concepto de “economía” en la denominación “economía social y solidaria” son dispersas y heterogéneas, pertenecientes a diversas tradiciones dentro del pensamiento económico y social occidental. En la dispersión y discontinuidad de estas “capas” de saber teórico acerca de la economía y la sociedad, las formulaciones teóricas coinciden

⁵ En el capítulo IV de este trabajo, alrededor de la noción de “otra economía”, analizaremos un corpus discursivo que se ha presentado como hegemónico al interior del campo en cuestión.

en una perspectiva crítica al sistema económico vigente. Como rasgo general, si bien estas propuestas han puesto de manifiesto el carácter político y social de la economía, tomándola como un ámbito integrado a la sociedad y además han permitido visualizar un universo heterogéneo de prácticas sociales hasta ahora silenciadas bajo la “utopía del mercado total” (Lander, 2002), éstas no están exentas de contradicciones y tensiones que ponen en evidencia la necesidad de profundizar, en un sentido crítico y constructivo, el desarrollo del campo en cuestión.

I. 1. 3. Perspectivas alternativas para el estudio de la economía social y solidaria

Tomando al campo de estudios en su totalidad, son minoritarias las perspectivas críticas hacia el tema. Como las anteriores, presentan diferencias, tanto teóricas como metodológicas, dentro del marco disciplinar de las ciencias sociales. Sin embargo, en su mayoría reúnen un aspecto común hasta ahora ausente en el debate: dirigen su mirada hacia las relaciones de poder. Estos análisis han situado al poder en el centro de la discusión y han realizado aproximaciones críticas hacia distintas cuestiones, no siendo éstas en todos los casos similares y sin tener una unívoca concepción del poder.

Quien más tempranamente ha abordado el tema de la “economía popular” o de la “economía alternativa” desde otra perspectiva ha sido Quijano (1998) en un trabajo que ignora la consolidación de la economía social y solidaria como campo de estudios. Sin embargo, sus aportes son importantes para la crítica actual, en la medida que logran situar los antecedentes de este campo de estudios en debates de mayor alcance conceptual y cronológico. De esta forma, siguiendo a Bourdieu y Wacquant (1995), genera una ruptura con el abordaje dominante de la economía social y solidaria, que la ha tratado como un objeto preconstruido. El objetivo de Quijano (1998) es dar cuenta de los estudios y debates en torno a las cuestiones de “marginalización”, “economía informal” y “organizaciones económicas populares” en América Latina, en un análisis sobre las tendencias en las relaciones entre capital-trabajo y en la “crítica de la explotación-dominación actual del capital” (Op. Cit. 1998:10). En esta revisión del debate latinoamericano, ha discutido los modos de conocimiento acerca de la sociedad y sobre la producción de los discursos sociales, en especial en relación a los conceptos de

“marginalidad” e “informalidad” y las imágenes sobre una posible “economía alternativa” en las perspectivas implicadas.

Para Quijano, el debate latinoamericano ha estado urdido por diversos universos de sentidos: por una parte una asociación entre el discurso de la moral de la solidaridad con una suerte de empirismo abstracto, y por otro lado, en la prisión del eurocentrismo como modo de producción y de control de conocimiento. Si bien en la economía urbana actual en América Latina podría ser diferenciado un sector donde no actúan plenamente las normas y las instituciones predominantes de la empresa capitalista, esto por sí solo, no asegura la existencia de una economía alternativa al capital. Según Quijano, el rasgo central de este sector es su ambigua ubicación, de un lado, entre las relaciones de reciprocidad-comunidad, y de otro lado, el capital (Quijano, 1998:132). Sin embargo, en su conjunto, son parte de la estructura global del poder del capital y cuando es posible operan con su lógica, en todo o en parte (Quijano, 1998:131). La combinación de los patrones del capital y los de la reciprocidad son una especificidad de este sector, “pero difícilmente sería suficiente admitir que se trata ya de una economía alternativa a la del capital” (Quijano, 1998:133-144), ya que la combinación de estos elementos “no tienen o no parecen tener aún la densidad y la definición que podrían permitirles una vitalidad perdurable, capacidad de reproducción y expansión, y de sostenerse en articulación y en conflicto con el capital” (Quijano, 1998:142). En un trabajo posterior, Quijano (2008) ha retomado el tema, actualizando brevemente su propuesta, más enfocado en insistir en la importancia de las relaciones de reciprocidad-comunidad, a la par que de la construcción de una “solidaridad” –no eurocéntrica- para la economía social y solidaria.

Por otra parte, tanto Marañón y López (2010) como Vargas Soler (2008, 2010) han hecho una crítica a las propuestas de la economía social y solidaria desde una perspectiva *descolonial*⁶, retomando en parte la perspectiva de Quijano (1998). Estas críticas han apuntado a las dimensiones teóricas de la “otra economía”, en especial los siguientes aspectos: 1) la ausencia de la política y el poder en estos análisis; 2) la

⁶ Siguiendo a Marañón y López (2010) para la perspectiva descolonial a) la realidad social y su transformación son el resultado de las acciones de hombres y mujeres, los mismos que, en consecuencia, producen la historia; b) la sociedad en tanto totalidad social es una estructura heterogénea, contradictoria y discontinua, ordenada y jerarquizada a partir de ciertos elementos y de ciertas relaciones de poder; y c) toda sociedad en tanto construcción social es histórica y pasajera (Marañón y López, 2010:2). Esta perspectiva toma distancia y enfrenta críticamente al *eurocentrismo*. Mas adelante, en el capítulo II de este trabajo, profundizaré el análisis del eurocentrismo y presentaré con mayor detalle la perspectiva del proyecto *modernidad/colonialidad/descolonialidad*.

centralidad y énfasis en la producción de una “otra economía”, entendiendo a la “economía” como ámbito privilegiado de la existencia social, que margina a otros ámbitos, en especial a la política; 3) el silenciamiento de la diferencia y lo “local” en la variedad de emprendimientos que llevan este nombre; y 4) el silenciamiento de las perspectivas, imaginarios y epistemes de los sujetos en cuestión. A pesar de la agudeza, ambos trabajos han propuesto estas críticas con la intención de continuar los esfuerzos para la construcción de una “economía otra”. En especial Marañón y López (2010) señalan un conjunto de interrogantes cruciales, en pos de una agenda de investigación desde una epistemología no eurocéntrica. Con vista a este objetivo recientemente Marañón (2012) y el grupo de trabajo coordinado por él en CLACSO han editado un volumen titulado “Solidaridad Económica”. En él, a partir de los planteamientos de la *colonialidad del poder*, el grupo reconoce la necesidad de articular la reflexión sobre la economía social y solidaria con otros ejes de análisis —trabajo, género, sustentabilidad, movimientos sociales, Estado, conocimiento, imaginario—. La pregunta que integra a los trabajos aquí presentados es la siguiente: “¿De qué modo la *colonialidad del poder* puede contribuir a una reflexión más fructífera de la importancia e implicancias de la economía solidaria en América Latina, en términos de una sociedad mejor?” (Marañón, 2012: 22). Bajo esta pregunta, en los trabajos del libro recién citado, se despliegan diversas aproximaciones a la economía social y solidaria. Dentro de su diversidad, encontramos aportes teóricos respecto a la importancia de la reciprocidad y la solidaridad como gestadoras de nuevas relaciones sociales (Dolly Lopera y López Córdova); tensiones entre la colonialidad del poder, el desarrollismo y las alternativas del Buen Vivir en el contexto de Bolivia y Ecuador (Hillenkamp y Aguinaga); críticas a las prácticas de representación de lo indígena (Quintero) y a la invisibilización de los mundos campesinos (García Guerreiro); análisis del lugar de la naturaleza en la colonialidad del poder y en la economía social y solidaria (Gómez Bonilla); el reto de la urbanización y de las migraciones campo-ciudad para las economías otras y del Buen vivir (Vietmeier); los aportes teórico-metodológicos de Marx (Christoffoli y Novaes); las dinámicas adentro-afuera de las “economías otras” del mundo andino (Mamani Ramírez) y los aportes descoloniales del nuevo horizonte histórico del Buen Vivir y su actualidad en el contexto latinoamericano (Marañón). Estos aportes son valiosos y constructivos, en la medida que consiguen situar al poder en el centro del análisis y desde ahí, proponer nuevos horizontes de teoría y práctica para el campo en cuestión.

Bajo la misma perspectiva teórica Figueira y Concha (2011) han expuesto críticamente las relaciones entre Comercio Justo y la lógica de las políticas de desarrollo en las dinámicas entre el “Primer Mundo” y el “Tercer mundo”. Las autoras, a partir de un análisis de las prácticas representacionales del desarrollo –la clasificación y subordinación de las poblaciones bajo la categoría de “subdesarrollados”-, sostienen que el Comercio Justo, nacido en la década del 60’ y actualmente incorporado al campo global de la economía social y solidaria, extienden estas prácticas representacionales bajo el manto de una nueva relación entre el “sur” y el “norte”. Su tesis señala que la producción de mercancías por parte de las poblaciones indígenas son valoradas no necesariamente por el carácter en sí de las mercancías, sino por su exotismo. A esto las autoras lo denominan “mercantilización de la etnicidad”, que profundiza las representaciones de los “otros” culturales como subalternas. De este trabajo es destacable el análisis efectuado acerca del desarrollo y de sus *prácticas representacionales*, tema que será tratado más adelante en nuestro trabajo.

En los textos críticos a la economía social y solidaria que hasta ahora han sido presentados aún se ausentan enfoques que centren su análisis en las perspectivas de los actores, es decir, de los movimientos y cooperativas que día a día construyen experiencias socio-económicas diferentes. La ausencia de estas perspectivas se debe a una mayor inclinación por el debate teórico, aún cuando consideran las opiniones e intervenciones de los movimientos. Sin embargo, el trabajo de campo y la etnografía son aún escasas. En esta dirección, el trabajo de Carengo (2010), en el marco de sus investigaciones sobre circuitos económicos de la economía social y solidaria, presenta resultados del trabajo etnográfico realizado en el año 2005 sobre las transformaciones en las economías domésticas de la gente Chané de Campo Durán –Provincia de Salta, Argentina-. Tras la privatización de YPF en los 90’, el desempleo y la reducción de los periodos de contratación de trabajadores generó una experiencia particular de empleo-desempleo entre estas personas, la cual el autor ha denominado –siguiendo una categoría nativa- “pechar por trabajo”. Esta es la “labor de creación y reproducción de vínculos personalizados con los agentes encargados de contratar operarios para las principales empresas de hidrocarburos y/o para las contratistas que les prestan servicio” (Carengo, 2010:157). Este trabajo, que consiste en, precisamente, buscar trabajo, tensiona la separación entre el trabajo asalariado y las formas de reproducción de la unidad doméstica, ya que ambas se encuentran mediadas según la experiencia empleo-

desempleo, que es fundamentalmente, una experiencia “culturalmente moldeada que se expresa en la producción de un particular manejo del tiempo”(Carenzo, 2010:157). La “espera” de quienes no tienen empleo entre los varones Chané se gestiona colectivamente, lo cual habilita la planificación para prácticas económicas domésticas. El autor plantea que la economía social y solidaria no ha sido conciente de estos intersticios de tiempo, de su configuración social y cultural, y que éstos, históricamente, han sido sometidos a la racionalidad institucional en la cual se diagraman y aplican los proyectos de desarrollo local. En este sentido, la posibilidad de crear prácticas económicas “alternativas”, depende en gran medida del modo en que cada unidad doméstica puede organizar su disponibilidad de trabajo.

Respecto a esta tensión entre el trabajo asalariado y la reproducción de la unidad doméstica, los trabajos de Landaburu y Presta (2009) han propuesto la noción de “doble racionalidad económica”. En la economía social y solidaria los sujetos son capaces de generar ingresos por fuera de los ámbitos formales y, al mismo tiempo, conservar su participación en el mercado formal. Esta multiplicidad y flexibilidad en las relaciones de producción, que Comas D’ Argemir (1998) ha llamado *pluralidad de bases económicas*⁷, se fundamenta en la necesidad de los actores de lograr la permanencia en el sistema. Entonces, la “doble racionalidad económica” señala la co-existencia de diferentes racionalidades específicas ligadas a unidades domésticas insertas de manera liminal en el sistema de producción capitalista (Landaburu y Presta, 2009). Este concepto, a la luz de un trabajo posterior (Landaburu y Presta, 2013), adquiere mayor complejidad cuando las autoras inquieren en la situación de los chacareros y pequeños productores del espacio regional del Alto Valle y el Valle Medio de Río Negro ante la nueva configuración del circuito productivo frutícola de la zona. Desde una perspectiva que busca integrar enfoques micro-macro, en el espacio regional, en tanto sistema integrado de relaciones sociales contradictorias, se han dado procesos de grandes concentraciones de capital por parte de las empresas multinacionales, las cuales socavan las posibilidades de los chacareros y pequeños productores. Este proceso, al dar origen a una sistemática ampliación de la exclusión social, fue incorporado a la agenda de

⁷ “Las políticas neoliberales aplicadas tanto en el ámbito rural como en el urbano, transformaron la forma de organización de las unidades domésticas, dando origen a dicha pluralidad de bases económicas en las cuales la articulación de una misma persona, grupo doméstico, unidad de trabajo o comunidad local con diferentes tipos de actividades se sostienen en relaciones de producción de distinta naturaleza” (Presta, 2009:51)

diversos organismos nacionales e internacionales de desarrollo, como parte de su horizonte de acción. A través del trabajo de campo las autoras señalan que los diversos programas de desarrollo presentaron una diferenciación entre los grupos de chacareros que pudieron adaptarse a los cambios del circuito productivo y otros grupos que no. En esta diferenciación, los primeros recibieron un apoyo dirigido a mejorar su capacidad productiva –sin cuestionar la relación de subordinación y descapitalización de éstos frente a los complejos transnacionales-, en tanto que para los segundos, la ayuda fue encauzada hacia los programas sociales para la pobreza. Ambos grupos representaban, en niveles diferentes, un “obstáculo” para el progreso de la región. Así, estas experiencias y testimonios sobre las diversas formas de expulsión y exclusión de las unidades de producción domésticas y las racionalidades económicas que deben desplegar para poder (re)insertarse en el mercado, son el prisma desde el cual se muestra que el “desarrollo” del espacio regional se encuentra articulado a los procesos de acumulación de capital.

Finalmente, el trabajo de Presta (2007 y 2009) crítica a los estudios de la economía social y solidaria al señalar que la insistencia en reafirmar su carácter “alternativo” al capitalismo omite las relaciones entre ésta, el Estado y el sector privado, velando su surgimiento bajo las diversas transformaciones en los procesos de acumulación de capital. Según la autora, estas transformaciones marginaron a una gran porción de la sociedad de participar en el mercado. No obstante, el mercado en tanto eje sobre el cual se mueve el sistema capitalista, ha resuelto esta contradicción con la construcción de una nueva forma de trabajador: el “emprendedor”. Esta construcción refleja dos cuestiones claves acerca del proceso general de cambio que implicó la reestructuración de la economía mundial a partir de los 80’. Por una parte, los procesos de flexibilización laboral adjudicaron un rol clave a la relación subjetiva entre el trabajador y su tarea: estas nuevas formas de organización del trabajo en el contexto postfordista son parte de la extensión de la disciplina empresarial hacia la sociedad civil, y en particular, hacia los sectores marginados. Por otra parte, los cambios del rol del Estado en relación a la integración regional a la economía mundial habilitaron nuevas políticas económico-sociales, impulsadas por las corporaciones transnacionales y los organismos de financiamiento multilaterales, que incorporaron a sus discursos y prácticas toda una serie de principios “universales” como la equidad, justicia, libertad, integración, desarrollo, entre otros “priorizando una educación en tanto generadora de

valores, especialmente vinculados al significado del trabajo” (Presta, 2009:71). En este sentido, los valores de la economía social y solidaria, y en especial la solidaridad, se encuentran en sintonía con los valores promulgados por los grandes capitales, implicando un proceso de imaginaria identificación e igualación de intereses. Así, la “ética” fundada sobre la “otra economía” se convierte en un nuevo instrumento de construcción de relaciones de poder, ya que la creación de una fuerza de trabajo acorde a la concepción de sujeto “emprendedor”, por una parte disciplina y controla sujetos a través de su relación subjetiva con el trabajo, y por otra parte presenta como propios los valores, las aspiraciones y luchas de estos sectores. De ahí que la explicación acerca del apoyo del sector público como del privado a la economía social y solidaria no pueda limitarse a una “ayuda” de éstos para la inclusión de aquellos. La idea del sujeto “emprendedor” “impregna la construcción de subjetividades como una estrategia disciplinadora del capital sobre el trabajo” (Presta, 2009:72). En este sentido, la construcción del sujeto “emprendedor” como un ejercicio de poder, extiende la tesis de Foucault que señala al objetivo de la política neoliberal como la multiplicación de la forma “empresa” dentro del cuerpo social (Foucault, 2007).

I. 1. 4 Hacia un enfoque diferente para la economía social y solidaria.

Estas perspectivas críticas a la economía social y solidaria han iniciado, desde diferentes ópticas y con diversos aportes, algunas líneas de investigación que el presente trabajo pretende profundizar y nos servirán de ayuda para responder nuestra pregunta central: ¿Bajo cuáles supuestos los discursos y prácticas de la economía social y solidaria han construido su objeto, es decir, los diversos emprendimientos caracterizados bajo tal nombre? O enunciada de otra forma, siguiendo el objetivo teórico de la economía social y solidaria propuesto por Guerra (2001): ¿Qué perspectivas dominan el instrumental teórico necesario para dar correcta cuenta de estas experiencias? Frente a esta pregunta, seguiremos los desarrollos teóricos y epistémicos del proyecto modernidad/colonialidad, tal como lo han hecho Marañón y López (2010) y Vargas Soler (2008). En esta misma dirección, seguiremos la propuesta de Figueira y Concha (2011) de entender al *desarrollo* como eje epistémico central en la economía social y solidaria y, finalmente, siguiendo los trabajos de Landaburu y Presta (2009, 2013) y Presta (2009) destacaremos la importancia de un análisis etnográfico para

relevar las tensiones entre discursos y prácticas que configuran el estado actual de la economía social y solidaria en Argentina.

Si asumimos que los enfoques hegemónicos de la economía social y solidaria han aceptado como un objeto preconstruido (Bourdieu y Wacquant, 1995) nuestra tarea será entonces resituarla en una historia de larga duración y en las relaciones de poder que atraviesan a esta historia. Para esto, utilizaremos la noción de *colonialidad del poder* como marco teórico general de la investigación. Este concepto nos ayudará a situar dos ideas: la primera es el *desarrollo*, el cual sostendremos que esta presente de modo funcional y acrítico en los discursos de la economía social y solidaria. La segunda idea refiere a las *prácticas de representación* que se desprenden de las conceptualizaciones de este campo de estudios, en específico el carácter “alternativo” con que esta economía ha sido caracterizada. Para circunscribir la idea de representación que presentaremos en este texto, trabajaremos con tres nociones: *el encubrimiento del otro* (Dussel, 1994), la *invención del otro* (Castro-Gómez, 2000), y *occidentalismo* (Coronil, 1999). Respecto al carácter “alternativo”, la idea de *utopía* (Trouillot, 1991; Krotz, 1987) nos aportaran herramientas para su interpretación.

Estos conceptos nos servirán como ejes para estructurar el análisis de un corpus discursivo de economía social y solidaria (2001-2011) reproducidos en el contexto argentino a través de publicaciones en revistas y volúmenes especializados. A partir de los resultados de este análisis, relevaremos las perspectivas que los miembros de la cooperativa de vivienda, crédito y consumo “La Asamblearia” construyen acerca de la economía social y solidaria, a través de sus memorias, experiencias e ideas en la producción de *otra economía*, y en su relación con los supuestos epistémicos y conceptuales que este campo de estudios presenta. Como antes hemos visto, el método etnográfico posibilita articular diversas dimensiones de análisis, atendiendo a la complejidad del tema y a la posibilidad de abrir nuevas preguntas respecto a éste. El trabajo etnográfico que presentaremos indaga en las relaciones de poder/saber existentes entre la producción teórica y la práctica socio-económica en la economía social y solidaria, volviendo problemáticas las diferencias entre quienes ejercen el dominio del saber –los “intelectuales”- y quienes se avocan a la práctica económica como tal –los “trabajadores”-. Sostendremos que los principios que sostienen esta división son de

carácter moderno/colonial y que sus consecuencias tensionan los horizontes de lucha de los proyectos de “otra economía”.

En este sentido, el tema que aquí abordamos es de orden epistemológico, y en específico, es un análisis de caso acerca de la epistemología eurocéntrica -siendo quien escribe educado bajo dicha perspectiva-. Frente a la emergencia de emprendimientos socio-económicos de características *otras* en el contexto argentino, el problema que aquí abordamos persigue el análisis de algunos de los dispositivos que se han construido en esta última década para la aprehensión teórica de esta *alteridad* económica.

CAPÍTULO II

Consideraciones teóricas

II. 1. 1 Poder y Colonialidad del poder.

En la presente investigación entendemos a la *colonialidad del poder* como la matriz de poder específica de la historia en curso y en tanto tal, donde debería situarse a la economía social y solidaria. Sin embargo, antes de caracterizar esta perspectiva⁸ es necesario en primer lugar introducir la idea de *poder* que sostiene a la noción de *colonialidad*. Posteriormente daremos cuenta del eurocentrismo como perspectiva de conocimiento –la también denominada *colonialidad del saber-* y su importancia en la formulación de las divisiones disciplinares durante los siglos XVIII y XIX, en especial de las ciencias sociales y en particular de la ciencia económica. Finalmente, esta historización será útil para la comprensión, por una parte, de “las utopías del mercado total”, que ponen en juego los actuales discursos y prácticas de la globalización, y por otra parte, de la economía social y solidaria como una respuesta a ellas, pero hasta ahora, desde un paradigma moderno/colonial de conocimiento.

Los debates teóricos sobre la cuestión del poder durante el siglo XX estuvieron profundamente ceñidos a dos de las principales corrientes de la teoría social occidental: por una parte al *liberalismo*, y por otra parte, al *materialismo histórico*, en tanto fragmento de la obra teórica de Marx. El primero, al sostener la idea del consenso –el contrato social- como acuerdo general y consensuado entre los individuos, define en última instancia al poder como una capacidad o como un posicionamiento de carácter individual dentro de la autoridad institucional del Estado. Por otra parte y desde una perspectiva diferente, el *materialismo histórico* logró desnaturalizar las concepciones liberales e historizó las formas de autoridad colectiva, mostrando la importancia de las relaciones de poder dentro de dichas disposiciones. No obstante, al restringirse al análisis caracterizado en las relaciones de producción –la división entre “infraestructura” y “superestructura”, sostenida desde una interpretación particular del

⁸ Como ha señalado Quintero (2010) los planteamientos de Quijano y del grupo Modernidad/Colonialidad/Descolonialidad respecto a la colonialidad del poder no pueden reducirse solamente al estatus de “teoría”, pues en realidad el conjunto de reflexiones que se articulan en torno a dicha idea representan más bien una profunda perspectiva epistémica y política, aún en construcción.

materialismo histórico-, acotó al plano ontológico de “lo económico” los demás ámbitos de la existencia social, mostrándolos como objetos derivados de éste.

Orientadas frente a estas dos concepciones del poder, la irrupción de las ideas de Quijano redimensionaron los términos del debate en cuestión. Siguiendo a este autor, tal como lo conocemos históricamente, el poder es un espacio y una malla de relaciones de explotación/dominación/conflicto articuladas básicamente, en función y en torno de la disputa por el control de los siguientes ámbitos de la existencia social: 1) el trabajo y sus productos; 2) en dependencia del anterior, la “naturaleza” y sus recursos de producción; 3) el sexo, sus productos y la reproducción de la especie; 4) la subjetividad y sus productos materiales e intersubjetivos, incluido el conocimiento; 5) la autoridad y sus instrumentos, de coerción en particular, para asegurar la reproducción de ese patrón de relaciones sociales y regular sus cambios (Quijano, 2007). Los resultados de las disputas por el control de estos diversos ámbitos generan relaciones sociales que, si tienden a reproducirse y permanecer, dan lugar a normas, modelos e instituciones que articulan y estructuran a dichas relaciones. Para Quijano, estos patrones de comportamiento y sus respectivas instituciones podemos denominarlas como *estructuras*, es decir, “directrices medulares para la reproducción de las formas de comportamiento de los sujetos y agrupaciones sociales que se gestan, a su vez, dentro de ciertos modelos generales configurados por las instituciones sociales” (Quijano, 2001:10). En tanto disputas, las relaciones de poder en toda existencia social están constituidas por la co-presencia y la co-operación de la explotación/dominación/conflicto. Son heterogéneas y se implican de diversos modos de acuerdo a cada contexto histórico.

Existen dos características específicas en esta noción de poder que no deben ser confundidas. La primera apunta a la co-presencia y la co-operación de la explotación/dominación/conflicto en cada ámbito de la existencia social. La reproducción duradera y estructurada de las relaciones de poder, que no se impone sin violencia, tienden a producir cierto grado de aceptación consentida de los “perdedores”. No obstante la resistencia, el conflicto y el cambio nunca están ausentes, hasta la crisis y remoción final de la estructura así constituida (Quijano, 2000). En este sentido, lejos de ser un fenómeno estático, es en la disputa continua por el control de todos y cada uno de

aquellos ámbitos de la existencia social y el poder resultante de ésta, lo que configura el comportamiento social de los sujetos.

Una segunda característica es la noción de totalidad. Quijano, contra la perspectiva eurocéntrica⁹ de totalidad se pregunta “¿Qué pasa si nos enfrentamos a totalidades que consisten en una articulación de elementos históricamente homogéneos, cuyas relaciones son discontinuas, inconsistentes, conflictivas?” (Quijano, 2007:103). Frente a las nociones de totalidad, tanto del liberalismo como del materialismo histórico, por un lado, como a su ausencia en las perspectivas posmodernas, por otro, Quijano sostiene lo siguiente:

Una totalidad histórico-social es en un campo de relaciones estructurado por la articulación heterogénea y discontinua de diversos ámbitos de existencia social, cada uno de ellos a su vez estructurado con elementos históricamente heterogéneos, discontinuos en el tiempo y conflictivos (Quijano, 2007:104)

Así, estos ritmos y maneras que se articulan en cada ámbito así como en la estructura conjunta, dependen directamente de las conductas concretas de los colectivos humanos, lo cual le otorga al complejo estructural un carácter necesariamente histórico, heterogéneo y discontinuo (Quijano, 2007; Quintero, 2010). En este sentido, las relaciones de poder articulan a las diversas y dispersas experiencias sociales, necesariamente específicas e históricas, en una estructura conjunta que reconocemos con el nombre de sociedad (Quijano, 2000).

Ahora bien, es bajo esta concepción del poder que Quijano establece la categoría de *colonialidad*, en tanto patrón específico e histórico de la actual dominación global del sistema-mundo moderno/capitalista. Ésta se compone en la asociación estructural de dos ejes centrales, constituidos a partir de la conquista de América, entre fines del siglo XV y principios del siglo XVI:

La colonialidad del poder es uno de los elementos constitutivos del patrón global de poder capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder, y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas de la

⁹ Para Quijano desde esta perspectiva “toda idea de totalidad implica que el todo y las partes corresponden a una misma lógica de existencia. Es decir, tienen una homogeneidad básica que sustenta la consistencia y la continuidad de sus relaciones, como en un organismo, o en una máquina, o en una entidad sistémica”(Quijano, 2007:103).

existencia cotidiana y a escala social. Se origina y mundializa a partir de América. Con la constitución de América (Latina), en el mismo momento y en el mismo movimiento histórico, el emergente poder capitalista se hace mundial, sus centros hegemónicos se localizan en las zonas situadas sobre el Atlántico –que después se identificarán como Europa-, y como ejes centrales de su nuevo patrón de dominación se establecen también la colonialidad y la modernidad. En otras palabras: con América (Latina) el capitalismo se hace mundial, eurocentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan, hasta hoy, como los ejes constitutivos de ese específico patrón de poder (Quijano, 2007b: 93-94).

El primer eje establece un sistema de dominación asentado en un entramado de relaciones sociales intersubjetivas, basadas en la clasificación social jerárquica de la población mundial sostenida en la configuración y naturalización histórica de la idea de “raza”. Esta clasificación racial jerárquica de la población mundial es articulada por primera vez con la conquista de América: fue asumida por los conquistadores como el principal elemento constitutivo, fundante, de las relaciones de dominación que la conquista imponía (Quijano, 2000). Es bajo la idea de “raza” que aparecen las categorías de *indios*, *negros* y *mestizos* como identidades sociales. Desde aquí la posición subalterna de los pueblos dominados será vista no como el resultado de un conflicto de poder sino como la derivación lógica de una inferioridad esencial en su naturaleza¹⁰ (Petz y Quintero, 2009). Esta naturalización de las jerarquías raciales posibilita la reproducción de relaciones de dominación territoriales y epistémicas (Restrepo, 2007), a la par que permite el control mundial de la subjetividad y la autoridad colectiva. De esta manera, en el patrón de poder de la colonialidad, la raza y el complejo ideológico del racismo, impregnan todos y cada uno de los ámbitos de la existencia social y constituyen la más profunda y eficaz forma de dominación social, material e intersubjetiva (Quijano, 2000b).

A su vez, en el mismo movimiento histórico de producción y control de subjetividades que da origen a la idea moderna de “raza”, comienza a gestarse un nuevo sistema de relaciones sociales materiales, donde se articulan todas las formas históricas de control del trabajo, de sus recursos y sus productos, en torno del capital y del mercado mundial. Para Quijano, el capitalismo realizó la operación de subsumir todas

¹⁰ Al respecto, y tal como lo han señalado oportunamente Petz y Quintero (2009, nota 6) la noción de Walter Mignolo (2003) referida a la “diferencia colonial” es central en este punto. Mignolo la entiende como un dispositivo producido por la colonialidad del poder, que consiste en clasificar grupos humanos o poblacionales, identificándolos con sus “faltas o excesos” de acuerdo a los patrones eurocéntricos (por ejemplo, escaso desarrollo, falta de flexibilidad, etc.), lo cual marca la distinción y la inferioridad con respecto a quien clasifica.

las formas de control y explotación del trabajo y la producción-apropiación-distribución de productos en la relación capital-salario y del mercado mundial. Es decir, la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, la reciprocidad y el salario, quedaron subsumidas a la relación capital-salario. Esta subsunción no es homogénea ni unilineal: el capitalismo se desarrolló desintegrando a todos los antiguos patrones de control del trabajo, absorbiéndolos y redefiniéndolos. Debido a su propio carácter, además las articula en múltiples contextos históricos y estructuralmente heterogéneos, configurando con todos ellos un único orden mundial (Quijano, 2000).

Ambos ejes han quedado articulados, reforzándose mutuamente, en lo que Quijano (2000) denomina una “división racial del trabajo”. Ésta ha sido profundamente eficaz como tecnología de dominación/explotación, ya que el control de una forma específica de trabajo es al mismo tiempo el control de un grupo específico de gente. Las clasificaciones raciales que el así auto denominado “Occidente” impuso, como diría Trouillot (1991) “sobre su otra mitad imaginada”, derivaron en la paulatina configuración de sus identidades –al adjudicarles un tipo de trabajo en la geografía social del capitalismo-, creando así, un nuevo universo de relaciones intersubjetivas. Ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados, a pesar de que ninguno de los dos era necesariamente dependiente el uno del otro para existir o reconfigurarse. En este sentido, y de acuerdo a la noción de poder que más arriba hemos caracterizado, no existe una dependencia *a priori* de estos elementos, como tampoco debe extenderse esta configuración hacia otros períodos históricos: la colonialidad es la cara oculta de la *modernidad* (Mignolo, 2003).

II. 1. 2 El Eurocentrismo como perspectiva de conocimiento.

La colonialidad del poder fue determinante en el proceso de eurocentramiento del poder capitalista mundial. Desde el siglo XVI este patrón de poder, bajo la idea de “raza”, ha reconfigurado tanto la clasificación social para la explotación del trabajo, como los restantes ámbitos de existencia social: la autoridad colectiva, el sexo, la subjetividad y la naturaleza. Cada una de estas cinco grandes áreas vitales, en sus recursos y productos, se vieron modificadas y continúan, permanentemente, modificándose en función de los ejes de la colonialidad. Como parte de estas transformaciones, en Europa fue elaborado y formalizado a mediados del siglo XVII

una modalidad específica de producción y control de las relaciones intersubjetivas. Dicha modalidad, conocida bajo el nombre de eurocentrismo, se ha caracterizado históricamente por ser un imaginario social, una memoria histórica y una perspectiva de conocimiento (Quijano, 2002). Así, con el inicio del colonialismo en América comienza no solo la organización colonial del mundo, sino la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario. Por primera vez se organiza la totalidad del tiempo y del espacio –todas las culturas, pueblos y territorios del planeta, presentes y pasados- en una “gran narrativa universal” (Lander, 1997:13). A través de la naturalización de las jerarquías raciales, bajo una concepción de la humanidad que clasificó la población en inferiores y superiores, irracionales y racionales, primitivos y civilizados, tradicionales y modernos (Quijano, 2007), no sólo fue posible la reproducción de relaciones de dominación territoriales y epistémicas, sino también la subalternización y obliteración de los conocimientos, experiencias y formas de vida de quienes han sido dominados/explotados. Esto incluyó la apropiación de las conquistas intelectuales y tecnológicas de los pueblos colonizados. Pero sobre todo, un modo de imponer sobre ellos un “distorsionante espejo que les obligara a verse con el ojo del dominador” (Quijano, 2000b:82). De esta forma, bajo esta configuración, no hacía falta ser europeo para ser eurocéntrico: solo bastaba ser educado bajo su hegemonía. La experiencia de las gentes fue naturalizada en este patrón de poder, no obstante y como en toda dinámica de poder, de manera conflictiva y contrarrestada por resistencias, de diverso grado y profundidad, donde ha sido impuesta.

La colonialidad del saber no es una matriz de saber que haya sido superada, ni con el fin del colonialismo en gran parte del planeta, ni con la deconstrucción de las metanarrativas totalizantes. Según Lander (2004) en los debates sobre los saberes hegemónicos del mundo moderno se han destacado un conjunto de supuestos básicos que permiten caracterizar como eurocéntrica a la concepción dominante de conocimiento. La persistencia de esta perspectiva se encuentra en los principios o fundamentos que orientan los procesos actuales de diseño, legitimación y naturalización del orden global del capital. En este sentido, existe una continuidad histórico-estructural de la colonialidad del poder/saber en el contexto actual. Siguiendo a Lander (2004) los supuestos principales del eurocentrismo y sus consecuencias, pueden ser sintetizadas de la siguiente manera:

- a) El conocimiento eurocéntrico se fundamenta en la construcción de múltiples y sucesivas separaciones o particiones, siendo las más características y significativas –mas no las únicas- los dualismos básicos jerarquizados entre *razón y cuerpo, sujeto y objeto, cultura y naturaleza, masculino y femenino*.

El eurocentrismo ha instituido al saber científico occidental como el conocimiento verdadero, universal y objetivo, con lo cual se define simultáneamente a toda otra forma como ignorancia o superstición. Dentro de esta perspectiva, las separaciones entre *razón-cuerpo* y *sujeto-objeto* han sido fundamentales para sus pretensiones de objetividad, del mismo modo que la invisibilización del lugar de enunciación. En este punto, es importante lo que Castro-Gómez (2005) ha propuesto como la *hybris del punto cero*: el distanciamiento de los condicionamientos espacio-temporales en que se desenvuelve la vida del observador-científico, desemboca en un punto de partida absoluto para la gestación de conocimiento. Así como la perspectiva en el dibujo, que no alcanza a imitar la visión estereoscópica del ser humano, pero que ilusiona una representación fiel a la realidad con independencia del observador, hacer *tabula rasa* de todos los conocimientos aprendidos previamente, en pos de superar la subjetividad, para poder captar las leyes de la naturaleza y de la sociedad bajo el amparo de la razón, desemboca en un nuevo comienzo. Este nuevo comienzo significa tener el poder de nombrar por primera vez el mundo y además, equivale a tener el poder de instituir, de representar y de construir una visión sobre el mundo social y natural. Un ejemplo histórico claro de esta *hybris* es el trabajo de clasificación del reino natural y animal hecha por Linneo.

- b) La historia regional europea es entendida como la *Historia Universal*. En esta perspectiva, Europa representa el patrón normal de referencia para toda otra historia, así como el punto máximo del avance de la humanidad desde lo “primitivo” hasta lo “moderno”.

El establecimiento de la historia europea como la *Historia Universal* generó dos efectos que durante siglos han logrado perdurar: 1) el ocultamiento de las relaciones coloniales/imperiales entre los pueblos y culturas que hicieron posible la constitución del sistema-mundo moderno (Lander, 2004); y 2) la imposición de una metanarrativa según la cual la *Historia Universal* es un producto interno del desarrollo europeo.

Ambos efectos lograron naturalizar la dominación, en especial, en la producción de una memoria histórica excluyente. Por una parte, la ontologización de cada cultura dentro de las clasificaciones geográficas continentales –las diferencias insalvables entre África, Asia y América respecto a Europa- establecieron que cada cultura, ligada a una geografía particular, poseía sus propios rasgos, sin relación alguna con el resto del sistema-mundo, ocultando así las relaciones coloniales/imperiales. Por otra parte, esta ontologización, privilegió la experiencia cultural europea, al atribuirle un grado de superioridad y desarrollo diferencial y endógeno. De este modo, en la *Historia Universal*, el desarrollo interno europeo, a través de una suerte de difusionismo unilineal, debía ser imitado por el resto de las culturas del planeta. Esta idea eurocentrica, de que la historia se mueve desde Europa hacia el resto del mundo, ha sido fuertemente reactivada con los discursos del *desarrollo* –en especial en lo que Escobar (1998) ha llamado “la invención del Tercer Mundo” y su necesidad de asistencia y “ayuda” por parte del “Primer Mundo”-

- c) Las diferencias con los *otros* son convertidas en diferencias de valores, en distancias espacio-temporales y en jerarquías que sirven para definir a todos los seres humanos no-europeos como inferiores –“salvajes”, “primitivos”, “atrasados”, “subdesarrollados”, etc.- La categoría de raza como instrumento clasificador de los diferentes pueblos del mundo –en una escala de superior e inferior- desempeña aquí un papel central.

El eurocentrismo no solo es una perspectiva etnocéntrica de la experiencia europea. El etnocentrismo, es decir, aquellas categorías culturales que dan cuenta de la relaciones mismidad/alteridad enunciadas desde un locus cultural particular –y muchas veces establecidas en términos de humano/no humano¹¹-, han estado presentes en todas las culturas. Sin embargo, la colonialidad, bajo la categoría moderna de “raza”, instala por primera vez un patrón de poder global y extiende su lógica clasificatoria a todas las culturas del planeta. Junto a la idea de raza, en tanto codificación de la diferencia biológica, han existido también otros criterios clasificatorios. Mignolo (1995) ha mostrado que las diferencias se han instituido en valores y distinciones étnicas inherentes, en especial con la reactivación del discurso de la limpieza de sangre entre

¹¹ Por ejemplo: Wichí significa “gente”; Mapuche significa “gente de la tierra”; Taíno significa “gente buena”, etc.

los conquistadores españoles para con las poblaciones nativas de America (Mignolo, 1995; Castro-Gómez, 2005). Por otra parte, Fabian (1983) ha puesto énfasis en las distancias espacio-temporales de la antropología y su objeto, es decir, la antropología, en tanto saber experto de la alteridad cultural, tendió desde sus inicios a situar su objeto como parte de una temporalidad anterior al tiempo del científico. Fabian denominó esta operación de la ciencia antropológica como la *negación de la coetaneidad*¹², que reactiva la idea según la cual “al comienzo todo era America” (Meek, 1981), ya presente en los teóricos sociales de los siglos XVII y XVIII. De esta forma, las categorías duales del eurocentrismo para la construcción de las identidades de los “otros” fueron multiplicándose y profundizando las diferencias: *primitivo-ilustrado*, *barbarie-civilización*, *subdesarrollado-desarrollado*, etc.

- d) El conocimiento científico y el desarrollo tecnológico avanzan en una dirección lineal ascendente hacia niveles cada vez superiores en el saber y en la capacidad de transformación útil de la naturaleza.

Por último, la razón científica y el desarrollo tecnológico como herramientas para ilustrar a los pueblos, trazan una senda unilineal que guía el destino de la humanidad. Siguiendo a Castro-Gómez (2000), la mayoría de los teóricos sociales de los siglos XVII y XVIII (Hobbes, Bossuet, Turgot, Condorcet) coincidían en que la “especie humana” sale poco a poco de la ignorancia y va atravesando diferentes “estadios” de perfeccionamiento hasta, finalmente, obtener la “mayoría de edad” a la que han llegado las sociedades modernas europeas. Ya consolidado en la ilustración, este movimiento lineal de la historia ha sido uno de los fundamentos principales de las perspectivas hegemónicas respecto a lo social, en especial del evolucionismo y sus posteriores mutaciones en la idea de progreso y *desarrollo*. Por otra parte, en cuanto a la transformación útil de la naturaleza, estas formas de conocimiento expresaron ciertas necesidades cognitivas propias del capitalismo: la medición, la cuantificación, la externalización (objetivación) de lo cognoscible respecto del conocedor, “para el control de las relaciones de las gentes con la naturaleza y entre aquellas respecto de ésta, en especial de la propiedad de los recursos de producción” (Quijano, 2007:94). Este énfasis caracterizará a la disciplina económica en particular y al orden liberal en general.

¹² En inglés, *Denial of Coevalness* (Fabian, 1983)

Estos cuatro presupuestos y sus consecuencias, en el plano del saber, muestran que paralelamente a que el dominio europeo sometía crecientemente a una alta proporción de la humanidad, las formas de conocimiento afiliadas a la dominación naturalizaron una perspectiva de orden liberal como modalidad más avanzada de la experiencia humana (Lander, 2004). Esta naturalización del orden liberal, en tanto un proceso global y local, culmina con la consolidación de las nuevas relaciones capitalistas de organización de la propiedad, del trabajo y del tiempo, presentándose no como una modalidad civilizatoria en pugna con otras, sino por el contrario, como la única posible. Para Lander (2000) este complejo proceso presenta dos dimensiones: por una parte, una dimensión colonial/imperial de conquista y sometimiento de otros continentes y territorios por parte de las potencias europeas. Y por otra parte, una encarnada lucha civilizatoria interna al territorio europeo en la cual finalmente terminó por imponerse la hegemonía del proyecto liberal (2000:20)¹³.

Como extensión del proyecto eurocéntrico, en este contexto histórico-cultural fue posible la constitución de las disciplinas de las ciencias sociales. Según Castro-Gómez (2000) las ciencias sociales funcionaron estructuralmente como un “aparato ideológico” que, de puertas para adentro –es decir, al interior de Europa-, legitimaron la exclusión y el disciplinamiento de aquellas personas que no se ajustaban a los perfiles de subjetividad que necesitaba el Estado para implementar sus políticas de modernización; de puertas para fuera, en cambio, “las ciencias sociales legitimaban la división internacional del trabajo y la desigualdad de los términos de intercambio y comercio entre el centro y la periferia, es decir, los grandes beneficios sociales y económicos que las potencias europeas estaban obteniendo del dominio de sus colonias” (Op. Cit, 2000:155). Por otra parte, las disciplinas científicas deben ser vistas a partir del presupuesto eurocéntrico que asume a la realidad como un todo que debe ser descompuesto en fragmentos. Éstas recortan e institucionalizan un ámbito del conocimiento y trazan líneas fronterizas con respecto a otros ámbitos. Es en el análisis de cada una de sus partes, ignorando sus conexiones con todas las demás, donde se alcanza el conocimiento científico (Castro-Gómez, 2007). Así mismo, los conocimientos tienen unas jerarquías, unas especialidades, unos límites que marcan la diferencia entre unos campos del saber y otros. Estas fronteras epistémicas no pueden

¹³ Respecto a esta última dimensión, Lander cita los trabajos de E.P. Thompson, para mostrar como éste modelo de organización del trabajo y de la vida fue ampliamente resistido.

ser transgredidas: unos cánones definen sus procedimientos y sus funciones particulares. En este sentido, tal como ha señalado Wallerstein y su equipo (1996), las ciencias sociales se constituyen como tales en un contexto espacial y temporal específico: en cinco países liberales industriales –Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos- en la segunda mitad del siglo XIX. En el cuerpo disciplinario básico de las ciencias sociales se establece, en primer lugar, una separación entre pasado y presente: la disciplina *historia* estudia el pasado, mientras se definen otras especialidades que corresponden al estudio del presente. Para el estudio de éste se acotan, se delimitan, ámbitos diferenciados correspondientes a *lo social, lo político y lo económico*, concebidos propiamente como regiones ontológicas de la realidad histórico-social (Lander, 2000). De esta forma, a cada uno de estos ámbitos separados corresponde una disciplina de las ciencias sociales, con su objeto de estudios, sus métodos, sus tradiciones intelectuales, sus departamentos universitarios: la sociología, la ciencia política y la economía. La antropología y los estudios clásicos se definen como los campos para el estudio de los *otros*.

Finalmente, como correlato del surgimiento de las disciplinas, en este mismo movimiento histórico fueron negadas todas las otras formas de conocimiento. En el caso de América Latina, según Castro-Gómez (2005) la ilustración fue vista en el período colonial como un mecanismo idóneo para eliminar las “muchas formas de conocer” vigentes todavía en las poblaciones nativas y sustituirlas por una sola forma única y verdadera de conocer el mundo: “la suministrada por la racionalidad científico-técnica de la modernidad” (Op. Cit, 2005:16). En este sentido, las disciplinas han surgido como parte de los conocimientos expertos en la conformación de los Estados-nación latinoamericanos, avocadas a la creación de ciudadanía y de sujetos aptos para el trabajo.

Si bien la naturalización del orden liberal y la constitución de las disciplinas, en tanto parte de un proyecto civilizatorio, pretenden negar los saberes, epistemes e imaginarios de los colonizados, el conflicto de estas poblaciones frente a estas imposiciones ha sido manifiesto desde sus inicios, dando lugar a importantes procesos de resignificación y resistencia. A pesar de su predominio, la hegemonía del eurocentrismo donde ha sido impuesta ha sido contestada, dentro y fuera de Europa, bajo diversas modalidades y con diversos alcances, en diversos momentos históricos,

incluyendo la actual globalización. En este sentido, los supuestos eurocéntricos y sus consecuencias, como mas arriba hemos caracterizado, no son parte de una historia, ni pasada ni resuelta, sino deben ser analizadas como presupuestos hegemónicos en la construcción discursiva del mundo contemporáneo y piso de las formas que adquiere hoy el discurso colonial: modernización, progreso, desarrollo, globalización (Lander, 1997).

II. 1. 3 La ciencia de lo económico, la utopía del mercado total y la economía social y solidaria.

El paradigma eurocéntrico que dio lugar a las divisiones disciplinares de las ciencias sociales sostiene hasta el presente la idea según la cual en todos los tiempos y en todas las culturas existe la economía como una esfera separable de la sociedad, de la ética, del medio ambiente y de la política. En el marco de esta fragmentación, a la ciencia económica le correspondería el estudio de *lo económico*, esto es, de las leyes que gobiernan la producción, la reproducción y la distribución de la riqueza material y/o del uso eficiente de los recursos escasos en la producción, intercambio y consumo de bienes y servicios. Estos han sido los respectivos objetos de estudio otorgados a la economía política –en las versiones clásicas y marxistas- y a la economía formal –en las tradiciones neoclásicas y sus variantes- (Vargas Soler, 2008). Estas perspectivas, que universalizaron la racionalidad del comportamiento económico¹⁴, han tratado de explicar como funciona *lo económico* –el capitalismo y el mercado en particular- y de justificar *lo económico* en el progreso material, sin cuestionar sus fundamentos y sentidos. Bajo estos presupuestos, la economía –como ciencia y disciplina moderna- ha sido erigida como un conocimiento positivo y racionalista dirigido a un fragmento del ente –la producción, distribución y consumo de valores de uso y de cambio- de manera tal que su propia epistemología excluye la pregunta que interroga los fundamentos y sentidos de las teorías y practicas económicas particulares e históricamente situadas.

¹⁴ Vale señalar también, junto a Grondona (2010), que los fundamentos respecto a la racionalidad del comportamiento económico humano y en especial el surgimiento del *homo economicus* en la modernidad, deben hallarse en los planteamientos de los economistas neoclásicos, que antes de ser economistas, eran filósofos de la moral, es decir, preocupados del comportamiento humano y su conducta (Grondona, 2008; Foucault, 2007). Esto resultará de especial interés cuando hablemos sobre la “utopía del mercado total”.

La exclusión de la pregunta por las prácticas económicas históricas y locales, en tanto tendencia general del eurocentrismo, y en especial desde la Ilustración, de eliminar las “muchas formas de conocer” de quienes de esta manera son dominados/explotados, ha sido profundizada desde la década del 80 del siglo pasado, con la totalización de la economía mercantil capitalista y la globalización de sus estrategias de acumulación. Los paradigmas económicos neoliberales han invisibilizado las prácticas de diferencia económica (Escobar, 2005), tendiendo a reducir las formas y diferencias económicas –a través de lo que Grosfoguel (2006) entiende como los “universales abstractos”- a los términos de lo Mismo, esto es, a los términos propuestos por el proyecto moderno/colonial/capitalista (Vargas Soler, 2008). Esta homogenización de la diferencia económica tiene como correlato la consolidación del paradigma neoliberal con la caída del muro de Berlín. Desde entonces, ésta ha sido presentada como la única economía realmente existente y posible, negando los imaginarios y prácticas *otras* en torno a nuevas relaciones no mercantiles y no capitalistas.

A esta totalización del imaginario económico neoliberal Lander (2002) la ha denominado “utopía del mercado total”. Ésta es el imaginario de acuerdo al cual los criterios de asignación de recursos y toma de decisiones por parte de mercado “conducen al máximo del bienestar humano y que por ello es tanto deseable como posible la reorganización de todas las actividades humanas de acuerdo a la lógica del mercado” (Lander, 2002:52). Se trata de una utopía, ya que es tanto un imaginario de futuro como un proceso de diseño del mundo en la era de la globalización; constituye el acervo teórico y normativo a partir del cual la tecnocracia global del comercio y las finanzas internacionales legitiman su experiencia (Lander, 2004). En este punto, la “utopía del mercado total” se basa privilegiadamente en el saber experto de la ciencia económica, ya que es ésta quien justifica los procesos de libre movimiento de las inversiones del comercio, a partir de los cuales tienen que necesariamente estar organizadas todas las sociedades del planeta. El horizonte de esta utopía es la expansión de la lógica del mercado, en un proceso de penetración y subordinación de todas las actividades, recursos, territorios y poblaciones que hasta el presente no han estado plenamente sometidos. Por consiguiente, su propósito es un modo específico de gobernar el comportamiento de las poblaciones. De este modo, la “utopía del mercado total” no es simplemente un modelo económico, “es la extensión de la lógica de la racionalidad del mercado a todos los ámbitos de la vida colectiva” (Lander, 2002:52).

Esta última observación, pero desde una perspectiva distinta acerca de las relaciones de poder, saber y subjetividad, puede ser complementaria al diagnóstico que propone Foucault (2007) para entender a las racionalidades neoliberales de gobierno. Este diagnóstico del presente neoliberal, ofrecido por la *analítica de la gubernamentalidad*, señala que en la sociedad actual domina la forma-empresa sobre la forma-Estado. Es una sociedad compuesta ya no de individuos ni de colectividades sino de mercados, en la cual uno de sus objetivos centrales es que los sujetos se “capitalicen a sí mismos”, es decir, que logren “invertir” sus recursos en ámbitos inmateriales como la belleza, el amor, la sexualidad, el conocimiento, la espiritualidad, etc., pues tales inversiones contribuyen a aumentar sus posibilidades de movilidad en una “economía abierta de mercado” (Castro-Gómez, 2010; Foucault, 2007).

Ambas posturas, más allá de sus diferencias, muestran un común punto de unión acerca del propósito del neoliberalismo. Bajo el amparo de esta concordancia, quisiéramos establecer dos observaciones para comprender la perspectiva acerca de la economía social y solidaria que proponemos en este trabajo. La primera señala que para hacer plausible esta concordancia, tanto la propuesta de Lander como la de Foucault no deben entenderse como fenómenos de dominación totalizante, es decir, en las cuales no existe un “afuera”. Para ambos, y como en todas las relaciones de poder, en su carácter complejo y no-lineal, el conflicto nunca está ausente del todo y es parte fundamental en las dinámicas de las relaciones sociales. Durante los últimos siglos frente a la economía capitalista han existido respuestas críticas de diversos tipos y con diversos alcances, que han generado tensiones tanto en contextos histórico-sociales particulares, como frente al modelo civilizatorio moderno/colonial en general. En este sentido, nuestra segunda observación continua a la primera: la economía social y solidaria debe comprenderse como un tipo de respuesta parcial a la economía neoliberal actual, que no cuestiona los presupuestos eurocéntricos de la ciencia económica, y que la utiliza, a su vez, como un saber experto para la aprehensión de la *otra* economía, es decir, para objetivarse a sí misma.

Parte del recorrido histórico y los hitos que la actual economía social y solidaria reconstruye como parte de su historia han estado estrechamente vinculadas a luchas, resistencias y respuestas creativas frente a las diversas crisis del capitalismo (Singer, 2004). Estas respuestas han ayudado a dar una legitimidad histórica a la economía

social y solidaria, es decir, han servido como antecedentes del pasado a los emprendimientos “alternativos” actuales. Por otra parte, el aporte realizado por los autores de la corriente sustantivista de la antropológica económica, que pensaron la economía como una instancia integrada a los diversos ámbitos de la sociedad (Polanyi, 1992; Sahlins, 1977) ha sido retomado heterodoxamente por las principales corrientes teóricas de la economía social y solidaria. Éstos últimos le han dado a la economía una significación social y política, al rescatar todo un universo de proyectos económicos donde se visualizan tales integraciones. El esfuerzo teórico por dar cuenta de estas realidades y el apoyo a estos emprendimientos han sido aportes considerables de este campo. Sin embargo, tanto en sus estrategias de validación histórica como en sus herramientas teóricas, la economía social y solidaria intenta confrontar al neoliberalismo como una teoría económica. No obstante, desde nuestra perspectiva, éste debe ser comprendido como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio, esto es, “como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento y la *buena vida*” (Lander, 2000:11). En este sentido, la economía social y solidaria se mantiene acrítica frente a la epistemología eurocéntrica, tanto de la modernidad/colonialidad como matriz de poder, como de la ciencia económica, en tanto saber experto. En consecuencia, las alternativas a las propuestas neoliberales y al modelo de vida que representan, no pueden buscarse en otros modelos o teorías en el campo de la economía, ya que la economía misma como disciplina científica asume, en lo fundamental, la cosmovisión liberal (Lander, 2000). De esta manera, consideramos que es necesario partir del supuesto de que el status disciplinar de la economía social y solidaria es heredera de esta matriz de saber.

En este sentido, la categoría de colonialidad del poder, junto a una revisión crítica del eurocentrismo como perspectiva de conocimiento, habilitan una comprensión histórica-epistémica de larga duración para el análisis de los presupuestos que sustentan a los discursos y prácticas de la economía social y solidaria en la actualidad. El concepto de *desarrollo* que presentamos en el próximo apartado servirá para enmarcar las formas de conocimiento a través de las cuales son elaborados los objetos, los conceptos y las representaciones de este campo de estudios. Todas ellas le deben a la idea/fuerza del *desarrollo* la condición de posibilidad para su surgimiento.

II. 2. Desarrollo, colonialidad y la economía social y solidaria en la Argentina actual.

En la actualidad, los presupuestos básicos de la “utopía del mercado total” continúan y profundizan el proyecto moderno/colonial. En especial, reactivan la idea/fuerza del *desarrollo*, conservando una extraordinaria eficacia en los procesos más significativos de planificación, negociación e instauración de la nueva institucionalidad global del capital. A continuación examinaremos al *desarrollo* y ofreceremos una interpretación de éste desde la perspectiva de la colonialidad del poder.

La “modernización”, en tanto imperativo de la segunda mitad del siglo XX, impuso la necesidad de componer nuevas instituciones y asociaciones políticas, sociales y económicas de la cultura occidental en América Latina, gestando un proceso de cambio que, hasta el día de hoy, tiene como horizonte de llegada a los países del “primer mundo”. No obstante, en las décadas del 60’ y 70’ del siglo pasado, se dio un fuerte debate sobre las complejas y contradictorias cuestiones en torno al desarrollo, en especial acerca de la profundidad de los conflictos de interés político-social implicados. Aún cuando el debate logró poner en entredicho ciertos aspectos del desarrollo, su promesa como un horizonte de futuro se mantuvo intacta. En este sentido, bajo el eurocentrismo como perspectiva de conocimiento, el supuesto dominante del debate en cuestión sostenía que el desarrollo refería a países o regiones, en los cuales era posible identificar sus obstáculos específicos y diagnosticar las formas de vencerlos o contornearlos (Quijano, 2000b). Es decir: el desarrollo era un asunto del Estado-nación¹⁵. Así, fue producida una extensa familia de categorías en torno a la problemática –principalmente subdesarrollo, modernización, marginalidad, participación, de un lado, e imperialismo, dependencia, marginalización, revolución, en la vertiente opuesta-, que sostienen hasta nuestros días el debate acerca de las posibilidades de futuro en nuestro continente.

En los albores del siglo XXI el debate en torno al desarrollo de América Latina ha sufrido profundas modificaciones. Sin embargo, la matriz eurocéntrica que lo interpreta

¹⁵ Quijano (2000b:78) apunta: “Desde la Segunda Guerra Mundial, sobre todo, para casi todo el mundo el Estado-nación pasó a ser no sólo una unidad de análisis, sino el enfoque mismo, una manera de percibir y estudiar los problemas”.

como un problema nacional no ha sido lo suficientemente cuestionada. Es así como para liberar el debate de “la vieja prisión eurocentrista” (Quijano, 2000b:81) siguiendo a Quijano (2000b), entendemos al desarrollo como una reconfiguración global en la matriz de poder moderno/colonial. En tanto una idea/fuerza que promueve “aspiraciones motivadoras e impulsoras de cambios mayores en la sociedad” (Op. Cit, 2000b: 78) y que “ligado a la modernidad occidental como sistema cultural y a la colonialidad del poder como patrón de dominación global” (Quintero, 2009: 113), éste debe ser entendido y resituado dentro de un patrón de poder de larga duración. Tal como sostiene Quintero (2009) “es cierto afirmar que el desarrollo posee una carga ideológica y un contenido utópico que le es inherente, pero consideramos que esta idea/fuerza pertenece a un sistema ideológico y utópico -espacial y temporalmente- más amplio” (Op. Cit, 2009:113). En este sentido, la amplitud espacio-temporal del desarrollo debe rastrearse fundamentalmente en la consolidación del imaginario y del orden liberal de siglos anteriores. La “colonización de la realidad por el discurso del desarrollo” (Lander, 2004:3), a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, otorga un renovado vigor a los fundamentos epistémicos centrales de la colonialidad del poder.

En pos de sostener esta reinterpretación crítica del desarrollo, Quintero (2009) ha hecho dos observaciones importantes: la primera refiere a que, a pesar de las posteriores nomenclaturas y resemantizaciones a las cuales ha sido sometida la palabra “desarrollo” –endógeno, humano, sustentable, étnico, etc.- éstas no han puesto en duda la naturaleza intrínseca del concepto. Por otra parte, este autor propone una doble lógica para el análisis del desarrollo: “una lógica epistémica –cómo el desarrollo y sus agentes piensan a las sociedades y/o comunidades- y una lógica operacional –cómo el desarrollo y sus agentes intervienen en las sociedades y/o comunidades” (Quintero, 2009:113). Esta división analítica nos permitirá abordar al desarrollo desde el punto de vista de su lógica epistémica y mostrar cómo ésta se despliega en los discursos y sentidos de la economía social y solidaria. De esta forma, este enfoque del desarrollo nos permitirá indagar en prescripciones, descripciones y regímenes de representación. Específicamente, en las *prácticas de representación* de la alteridad económica y la noción de *utopía* que el campo de estudios en cuestión presupone.

La lógica epistémica del desarrollo, a través de las nociones de “Tercer Mundo”, “Pobreza” y “Ayuda”, revigoran ciertos presupuestos eurocéntricos que han

demostrado permanecer en el imaginario del presente. En primer término Escobar (1998) denomina “la invención del Tercer Mundo” a la re-articulación de occidente respecto a sí mismo y de la invención de “su otra mitad imaginada” (Trouillot, 1991), es decir, como una nueva invención y homogenización de la alteridad de la modernidad. Esta reclasificación configuró las antiguas taxonomías socio culturales, reclasificando y reajustando la diferencia colonial a través de una serie de *prácticas representacionales* que catalogaron a la población mundial y a los territorios planetarios según la dicotomía desarrollados/subdesarrollados. Esta distinción formula la existencia de un “Primer Mundo” desarrollado, tecnológicamente avanzado, libre para el ejercicio del pensamiento utilitario y sin restricciones ideológicas. Por otra parte, el “Segundo Mundo” es también desarrollado y tecnológicamente avanzado, pero provisto de un cúmulo ideológico que impide el pensamiento utilitario. Finalmente el “Tercer Mundo” es subdesarrollado, rezagado tecnológicamente y con una “mentalidad” tradicional que obstaculiza el pensamiento utilitario y científico (Quintero, 2009). A partir de estas nuevas reclasificaciones, las poblaciones del mundo quedaron inmersas y homologadas en tres mundos posibles, “donde cultura, raza, género, nación y clase están inextricablemente ligadas” (Escobar, 1998:56). En esta operatoria, el “atrasado” o “primitivo” pasó a identificarse con el “Tercer Mundo” en el espacio geopolítico del “Sur”, mientras que el “moderno” o “civilizado” fue identificado con el “Norte”. Esta reconfiguración que impuso el discurso del desarrollo fue una práctica dirigida a identificar, en cada región, los obstáculos que estas mismas sociedades poseían en su interior y que obturaban el proceso de modernización.

Por otra parte, el proceso de invención del “Tercer Mundo” adhirió la categoría de “subdesarrollados” a las categorías clasificatorias ya impuestas a las poblaciones subalternas –“indios”, “mestizos”, “negros”, etc.- por la diferencia colonial (Mignolo, 2003). Bajo la idea/fuerza del desarrollo, todas estas clasificaciones fueron rearticuladas bajo la categoría de “pobreza”. Ésta última, que fue concebida como un rasgo cultural inherente al “Tercer Mundo”, cobró el carácter de un “problema” que debía ser tratado, y encontró en el instrumental de la ciencia económica un indicador ideal para su medición: “el ingreso anual per capita” (Escobar, 1998:55). Desde entonces, la “pobreza” fue presentada como un problema técnico, que exigía la intervención en educación, salud, higiene, moralidad, empleo, la enseñanza de buenos hábitos de asociación, ahorro, crianza de los hijos, entre otras.

En tercer lugar, la reconfiguración de las relaciones internacionales, principalmente entre el “Norte” y el “Sur” persiguieron el ideal general de modernización y en especial de crecimiento económico. La lógica epistémica de estas relaciones sostenía que el primero debía “ayudar” al segundo para superar sus obstáculos culturales inherentes. De esta forma, la “ayuda al subdesarrollo” como horizonte político global se instaló en el imaginario social desde el fin de la segunda guerra mundial hasta nuestros días. En este sentido, estas tres ideas, que han configurado activamente las relaciones de poder del sistema-mundo moderno/colonial, muestran que la actual hegemonía del desarrollo no es de índole ideológica, sino epistémica: “establece modos de imaginar la realidad e interactuar en ella, estableciendo modos permisibles del ser y del pensar, al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros” (Escobar, 1998: 23).

Atendiendo a la lógica epistémica del desarrollo, el lugar de la economía social y solidaria en la Argentina actual debe ser comprendido, tanto al interior de esta idea/fuerza, como en relación a las recientes transformaciones del Estado, la sociedad y el mercado. Siguiendo a Lander (2002) en la actualidad, “el mito del desarrollo histórico espontáneo de la sociedad de mercado y el mito de la disminución del papel del Estado en la sociedad global contemporánea” (Op. Cit, 2002:11), son dos ideas fuertemente asentadas. Ambas pueden ser entendidas a partir de lo que Murillo (2006) denomina como “integración” según “el nuevo paradigma socio-técnico comenzado en la década del 70” (Murillo, 2006:14). Ésta supone una flexible articulación del capitalismo al profundizar su carácter “organizacional”, en el sentido de que “esta menos determinado por los individuos y la competencia entre ellos, que por las grandes organizaciones transnacionales y por sus mecanismos de competencia” (Murillo, 2006:15). Así, la “integración” implica que economía, política, educación, salud, relaciones sociales y subjetividad deban integrarse a nivel mundial bajo la coordinación de empresas transnacionales, bajo el imperativo de lograr que toda necesidad o deseo humano deba subsumirse a las exigencias de los mercados. Esta “integración”, en tanto programa tras la “utopía del mercado total”, apunta a organizar flexiblemente redes que van desde el usuario a la empresa. En este sentido, el rol del Estado es el de un facilitador de la “integración”, tras abandonar su papel de “arbitro neutral” (Murillo, 2006:16). Como señala Grondona (2010) “aun cuando el Estado sea sometido a una permanente sospecha y deba abstenerse de intervenir *en* el mercado, nunca debe cesar de intervenir

para el mercado” (Op. Cit, 2010:387). Sobre este punto, si bien se ha producido una significativa reducción de las respectivas soberanías de los Estados y de su capacidad para regular las actividades económicas que ocurren en sus territorios, aquello no significa una reducción de su función. Al contrario, puede ser expresión de un desplazamiento de funciones y atribuciones (Lander, 2002).

Esta transformación en el rol del Estado señala una de las condiciones de posibilidad para el surgimiento de la economía social y solidaria en Argentina durante la última década. A través de la “integración”, Organismos bilaterales, Estados y ONGs, siguiendo los lineamientos del “Consenso de Washington”, bajo la misma dinámica asumida décadas anteriores con la “ayuda al subdesarrollo”, impulsaron programas para contrarrestar las consecuencias del modelo económico: crecimiento de los niveles de pobreza, el aumento de actividades productivas o comerciales informales y aumento de los niveles de desempleo. Frente a estos efectos negativos, la “administración de la pobreza” en este nuevo contexto adoptó medidas diferentes a las políticas instauradas en la era dorada del “desarrollismo”. Si bien una respuesta clásica del neoliberalismo ante la crisis es la mayor desregulación, baja de salarios y flexibilización laboral, en el actual contexto el rol del Estado como interventor *para el mercado* no sólo se ha limitado a desregular. Siguiendo a Grondona (2010) existen alternativas de intervención social que coadyuvan a la competencia sin ser distorsivas: son aquellas que trabajan sobre el capital humano de los desempleados y su *empleabilidad*. Así, el Estado tiene una importante tarea que cumplir en lo que hace a la configuración de subjetividades capaces de sobrevivir en el juego del mercado, esto es, “en configurar exitosos empresarios de sí mismos” (Op. Cit, 2010:389). La conformación de esta subjetividad empresarial opera con los programas de capacitación, formación laboral y desarrollo de microemprendimientos sociales. De esta forma, la intervención del Estado ha consistido en respuestas orientadas a iniciativas sociales con el objetivo de reinsertar en el mercado a quienes han sido marginados por éste, ya no desde la disciplina, sino desde los deseos y aspiraciones de una clase trabajadora cuyas capacidades de trabajo ya no eran requeridas formalmente por el sector empresarial. Podríamos decir que el paso de “pobres” a “asistidos” (Escobar, 1998) sufrió una nueva modificación en el nuevo contexto globalizador y con la transformación del Estado: el paso de “asistidos” a “emprendedores” (Presta, 2009).

Precisamente en esta dinámica de reinserción es en donde se urde la multiplicidad de sentidos y la heterogeneidad de prácticas socio-económicas de la llamada “economía social y solidaria”. Como respuesta a las constantes expulsiones del mercado durante la década del 90` se han erigido toda una serie de practicas socioeconómicas heterogéneas y locales, que para el contexto argentino alcanzaron mayor visibilidad posterior a la crisis del 2001 y que desde entonces concentraron un potencial social que no tardaría en ser reincorporado en la agenda del Estado y del sector privado (Presta, 2007). Este potencial social, a través de la proliferación de casos en torno a prácticas socio-económicas de subsistencia de origen popular, captó el interés de una serie de intelectuales especialmente dedicados a estas áreas de estudio durante las décadas anteriores. Los “pobres” y la “pobreza” han sido, tanto en la Sociología como en la Economía, objetos de conocimiento producidos por la idea/fuerza del desarrollo, que en este nuevo contexto mostraron características que renovaron considerablemente el interés en su estudio. Debido al creciente interés por estos casos, paulatinamente se fue constituyendo todo un campo de saber acerca de éstos, que se alejaba y modificaba los términos en los cuales la “pobreza” y los “pobres” habían sido analizados.

En el caso específico de la economía social y solidaria fue emergiendo una perspectiva de análisis que constaba de dos objetivos: 1) rescatar las diversas experiencias y conocimientos de los emprendimientos socio-económicos; y 2) construir el herramental teórico necesario para dar correcta cuenta de esas experiencias y conocimientos (Guerra, 2002). Una década después, el campo teórico de la economía social y solidaria ha presentado una perspectiva que no solo estudia, sino también estimula el desarrollo de formas de trabajo alternativas a las relaciones salariales del mercado laboral capitalista, al caracterizarlas como “emancipadoras”, sin sujetos explotadores ni explotados, sin jerarquías, y –sobre todo- como fundamento de una lógica diferente, la cual no prioriza la maximización de ganancias sino el componente humano y solidario del trabajo.

Este campo teórico presenta un ideal de trabajo alternativo frente a la crisis del mundo laboral de los últimos años y al desempleo estructural de los sectores populares. Asimismo, los principios en los cuales se fundan sus ideales –solidaridad, asociativismo, cooperativismo, etc.- presentan una similitud con parte importante del discurso de algunos sectores del Estado -INAES, Ministerio de Desarrollo Social,

Bancos de la Buena Fe, CONAMI, entre otros- y como principio de acción de ONG's, Fundaciones, y otras instituciones de la sociedad civil, corporaciones privadas y organismos internacionales. La similitud de esta vasta dispersión de discursos encuentra su punto de apoyo en caracterizar a la economía social y solidaria como una "alternativa" superadora del modo de producción capitalista y como una "alternativa" para la inclusión. Sin embargo, tanto la "superación" como la "inclusión" son ideas ya presentes en las lógicas epistémicas del desarrollo. Ambas ideas, subentienden que el desarrollo es un proyecto de modernización y crecimiento económico nacional, el cual debe ser reformulado bajo el surgimiento de estos componentes "éticos", "humanos" y "solidarios" que la economía social y solidaria evidencia.

Con relación a estas ideas, en el presente trabajo quisiéramos plantear la hipótesis de que el eje epistémico central de la economía social y solidaria es la idea/fuerza del desarrollo. Tras las modificaciones en el diagrama de poder global y en el rol del Estado, el impulso para el apoyo y la extensión de la economía social y solidaria en Argentina lleva en su interior este eje epistémico, que se presenta en las formas de conocimiento a través de las cuales son elaborados los conceptos, descripciones e indicadores que este campo de estudios ofrece, en tanto disciplina específica para estas modalidades de *alteridad* económica. Asimismo, al recortar el universo de experiencias socio-económicas "alternativas", este campo de saber ha efectuado una homogenización de éstas, al presentarlas de una manera "utópica", en la medida que encarnan la superación del capitalismo. En consecuencia, tanto las formas de conocimiento que configuran a la economía social y solidaria como las *prácticas representacionales* que ésta ejerce sobre los emprendimientos socio-económicos, se muestran consonantes a la lógica epistémica del desarrollo.

II. 3. 1 Prácticas eurocéntricas de representación de la alteridad.

La invención del "Tercer Mundo", bajo la idea/fuerza de desarrollo, supuso la reclasificación de la población mundial en la dicotomía desarrollados/subdesarrollados. En este apartado quisiéramos retomar el problema de las modalidades de representación de la alteridad bajo el eurocentrismo y su reconfiguración en las lógicas clasificatorias

del desarrollo¹⁶. Con este propósito, utilizaré tres ideas: la primera es la noción de *encubrimiento del otro* (Dussel, 1994); la segunda es la noción de *invención del otro* (Castro-Gómez, 2002); la tercera es el concepto de *occidentalismo* propuesto por Coronil (1999). Las dos primeras nos permitirán situar el problema de la representación en una matriz de poder de larga duración; la última permitirá contextualizarlo bajo los actuales diseños globales.

En la primera, Dussel (1994) centra su análisis en la noción de *en-cubrimiento*. Esta noción se correspondería con esa particular construcción mental que hizo que a finales del siglo XV y comienzos del XVI Europa entendiera a los pobladores de este “nuevo” continente no como una alteridad, sino como lo Mismo, en el sentido de lo imaginado, de lo que se esperaba encontrar. La creación de esta “mismidad” del *otro* en el imaginario europeo conlleva el encubrimiento de esa alteridad. Dussel (1994) señala que “el ego moderno ha aparecido en su confrontación con el no-ego; los habitantes de las nuevas tierras descubiertas no aparecen como Otros, sino como lo Mismo a ser conquistado, colonizado, modernizado, civilizado, como "materia" del ego moderno” (Op.Cit, 1994: 36). De esta forma, al negar la alteridad, se niega la posibilidad de una experiencia social diferente de la europea. Este *en-cubrimiento* confluye con una interpretación de la historia, de la cual su mayor exponente fue Hegel en su *filosofía de la historia*. En ella, el movimiento dialéctico de la historia va de Oriente –lo que geográficamente conocemos como Asia- a Occidente –Europa. Para Dussel (2000) esta interpretación de la historia es parte del *mito de la modernidad*, en tanto naturaliza la superioridad europea como punto último del desarrollo de la humanidad. Tanto el movimiento dialéctico de la historia como el *en-cubrimiento* del otro, confluyen al representar a las poblaciones *otras* del “nuevo mundo” como un estadio detenido en el camino unilineal de la historia: no son ni parte del “mundo antiguo” –Oriente- ni son parte del punto cúlmine de la historia –Occidente. A esto, Dussel (1994) lo denomina como la falacia desarrollista, que fundamenta la idea de un progreso inevitable, desde el *no-ser*, o sea América (Latina), al *ser* europeo, que va desplazándose hacia Occidente. Este desplazamiento sirve como marco clasificatorio para las poblaciones del planeta. Entonces, las poblaciones del “nuevo mundo” son una parte del ser europeo. Por esta

¹⁶ Las *prácticas representacionales* del eurocentrismo, reconfiguradas por la idea/fuerza del desarrollo y su vinculación al Comercio Justo han sido analizadas por Figueira y Concha (2011). En nuestro trabajo, seguimos los aportes de estas autoras para el caso de la economía social y solidaria.

razón pueden ser “civilizables”, “desarrollables”, pero siempre en un nivel distinto, debido a la diferencia colonial y la “inferioridad racial”. Y, por esta misma razón, son lo suficientemente distintas como para ser consideradas *otras*. De esta forma se niegan, se “en-cubren” e invalidan experiencias sociales diferentes.

Por otra parte, la noción de *invención del otro* propuesta por Castro-Gómez (2000) resignifica la noción dusseliana, no sólo como una dimensión cognitiva y clasificatoria de Occidente y sus *otros*, sino como una tecnología de saber/poder, principalmente en la conformación de ciudadanía en los Estados-Nación, es decir, como un fenómeno global que se materializa en prácticas específicas bajo la reconfiguración geopolítica del planeta a partir del siglo XVIII. Bajo esta lógica aparecerán los manuales de urbanidad, las gramáticas de la lengua, las constituciones que inventarán al ciudadano y sus sujetos de derecho, como también aquellos desprovistos de ellos:

este intento de crear perfiles de subjetividad estatalmente coordinados conlleva el fenómeno que aquí denominamos “la invención del otro”. Al hablar de “invención” no nos referimos solamente al modo en que un cierto grupo de personas se representa mentalmente a otras, sino que apuntamos, más bien, hacia los dispositivos de saber/poder a partir de los cuales esas representaciones son construidas (Castro-Gómez, 2000: 148)

Para Castro-Gómez, el problema del “otro” debe ser teóricamente abordado desde la perspectiva de un proceso de producción material y simbólica. En este sentido, las prácticas de disciplinamiento, tanto subjetivas como materiales, tenderán, por una parte, a imponer un marco regulatorio de la conducta y por otra, negarán aquellas prácticas *otras* desestandarizadas. El propósito de estas tecnologías de saber/poder reside en la homogeneización de la diversidad, al implementar figuras de autoridad que construyen el poder desde los “saberes expertos”. En este sentido, las ciencias y en especial las *ciencias del hombre*, constituirán un aspecto fundamental.

Tanto la noción de Dussel (1994) como la de Castro-Gómez (2000) indican que las prácticas de homogenización de la alteridad, ya sea como su “en-cubrimiento” o como su “invención”, pertenecen al sustrato filosófico y ontológico que Occidente ha desplegado para la construcción de su propia *mismidad*. Como ya hemos visto, el mismo movimiento histórico que instauró la perspectiva eurocéntrica, negó toda otra

forma de conocimiento. Coronil (1999), con su noción de *occidentalismo*, propone una actualización de tales ideas de la siguiente forma:

cuando hablo de occidentalismo me refiero al conjunto de prácticas representacionales que participan en la producción de concepciones del mundo que 1) dividen los componentes del mundo en unidades aisladas; 2) desagregan sus historias de relaciones; 3) convierten la diferencia en jerarquía; 4) naturalizan esas representaciones; y 5) intervienen, aunque sea de forma inconsciente, en la reproducción de las actuales relaciones asimétricas de poder (Coronil 1999: 27).

Como puede verse, el autor ha sistematizado cómo el eurocentrismo representa a las alteridades y en éstas, sus historias y relaciones particulares¹⁷. El problema que atiende Coronil (1999) tiene relación con las representaciones de la otredad y con las constituciones implícitas de identidad que las suscriben. Como respuesta constructiva al análisis de Said del *Orientalismo*, el Occidentalismo refiere a un análisis de los conceptos de occidente que animan dichas representaciones, tanto las del orientalismo, como de la alteridad en general. Esto para el autor “supone relacionar lo observado con los observadores, los productos con la producción, el saber con los lugares donde se forma” (1999:26). En este sentido, para Coronil lo verdaderamente particular del occidentalismo radica en que está asentado sobre el despliegue de un poder global, planetario –lo que Murillo entiende por “integración” (Murillo, 2006)-. Sin esta vinculación, sin ser el occidentalismo una expresión de ese poder global, no se podría extender la dominación de Occidente sobre el resto del mundo, como tampoco sería posible la invención de sus *otros*.

Esta condición de occidente frente a sus *otros* ha sufrido diversas modificaciones. Como hemos visto anteriormente, el surgimiento de la categoría de “pobres”, bajo la idea/fuerza del desarrollo, como práctica occidentalista de representación, ha logrado homogeneizar a todas las poblaciones pertenecientes al “Tercer Mundo”. Asimismo, ha movilizadado una serie de políticas de “gestión” orientadas a protocolos y requisitos para quienes son así representados. Dichos protocolos son verdaderas estandarizaciones que exigen, por ejemplo, tanto al campesino camboyano, nepalí, y al aymara boliviano, la misma respuesta cultural, social y productiva (Quintero, 2009). En este sentido, siguiendo de cerca los efectos homogenizadores de las representaciones eurocéntricas de la alteridad, en la presente investigación quisiéramos proponer que el campo de

¹⁷ Parte de las estrategias con las cuales el eurocentrismo representa la alteridad ya han sido señaladas en el apartado II.1.2.

estudios de la economía social y solidaria ha establecido un régimen específico de representación de una *otredad* económica, de manera similar a cómo el discurso del desarrollo a construido a sus *otros*. Esta *alteridad* económica es el objeto de estudio de la economía social y solidaria, que hasta el momento ha construido una imagen homogénea, de carácter *utópica*, de una vasta dispersión de experiencias socio-económicas.

II. 3. 2. Representación, utopía y economía social y solidaria.

En las secciones anteriores hemos propuesto entender: 1) al desarrollo como una idea/fuerza activa en los discursos en torno a las conceptualizaciones de la economía social y solidaria y 2) a través de la nociones de encubrimiento del otro, invención del otro y occidentalismo, comprender las representaciones acerca de los emprendimientos socio-económicos que este campo ha creado, en tanto homogenización de una *otredad* económica. Finalmente, en este último apartado, para interpretar el carácter “alternativo” con que estos discursos describen a las prácticas socio-económicas *otras*, quisiéramos presentar la idea de *utopía*. Lo haremos desde dos perspectivas: tanto como en la dimensión histórica de su surgimiento (Trouillot, 1991) como en su dimensión de sentido (Krotz, 1987). Al asumir que el desarrollo es el eje epistémico central de la economía social y solidaria, lo “alternativo” no debe ser visto como un producto “ideológico”. Antes deben estar dadas las condiciones de posibilidad para pensar a la economía social y solidaria como un proyecto *otro*, frente al mercado como proyecto de la *mismidad* bajo el occidentalismo. La idea de utopía que presentamos aquí puede ayudarnos a comprender las relaciones entre alteridad/mismidad en la economía social y solidaria.

La interpretación que realiza Trouillot (1991) acerca de la utopía se entronca con nuestra perspectiva histórico-epistémica, y en específico, con el surgimiento del eurocentrismo como perspectiva de conocimiento. Según este autor, las descripciones europeas del “estado de naturaleza” surgidas en el siglo XVI reunieron tanto a la literatura de viajes como a las crónicas, las primeras etnografías y las utopías bajo un mismo propósito: “el conocimiento y administración del *otro*” (Op. Cit, 1991:23). Incluso los mismos géneros no eran completamente claros unos de otros, lo cual indica que, para el retrato del *otro*, “convivían lo “fantástico” y lo “realístico” (Op. Cit,

1991:23). Para Trouillot, la conexión entre un “estado de naturaleza” y un “estado ideal”, a través de las relaciones entre las utopías y las primeras etnografías, responde al proceso general de construcción de la identidad de Occidente. Por otra parte, esta construcción identitaria estuvo estrechamente vinculada al debate en torno al orden social y a la *realpolitik* intra-europea del momento. En el contexto de la conquista del Reino de Granada y su incorporación a Castilla, y la expulsión de los judíos del territorio cristiano, el occidente cristiano se consolidó políticamente y concentró su dominación. El debate sobre cómo debía ser detentado el orden –político e ideológico– se ve reflejado en la publicación de “El Príncipe” de Maquiavelo, tres años antes (1513) que Tomas Moro escribiera “Utopía”. En el mismo año de esta última, la obra “Décadas de Orbe Novo” de Pietro Martire d'Anghiera, fue uno de los primeros textos introductorios del “estado de naturaleza” en Europa (Trouillot, 1991:23). Así, “los escritos seminales acerca del salvaje, de la utopía y el orden fueron concebidos en la misma era” (Op. Cit, 1991:31).

El debate acerca del orden social estaba estrechamente ligado a la búsqueda de verdades universales, una búsqueda en la cual el “salvaje” y la “utopía” tendrían su importancia. El “salvaje”, por una parte, podía ser un argumento metafórico a favor o en contra de la “utopía”, de la misma forma que ésta última podía ser un argumento metafórico a favor o en contra del orden, “concebida como expresión de la universalidad legítima” (Trouillot, 1991:33). Entonces, es la mediación de este orden universal la que otorga sentido a la tríada. En defensa de una visión particular del orden, “el salvaje se volvió evidencia de un tipo particular de utopía” (Trouillot, 1991:33). En este sentido, independiente de la caracterización de cada elemento –buen salvaje/mal salvaje, utopía/antiutopía– la tríada en sí conforma un conjunto inseparable en lo que respecta a la construcción identitaria de Occidente.

Dentro de este contexto, para Krotz (1987) con el paso del tiempo ha sido ocultada la calidad analítica de la utopía, a través de los elementos fantásticos, el lenguaje artificioso, las imágenes grotescas y el significado de irrealidad que en el habla común a adquirido el vocablo “utópico”. Por el contrario, la sociedad soñada, primero distante en el espacio, luego lejana en el tiempo y finalmente convertida en proyecto a corto plazo, es la que descubre a la sociedad propia como la otra: distinta, es más opuesta a un orden social acorde con las necesidades y aspiraciones mas esenciales, más

humanas de los seres humanos. Esta inversión de la perspectiva que produce la utopía acerca del orden social propio genera un efecto de extrañamiento, en el cual la sociedad se ve reflejada críticamente.

Como tendremos oportunidad de demostrar a lo largo de esta tesis, en los discursos de la economía social y solidaria existe un fuerte énfasis hacia la idea de “superar a la economía capitalista”. Esta “superación” puede ser entendida como un régimen de representación de índole “utópica”, en el sentido de que la economía social y solidaria es una economía más “humana” y “solidaria”, centrada en el desarrollo de las capacidades del individuo y en su crecimiento. Este “humanismo” en la economía social y solidaria genera un extrañamiento crítico respecto al mercado como motor del orden social actual. La “utopía” que representa esta *otra* economía está intrínsecamente ligada a su condición de *otredad* respecto a la economía de mercado.

CAPÍTULO III

Consideraciones Metodológicas

En el presente capítulo daremos cuenta del diseño metodológico que hemos adoptado en este estudio respecto a los objetivos generales y específicos propuestos. Se compone de una explicitación del método, técnicas, herramientas y procedimientos que se utilizaron en esta investigación, tomando en cuenta su pertinencia respecto a los conceptos teóricos que hemos presentado en la sección anterior.

III. 1. 1. Antropología de la modernidad y economía social y solidaria.

En este trabajo abordaremos a la economía social y solidaria desde dos aproximaciones: 1) en su dimensión discursiva, restringida al contexto argentino entre los años 2001- 2011 y 2) en las memorias y experiencias de los miembros de la cooperativa “La Asamblearia”. El propósito es dar cuenta de las relaciones de poder/saber que se construyen a partir de los diversos sentidos implicados en tanto respuestas al actual proyecto neoliberal. Estas respuestas, desde nuestra perspectiva, deben circunscribirse históricamente a los bloqueos, desplazamientos y aperturas generadas por la crisis del año 2001. La economía social y solidaria resurge al interior de este contexto de ruptura, aunque no obstante, éste no la determina en su totalidad, ya que su presencia se evidencia en las décadas anteriores. Entonces la “otra economía” forma parte de un momento histórico específico, en donde gran parte de la población implementó estrategias de supervivencia socio-económica y forjó experiencias económicas, políticas y sociales diversas. Y en esta especificidad histórica fueron modificadas, en forma y contenido, las maneras de conocer y actuar en la otrora “economía popular”.

Una década después, la economía social y solidaria continúa siendo un campo en disputa, diverso y heterogéneo. El análisis que perseguimos en esta investigación, también situado en un momento específico en la producción teórica respecto al tema, toma al desarrollo como eje epistémico central en los conceptos de la economía social y solidaria. En este sentido, la preocupación por un análisis de la epistemología eurocéntrica inquiera la pregunta por las modalidades que asume la colonialidad del

saber en la producción de conocimiento. Asimismo, y en tanto la colonialidad es la cara oculta de la modernidad, esta pregunta proponemos plantearla bajo el amparo del proyecto que Escobar (1998) ha denominado como “Antropología de la Modernidad”, es decir, “una investigación general acerca de la modernidad occidental como fenómeno cultural e histórico específico” (Escobar, 1998:34). La Antropología de la Modernidad que propone este autor encuentra su antecedente en Rabinow (1986), para quien es necesario “antropologizar a occidente”, es decir, tratar como “exóticos” sus productos culturales, para poder mostrar el modo en cómo construyen la realidad social, poniendo énfasis en aquellos ámbitos tomados más comúnmente como universales –incluyendo a la epistemología y la economía- (Escobar, 1998). Mas importante aún será mostrar “cómo sus pretensiones de verdad están ligadas a prácticas sociales y por tanto se han convertido en fuerzas efectivas dentro del mundo social” (Rabinow, 1986:241, en Escobar, 1998:34). Este proyecto general de la Antropología de la Modernidad, según Escobar, se apoyaría en aproximaciones etnográficas, que ven las formas sociales como el resultado de prácticas históricas, que combinan conocimiento y poder.

Adoptando este proyecto general, la presente investigación, al preguntarse por los presupuestos de la economía social y solidara, pretende aportar a la comprensión del presente y a “exotizar” aquellos dominios que se encuentran naturalizados. Para llevar adelante este propósito, con la ayuda de los conceptos que hemos presentado en la sección anterior, este estudio realizará, por una parte, un análisis de los supuestos epistémicos que los discursos de la economía social y solidaria han construido acerca de estos nuevos emprendimientos socio-económicos en el contexto argentino de la última década. Será éste análisis, pues, que otorgará un marco de interpretación plausible para acometer una segunda tarea, que será relevar las percepciones que los miembros de la cooperativa “La Asamblearia” construyen en relación a la economía social y solidaria en general y a estos supuestos en particular. Ambas vías para “exotizar” los dominios naturalizados de la economía social y solidaria, en su continuidad temática y con su orden respectivo, requieren necesariamente la aplicación de dos técnicas metodológicas de distinto orden: para el primero relevaremos un corpus discursivo, a través de las técnicas de análisis del discurso; para el segundo, el método etnográfico, en especial la técnica de la entrevista, se muestran como los procedimientos mas apropiados. Cada una de estas técnicas metodológicas tiene su propia especificidad.

III. 1. 2. Los discursos de la economía social y solidaria como objeto antropológico.

Si uno de los propósitos de la Antropología de la Modernidad es exotizar aquellos dominios que se presentan como “universales” o “naturales” dentro del imaginario cultural de occidente, analizar los discursos de la economía social y solidaria es una labor que se entronca en dicho intento. Al revisar la bibliografía concerniente al campo teórico del tema en cuestión, pronto se descubre que éste ha sido constituido bajo la intersección de múltiples disciplinas de las ciencias del hombre, tales como la economía, la sociología, la ciencia política y, en menor medida, la antropología. Estas aproximaciones han avocado sus esfuerzos a definir y describir lo que es la economía social y solidaria, generando diversos aportes según las perspectivas asumidas. En este sentido, y en su actual constitución como un saber experto de la *alteridad* económica, la “otra economía” ha sido presentada como un fenómeno de *facto*, en la cual se ausenta una perspectiva histórica-crítica. Del mismo modo en que la historia de la ciencia económica es excluida de la ciencia económica, las preguntas que se han hecho los especialistas en economía social y solidaria han evitado dirigirse hacia los fenómenos de rupturas, y en especial han evitado dar cuenta de las transformaciones en las relaciones entre Estado, mercado y sociedad en los últimas décadas. En síntesis, han evitado abordar los siguientes problemas: ¿Cuáles fueron las condiciones histórico-discursivas para la formación de la economía social y solidaria en el contexto argentino? ¿Qué motiva la aparición de una serie de revistas, volúmenes y publicaciones virtuales que toman como objeto a la “otra economía”? ¿Bajo el amparo de qué estrategias discursivas se dio lugar a tal proliferación? Estas preguntas, influenciadas por la propuesta de Foucault (1979) del método arqueológico –y que a continuación veremos-, pueden ser emparentadas, desde la duda, con esta otra: ¿Es la economía social y solidaria un objeto *preconstruido*? Como recaudo metodológico, Bourdieu y Wacquant (1995) nos alertan que, en pos de una antropología reflexiva, “es preciso construir el objeto y poner en tela de juicio los objetos preconstruidos” que, para los autores “si bien tienen la virtud de despertar la atención y poner en alerta, no son de gran ayuda” (Bourdieu y Wacquant, 1995:163). Esta actitud frente al objeto científico significa romper con el sentido común, es decir, “con las representaciones compartidas por todos, trátase de simples lugares comunes de la existencia ordinaria o de representaciones oficiales, a menudo inscritas en instituciones” (Bourdieu y Wacquant, 1995:177). En

este sentido los objetos preconstruidos proyectan, en su validez y circulación, una modalidad hegemónica de producir conocimiento.

Para el caso de la economía social y solidaria, quien anticipadamente introdujo esta pregunta fue Quijano (1998), pero como ya hemos señalado, en un momento en el cual aún no se había dado aquella ruptura que generó el surgimiento de este campo específico de saber. Sin embargo, muchos de sus argumentos siguen siendo válidos. En especial, nos señala que en la actualidad “la postura dominante en la indagación sobre la existencia social es el empirismo. Y en la acción social, el pragmatismo” (Quijano, 1998:24). Bajo esta perspectiva sus partidarios “no tienen que preguntarse sobre las implicaciones históricas o filosóficas de sus acciones” (Quijano, 1998:20), es decir, ignoran las condiciones de posibilidad históricas para la construcción de su objeto. Frente a esta actitud general del corpus teórico aquí analizado, en la presente investigación seguiremos la propuesta de Bourdieu y Wacquant (1995) de ir más allá del objeto preconstruido de la *otra economía* y elaborar una síntesis de sus presupuestos principales.

Tras la multiplicación de experiencias y casos de “otra economía” en el contexto argentino posterior a la crisis del 2001 y en las diversas representaciones en juego, fue configurándose todo un imaginario de complejas implicancias respecto a las iniciativas populares de “supervivencia” y de transformación de la sociedad. En particular, la proliferación y circulación de estas imágenes, modificaron las maneras en cómo los “pobres” y “la pobreza” debían ser observadas y estudiadas. Los discursos de la economía social y solidaria forman parte de estas perspectivas emergentes, que lejos de referir a un objeto exterior a ellos, forman parte constitutiva de tal objeto: se volvieron el referente teórico de todos aquellos “intelectuales” y “trabajadores” del campo en general. En este sentido, la noción de discurso que propone Foucault (1979) es de gran utilidad: los discursos de la economía social y solidaria deben ser vistos como una práctica activa dentro de la constitución misma del objeto. Bajo la dispersión y discontinuidad de los conceptos y las perspectivas, el conjunto general de discursos sobre el tema, en esta ruptura histórica, asumen la condición de un acontecimiento, así como de una irrupción y un estado en la lucha de fuerzas, que nos obliga a no “devolver el discurso a la lejana presencia del origen” sino a “tratarlo en el juego de su instancia”(Foucault, 1979:41). Para Foucault (1979) el análisis del campo discursivo:

(...) se trata de captar el enunciado en la estrechez y la singularidad de su acontecer; de determinar las condiciones de su existencia, de fijar sus límites de la manera más exacta, de establecer sus correlaciones con los otros enunciados que pueden tener vínculos con él, de mostrar qué otras formas de enunciación excluye (Foucault, 1979: 45).

Captar el acontecimiento, la singularidad del enunciado en un momento histórico dado, significa entender los discursos como parte de una lucha de fuerzas, que muestran y ocultan determinados saberes. El desafío metodológico, entonces, se encarna en esta pregunta “¿Cuál es, pues, esa singular existencia, que sale a la luz en lo que se dice, y en ninguna otra parte?” (Foucault, 1979:45)

Esta aprehensión del acontecimiento, que muestra y refleja un determinado estado de cosas, nos obliga a considerar los discursos como *monumentos*. Adoptar esta perspectiva es una manera de enfrentar los discursos: los discursos ya no deben ser leídos como referencias a una memoria: son esa misma memoria. Murillo (2012) ha señalado con lucidez esta actitud metodológica para leer los documentos como *monumentos*:

El documento entendido como *monumento* alude al hecho de que todo monumento (estatua, placa recordatoria) fue producido con una cierta intencionalidad en una relación de fuerzas determinada, con un cierto propósito de producir un modo de rememorar el pasado o de percibir el presente. Leer el documento como monumento, entonces, supone asumir que él no puede reflejar o rememorar la realidad tal cual fue, sino sólo puede ser analizado según el modo en que ha circulado, cómo ha sido utilizado, por quiénes, en qué circunstancias. Significa comprender que él también es leído desde una cierta perspectiva y que por ende no refleja lo real del pasado tal como ocurrió. El documento entendido como monumento nos adentra en la “historia efectiva”, en la cual no hay unidades fijas, sino proliferación constante (Murillo, 2012: 26).

En este sentido, el análisis de los discursos de la economía social y solidaria durante los últimos diez años reflejan una intencionalidad, como pronto veremos, de producir el futuro a través de un proyecto socio-económico alternativo.

En tanto corpus de un saber especializado, los discursos que tratamos en la presente investigación se muestran como legítimos, es decir, realizados en contextos institucionales (Van Dijk, 2006), pertenecientes a editoriales vinculadas con el mundo

académico. En este sentido, los lugares de enunciación desde donde se erigen estos discursos reúnen a especialistas y académicos referentes en el tema, que “contribuyen a formar una práctica discursiva compleja, continuada, y que involucra a un conjunto de discursos interrelacionados” (Van Dijk, 2006:319).

Como directriz para el análisis, en la presente investigación nos hemos circunscrito a la noción de *otra economía*, explícita en la obra “La Otra Economía” (Cattani et.al, 2004), en el “Diccionario Internacional de Otra Economía” (Cattani, Gaiger, Laville y Hespanha coord., 2009) y en el subtítulo –“otra economía”- de la revista R.I.L.E.S.S. -Red de investigadores latinoamericanos de economía social y solidaria-. La centralidad de la noción en estas series de discursos señalan un manifiesto interés por la aprehensión de la *alteridad* económica. Alrededor de estas tres colecciones de artículos y textos se conformó el corpus discursivo a analizar. Las diversas estrategias para la construcción de las definiciones, descripciones y prescripciones de estos discursos son analizadas en el capítulo IV de esta investigación.

III. 1. 3. Un acercamiento etnográfico a una cooperativa de economía social y solidaria.

De acuerdo al tema de la presente investigación, no sólo los discursos de la economía social y solidaria son parte constitutiva de éste, sino también las experiencias y prácticas socio-económicas llevadas adelante por diversos grupos sociales. Tanto quienes producen los discursos que hablan sobre la economía social y solidaria como quienes llevan adelante estos proyectos, a través de sus respectivas particularidades y tendencias, plantean un complejo desafío para los investigadores. Al recortar necesariamente el objeto, éstos tradicionalmente han mostrado una particular inclinación hacia el análisis de los discursos alrededor de la producción teórica del campo en cuestión. Debido a esta razón consideramos necesario complementar este tipo de análisis a través de otras herramientas. Desde la perspectiva de la Antropología de la Modernidad, la *etnografía* se presenta como la metodología más adecuada para realizar esta integración.

El término “etnografía” alude al proceso metodológico global que caracteriza a la antropología y el trabajo de campo, por ser una fase fundamental de la investigación

etnográfica, podrá realizarse utilizando diferentes técnicas (Velazco y Díaz Rada, 1997). La etnografía no pretende reproducirse según paradigmas establecidos, sino vincular teoría e investigación y así favorecer nuevos descubrimientos (Guber, 2011). Esta manera de producir conocimiento, que retroalimenta teoría e indagación, asume una distinción fundamental respecto a otras metodologías: la implicación del investigador en el trabajo y el modo de obtener información son parte del establecimiento de determinadas relaciones sociales con las personas que integran los grupos estudiados. De esta forma, la construcción del conocimiento se lleva adelante gracias a relaciones sociales de cooperación entre el investigador y un grupo de personas dado.

En la presente investigación el análisis comprende a la cooperativa de vivienda, crédito y consumo “La Asamblearia”, creada en el año 2003 bajo el calor de la asamblea barrial de Nuñez-Saavedra, en la ciudad de Buenos Aires. Su actual lugar de ventas de productos al público se encuentra en el Mercado Solidario de Bonpland, al cual llegaron tras una larga historia de cambios y reestructuraciones. La historia de “La Asamblearia”, según señalan sus miembros, no ha sido fácil, así como tampoco lo ha sido la pertenencia a un movimiento social contrahegemónico. En este sentido, resulta pertinente considerar al movimiento asambleario gestado a partir de la crisis del 2001 en la Argentina como lo que Saltalamacchia et. al. (1983) entiende por movimiento social, es decir, como “una configuración social limitada constituida en torno a una lucha por determinada reestructuración del poder” (Op. Cit. 1983:322). Bajo esta lógica conceptual, la cooperativa “La Asamblearia” es un emprendimiento de economía social y solidaria que pretende enfrentar críticamente al mercado a través de modos de producción, distribución, intercambio y consumo de índole alternativa, centrada en el desarrollo humano y en la solidaridad como lazo social. En esta lucha activa por la (re)imaginación de una sociedad diferente, sus miembros han transitado diferentes caminos, de acuerdo a sus historias y experiencias particulares. Estas trayectorias, que han enriquecido al conjunto, confluyeron en la construcción de la cooperativa, en un contexto adverso de expulsión del mercado del trabajo y de precariedad. Ante tal escenario, la necesidad de “salir a flote” era complementaria a la de mancomunar esfuerzos. Con esta consigna, al interior de la asamblea barrial de Nuñez-Saavedra, hubo diversas experiencias colectivas, que terminaron por conformar a “La Asamblearia” en el 2003 bajo la forma legal de cooperativa.

Quienes pertenecen a “La Asamblearia” son socios que producen de manera autogestiva y solidaria sus propios productos, en base a sus conocimientos personales o a saberes que han aprendido a lo largo del camino. Estos productos tienen diversos destinos: o son puestos a la venta –generando, a su vez, una particular conciencia respecto al consumo-, o circulan al interior de la cooperativa proveyendo a sus propios miembros. También son distribuidos a otras cooperativas y movimientos. Con éstos últimos grupos, establecen relaciones políticas, sociales y económicas, en las cuales comparten un conocimiento respecto al estado actual del movimiento y debaten sobre sus tentativas de futuro. Esta interrelación, tanto con movimientos campesinos como urbanos, genera nuevos lazos –entre ellos la Red de Comercio Justo del Litoral, experiencia sobre la cual hablaremos en el capítulo V-. A estos nuevos lazos, que expanden el movimiento y lo diversifican, resulta central incluirlos dentro del análisis del campo general. Este argumento es el que motivó a realizar una aproximación etnográfica al punto de vista de los miembros de la cooperativa. Relevar sus historias, experiencias y sentidos se convierte en una tarea urgente para completar el mapa de la economía social y solidaria en nuestro país. La riqueza de sus experiencias vividas reside en la incorporación de un *insight* distinto y complementario respecto a los discursos teóricos, orientados más a generar una ciencia que a atender, en específico, a las trayectorias de los sujetos que viven bajo estos principios.

El trabajo de campo con la cooperativa “La Asamblearia” ocurrió intermitentemente entre septiembre del año 2011 y agosto del año 2012. Para acceder al punto de vista de sus miembros, las técnicas elegidas fueron la observación participante, en particular la entrevista. Para este punto, hemos retomado algunos aspectos del planteo de Rosana Guber (1991) sobre las características de esta técnica. Según la autora, la entrevista se convierte en una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones y, además, es una instancia de observación acerca del contexto del entrevistado. Es decir, permiten observar y participar simultáneamente. Como elección metodológica particular, en una primera instancia las preguntas de las entrevistas fueron abiertas, con el propósito de descubrir *las preguntas*, esto es, “para construir los marcos de referencia, a partir de la verbalización asociada libremente” (Guber, 1991:222). La amplitud de las preguntas permitió que fuesen apareciendo temas nuevos y se consolidaran otros ya presupuestos. En este sentido, la *atención flotante*, es decir, “un modo de escuchar que no privilegia de antemano ningún punto del discurso”

(Op. Cit, 1991:215) ha sido una de las técnicas de mayor eficacia para interpretar los sentidos y las perspectivas que nuestros interlocutores han referido sobre la economía social y solidaria y sobre sí mismos.

Otra estrategia clave para la obtención de información es la indagación en la historia de vida. Salgueiro (1998) señala que la historia de vida se define como un relato de un narrador sobre su existencia a través del tiempo, intentando reconstruir los acontecimientos vividos y transmitir las experiencias adquiridas. Por su parte, Saltalamacchia et. al. (1983), al señalar que los movimientos sociales intentan poner en cuestión algún aspecto o la totalidad del orden social existente, nos advierte que el registro documental disminuye en gran medida, ya que la información necesariamente adquiere un carácter hermético. En este punto, el autor señala a la historia de vida como una técnica que “puede servir tanto para la reconstrucción del sentido de la acción como para la reconstrucción de datos factuales que de otra forma sería difícil obtener” (Op. Cit. 1983:325). Esta última característica de la historia de vida es central: en el caso particular de nuestra investigación, gran parte de la historia de la cooperativa no había sido contada anteriormente, ni tampoco las tensiones entre ésta y los diferentes movimientos de la economía social y solidaria, incluyendo su relación con intelectuales e investigadores. En este caso, la indagación en las historias de vida de los miembros de la cooperativa se dirigía a conocer sus historias personales en la economía social y solidaria, incluyendo en ellas cómo el mercado los había expulsado y cómo decidieron tomar la opción de “otra economía”.

En este sentido, al establecer los marcos de referencia de las conversaciones y reconstruir la historia de la cooperativa, los temas centrales de discusión no fueron las definiciones, descripciones y prescripciones de los discursos sobre la economía solidaria –como en el caso de los discursos-, sino:

- 1) Sus propias perspectivas acerca de la economía social y solidaria y sus experiencias de vida en ella.
- 2) La construcción de sus relaciones sociales con otras organizaciones y movimientos de la economía social y solidaria, incluyendo en ellas a los investigadores, intelectuales y estudiantes que se autoadscriben a este campo.

Bajo estas dos directrices fueron guiadas las conversaciones, intercambios y discusiones que hemos establecido con nuestros interlocutores. La noción de implicación que sostienen Althabe y Hernández (2005:72) en tanto “marco infranqueable de producción de saberes” es central para comprender que, al establecer relaciones sociales, el dato etnográfico es un material simbólico, una determinada estructuración, un proceso de análisis y atribución de sentidos, es, finalmente un “real construido” (Batallan y García, 1992:85). Nuestros datos se fueron construyendo a partir de la dinámica comunicacional y social que establecimos, siempre teniendo en cuenta las directrices de indagación y bajo la previa autorización para usar un grabador de audio.

Nuestros encuentros ocurrieron durante las tardes, dos o tres veces por mes, a veces los martes, otras veces los viernes, días en los cuales abre el Mercado de Bonpland. A medida que transcurrían los meses la confianza crecía, tanto por parte de los “interlocutores” como desde nuestro rol de “investigador” e “intelectual”. El lugar de reunión fue en la mayoría de los casos en el espacio asignado para la venta de sus productos en el mercado de Bonpland, detrás del mostrador. Esta situación hizo que por momentos las conversaciones se interrumpieran, debido a que los actores estaban trabajando, ya sea en la venta de productos o en el orden de las góndolas, la organización de las tablas Excel en la computadora o en la conversación con los clientes. También condicionó muchas horas de charlas acerca de temas no estrictamente vinculados a la investigación, pero que nos permitirían conocernos mejor y finalmente, que ellos entendieran cuál era el objetivo de nuestra investigación, acordar ciertos puntos en común y decidir cómo podíamos construir juntos este texto. En el capítulo V del presente trabajo daremos cuenta de las discusiones e intercambios establecidos durante esa época y sus resultados, que ya han sido previamente discutidos y aceptados para su publicación por los miembros de la cooperativa.

CAPÍTULO IV

Los discursos en torno a la economía social y solidaria en Argentina

IV. 1. 1. Introducción.

En este capítulo analizaremos un corpus de documentos pertenecientes al campo teórico de la economía social y solidaria, enunciados en el contexto argentino de la última década. Presentaremos una doble dimensión en estos discursos: por una parte en tanto descripciones de lo que la economía social y solidaria *es*, para luego mostrar las prescripciones de lo que la economía solidaria *debería ser*. Pensamos que este análisis nos permitirá reconocer que la heterogeneidad de las descripciones encuentran un punto de apoyo cuando éstas imaginan a la economía social y solidaria como un proyecto de futuro, superador del actual sistema capitalista. Mostrar esta convergencia nos permite reflexionar en torno a la idea/fuerza del desarrollo y sus implicancias al interior de la colonialidad del poder como matriz de poder específica.

IV. 1. 2. Definiciones y descripciones de la economía social y solidaria.

Al revisar, consultar y analizar parte de la bibliografía referente a la economía social y solidaria, nos encontramos con una gran cantidad de documentos que abordan el tema y que se detienen en la siguiente pregunta: “¿Qué es la economía social y solidaria?”. El eco de esta pregunta rebota de un texto a otro, mostrando según nuestra hipótesis, que la heterogeneidad de producciones teóricas y de prácticas socioeconómicas que llevan por nombre “economía social y solidaria” forman parte de los procesos y tendencias inherentes al actual periodo del capitalismo, y en tal condición, su propio carácter es “históricamente ambiguo y políticamente contradictorio”(Quijano, 2008:12). Existe, entonces, una falta de consenso respecto a su definición (Guerra, 2007). En tal circunstancia, lo que aparece en estos discursos son descripciones, es decir, caracterizaciones de la economía social y solidaria acotadas a una serie de rasgos específicos. En este sentido, estas descripciones intentan superar el hiato que produce la falta de una definición unívoca, a la vez que demuestran que las prácticas socio-económicas de este tipo se resisten a una definición, precisamente por su

carácter particular y heterogéneo. Los siguientes tres fragmentos ejemplifican esta condición:

[La economía social y solidaria es] un modo de hacer economía, organizando de manera asociada y cooperativa la producción, distribución, circulación y consumo de bienes y servicios no en base al motivo de lucro privado sino a la resolución de las necesidades, buscando condiciones de vida de alta calidad para todos los que en ella participan, sus familiares y comunidades, en colaboración con otras comunidades para resolver las necesidades materiales a la vez que *estableciendo lazos sociales fraternales y solidarios*, asumiendo con responsabilidad el manejo de los recursos naturales y el respeto a las generaciones futuras, consolidando vínculos sociales armónicos y duraderos entre comunidades, *sin explotación del trabajo ajeno* (Coraggio, 2007:14).

[La economía social y solidaria es] un nuevo modo de hacer economía, o sea el establecimiento de *una racionalidad económica especial, distinta, alternativa*, que da lugar: a nuevas formas de empresa *basadas en la solidaridad* y el trabajo; a nuevas formas de distribución que articulan relaciones de intercambio justas con relaciones de comensalidad, cooperación, reciprocidad y mutualismo; a nuevas formas de consumo que integran las necesidades comunitarias y sociales a una matriz de necesidades fundamentales para el desarrollo integral del hombre y la sociedad; y a un nuevo modo de acumulación, centrado en los conocimientos, las capacidades de trabajo, la creatividad social, la vida comunitaria y *los valores humanos*, capaz de asegurar un desarrollo sustentable social y ambientalmente” (Razeto, 2002)

[La economía social y solidaria] refiere a las organizaciones de productores, consumidores, ahorristas, etc., que se distinguen por dos especificidades: (a) *estimulan la solidaridad* entre los miembros a través de la práctica de la autogestión y (b) *practican la solidaridad* hacia la población trabajadora en general, con especial énfasis en la ayuda a los más desfavorecidos (Singer 2004:199).¹⁸

Estas tres descripciones, si bien no son capaces de definir a la economía social y solidaria, ofrecen rasgos similares sobre ella: el estímulo y la práctica de la solidaridad; el resurgimiento de la vida comunitaria y de los valores humanos; la emergencia de lazos sociales que valoran las necesidades humanas; la producción sin la explotación del trabajo ajeno, etc. Estas características tienden a dar relieve a la dimensión *humana* de una economía *humana*. Este resurgimiento de un “humanismo”, en tanto contraparte y frente a lo “inhumano” del mercado, la sitúa como una caracterización negativa: la economía social y solidaria es todo lo que no es el mercado (Saez Riquelme, 2011). Pero como bien es sabido, una definición –en un sentido aristotélico- no puede

¹⁸ El resaltado en cursiva es nuestro.

establecerse como una negación. Sin embargo, usando un contraste, es posible acercarse al objeto a definir. Esta estrategia de definición por contraste es utilizada en la definición de *Economía Solidaria* que podemos leer en el Diccionario Internacional de Otra Economía:

La economía solidaria es un concepto ampliamente utilizado en varios continentes, con acepciones variadas que giran alrededor de la idea de solidaridad, en contraste con el individualismo utilitarista que caracteriza al comportamiento económico predominante en las sociedades de mercado (Gaiger y Laville, 2009:162)¹⁹

En tanto definición contenida en un diccionario, y por consiguiente, su importancia dentro de este campo de estudios, ejemplifica lo que hemos señalado: el contraste es un rasgo central en estas descripciones. Pareciera que la economía social y solidaria es una respuesta a la economía de mercado, y en tal condición, no puede definirse de manera autónoma.

Por otra parte, en su carácter positivo, estas descripciones no son las únicas que sitúan a la economía social y solidaria como la contraparte del mercado y en pos de un ethos humanista:

Podríamos en tal sentido definir a la Economía de la Solidaridad como un modo especial y distinto de hacer economía, que por sus características propias consideramos alternativas respecto de los modos capitalista y estatista predominantes en los mercados determinados (Guerra, 2002:1)

[La ESS] crea emprendimientos colectivos, organizados a partir de los principios de la autogestión y democracia participativa en las relaciones de producción y organización del trabajo. *Son principios antagónicos al capitalismo*, por ello tienen una potencial crítica práctica hacia la propia sociabilidad capitalista orientada por los valores de la competición, individualismo y acumulación privada del capital a cualquier costo (Marqués, 2009:2)

La llamada economía social puede significar una pista para asumir concientemente un programa de *superación del orden capitalista*. Insistimos en denominar socialista a ese programa transformador (Gambina, 2005:22)

[...] una economía puede ser solidaria sólo si y en la medida en que *no es económica* (Caille, 2003:12)

¹⁹ La traducción es nuestra.

Estas otras descripciones continúan a las anteriores, en la medida que hablan de la economía social y solidaria como una “alternativa”. Pero más aún: son lo antagónico, son la superación, no solo del capitalismo, sino también de la economía misma. La diferencia con las anteriores, como puede verse, resulta de describir a la economía social y solidaria como una instancia transformadora del sistema en general, y no sólo transformadora de los sujetos que realizan estas prácticas. En este sentido, a través de estas breves descripciones, queda manifiesto un debate recurrente entre las diversas perspectivas: la economía social y solidaria, ¿Conforma en sí misma una alternativa sistémica o constituye un subsistema dentro de la actual configuración económica?²⁰. Esta pregunta ha sido central para las diferentes perspectivas involucradas. Su importancia no es menor, ya que tanto la pregunta, como las diferentes respuestas “comienzan a tomar fuerza en un marco de crisis de las grandes teorías emancipatorias” (García Guerreiro, 2010:77).

El debate entorno a esta pregunta no se encuentra resuelto. Las descripciones de la economía social y solidaria son variadas y las prácticas a las cuales refieren, varían según las realidades sociales que enfocan. Lo interesante para nuestros propósitos es mostrar que, por encima de esta pregunta, pero más aún, por sobre la heterogeneidad de definiciones teóricas y prácticas socioeconómicas, existe un vasto consenso acerca de la importancia de la creación y fortalecimiento de la economía social, “en su contribución a la democratización, a la idea de otra forma de hacer economía, más social y más humana portadora de potencial de inclusión económica y social” (Oxoby 2010: 154). Es decir: lo importante no es la vasta dispersión conceptual, sino la vasta coincidencia en hacer de la economía social y solidaria otra forma de hacer economía. La próxima pregunta es, entonces: ¿Cuál es la forma que debe adoptar esta *otra economía*?

²⁰ “Más allá de las diferencias entre los diferentes abordajes, de si la economía social y solidaria conforma en sí misma una alternativa sistémica o si constituye un subsistema dentro de la actual configuración económica (...) lo que resulta importante señalar es que estas concepciones comienzan a tomar fuerza en un marco de crisis de las grandes teorías emancipatorias.” (García Guerreiro, 2010:77). Lo que esta pregunta pone en juego es similar a los debates acerca de la relación ente desarrollo y estados nacionales en el contexto latinoamericano del 60'-70, que giraron en su mayoría en torno a la oposición reformismo/revolución, sobretudo al interior de la izquierda latinoamericana. Algunas huellas de estas formulaciones, en el campo de la economía popular, pueden verse en Quijano (1998).

IV. 1. 3. Prescripciones e indicadores de la economía social y solidaria.

Hemos visto cómo, a pesar de las diferencias, las definiciones y descripciones de la economía social y solidaria la oponen a la economía de mercado, resaltando el carácter humano de la primera y definiendo como su contraria a la segunda. Bajo esta idea, en uno de los libros más prestigiosos que han tratado el tema, *“La otra economía”*, Cattani abre la obra con la siguiente afirmación: “La economía capitalista necesita ser superada. Bajo todos los aspectos, ella es predatoria, explotadora, deshumanizada y, ante todo, mediocre, y ya no corresponde a las potencialidades del tiempo presente”(Cattani, 2004:23). A continuación, el autor hace un breve análisis de lo corrosivo e inhumano que ha resultado ser el sistema capitalista, para finalmente apuntar a que es necesaria su superación. Pero no sólo que es necesaria, sino que efectivamente existe, ya sea en proceso o en potencia:

Las alternativas en la esfera productiva contemporánea son múltiples, complejas y polémicas. El mundo de las alternativas abarca, invariablemente, incontables visionarios de nobles propósitos, pero no sólo el infierno está lleno de buenas intenciones (Cattani, 2004:26).

El infierno, para este autor, consiste en la vasta dispersión de conceptos, autores e instituciones alrededor de la economía social y solidaria, que por momentos más oscurecen que aclaran su horizonte. Ante esto, para el autor existen tres grandes desafíos en la construcción de otra economía –y que representan el propósito del libro en cuestión-: 1) contra las tesis del “fin del trabajo” o de la “sociedad del conocimiento”, es necesario reafirmar la importancia fundamental del trabajo para los individuos y para la sociedad; 2) la delimitación precisa entre las verdaderas alternativas y las prácticas conservadoras del denominado “Tercer Sector”; 3) por último, para las manifestaciones de “la otra economía” es necesario ubicarse como realizaciones en un estándar social, ecológico, político y, también, tecnológico, superiores al capitalismo convencional (Cattani, 2004).

Para vencer el primer desafío no solo es necesario reafirmar la importancia del trabajo, sino también modificar su sentido, ya que la reafirmación del trabajo, dentro del sistema capitalista, puede llevar a la internalización de los mismos principios competitivos y, por ende, a la intensificación del trabajo ejecutado según reglas

jerárquicas y autoritarias (Cattani, 2004). Para el segundo, es necesario tomar conciencia de que “actualmente, la ofensiva caritativa conservadora disputa el espacio con las verdaderas iniciativas del solidarismo emancipador”(Cattani, 2004:27). Es decir, la economía social y solidaria paulatinamente ha sido utilizada como una estrategia de los agentes del capital. El desafío, entonces, es separar a una de otra. Finalmente, el último desafío interpela directamente a superar en diferentes ámbitos al modo de producción capitalista:

(...) no basta con que sean alternativas para pobres y excluidos: es menester que proporcionen logros en todos los dominios, involucren de manera responsable a amplias capas de la sociedad, que rescaten, para fines más generosos, lo que la creatividad humana pudo aplicar en la generación de productos y servicios de mejor calidad. Los intentos de volver a una época precapitalista mítica y bucólica serían pueriles. El esfuerzo debe estar orientado a recuperar socialmente aquello que el progreso técnico proporcionó en término de confort y calidad de vida (Cattani, 2004:28).

En este sentido, el desafío es ante todo situarse, desde ahora en adelante, “después del capitalismo” (Cattani, 2004:28). El desarrollo de nuevas formas de hacer economía se corresponde, entonces, con una lógica unilineal del tiempo.

Siguiendo el panorama general desplegado por Cattani (2004), esta idea de la economía social y solidaria, que la presenta reuniendo dos presupuestos, a saber, la de un proyecto incompleto y la de un proyecto superador del capitalismo, es visible en otros documentos que tratan la temática. Gran parte de la producción teórica avocada al análisis conceptual centra su atención en la *potencialidad* de esta forma de hacer economía. En especial, lo que se da por sentado es que, para que sea una verdadera *otra economía*, y no solo una “alternativa para pobres y excluidos”, debe presentarse como una superación del sistema capitalista. Este imperativo de *deber ser*, en tanto superación, es afirmado cada vez que se habla sobre el horizonte de acción de la economía social y solidaria. Por ejemplo, como señala Oxoby (2010), haciendo un interesante juego intertextual con Corragio (2008):

(...) la ruptura con el sistema económico vigente es manifiesta; esta propuesta establece la total “deconstrucción del edificio economicista capitalista” al tiempo que va más allá de la “simple inclusión de los excluidos en el mismo sistema injusto que los excluyó” (Coraggio, 2008:2), planteando en su lugar un nuevo

sistema de relaciones y la convivencia de múltiples principios: reciprocidad, redistribución, planificación, autarquía (Oxoby 2010:160).

O en otra variante, para Gaiger (2004):

(...) el papel de los emprendimientos económicos solidarios consiste en dar pruebas tangibles de que son estructuralmente superiores a la gestión capitalista, en el desarrollo económico y en la creación de bienestar social, ya que disponen de ventajas comparativas emanadas de su forma social de producción específica (Gaiger, 2004:237)

Las *pruebas tangibles* de una *superioridad estructural* se manifiestan en las *ventajas comparativas* de esta forma de producción específica. Pero el papel de los emprendimientos solidarios consiste en *dar* esta prueba, es decir, en servir como un ejemplo tangible, real, de aquella superación. En este punto, podríamos preguntarnos: ¿Estos documentos hablan de prácticas que realmente existen o de prácticas que deben llegar a existir?.

Cuando Coraggio (2004) nos presenta su noción de *economía del trabajo*, definida como una oposición punto a punto frente a la *economía del capital*, la circunscribe como un nuevo tipo economía que aún no ha llegado a ser: “aquí se plantea la posibilidad de desarrollar una economía centrada en el trabajo para satisfacer las necesidades de todos y mediada por diversas relaciones de solidaridad” (Coraggio 2004:153). En tanto potencialidad para el desarrollo, deberá estar mediada por la solidaridad. Este es uno de los indicadores, de índole cualitativo. Pero atención:

(...) desarrollar esa posibilidad incluye una lucha cultural, pues los comportamientos inmediatistas de los ciudadanos, en tanto consumidores, pueden contribuir a amplificar los desequilibrios que el capital descuida, y contribuir a la reproducción ampliada del capital antes que la del trabajo (Coraggio, 2004:154).

Peor aún, el peligro acecha a todos, porque incluso sectores conscientes de la economía social “pueden ser llevados por la “prueba del mercado” a internalizar formas de organización, valores y criterios de eficiencia de la empresa privada, aun cuando el lucro no sea su objetivo” (Coraggio, 2004:153-154). En este sentido, ante los peligros que se ciernen sobre el proyecto aún incompleto de la economía social y solidaria, es necesario plantear una dirección, un horizonte hacia donde dirigir los emprendimientos:

(...) esa economía popular emergente, no reconocida por el Estado o condenada a la ilegalidad, no garantiza la sobrevivencia de todos, y se requiere una aproximación sistémica para transformar ese todo caótico en un conjunto orgánicamente vinculado de producción y reproducción, que vuelva a vincular el trabajo con la satisfacción de necesidades definidas históricamente por sociedades democráticas (Coraggio, 2004:154).

Esa economía popular emergente no es aún la economía social y solidaria, porque no garantiza la sobrevivencia de todos, es decir, no logra superar a la *economía del capital*. Pero para superarla, una aproximación sistémica, que puede entenderse como un acercamiento centralizado y holístico, puede dar forma al caos fragmentario de *esa* economía popular. El uso del demostrativo *esa* para referirse a la economía popular, no es más que un modo estratégico de desmarcarse, pero no sólo de un tipo de economía, sino de aquella que es la realmente existente: “la economía popular realmente existente puede dar lugar a un sistema de Economía del Trabajo, capaz de representar y dar fuerza efectiva a los proyectos de calidad de vida en una sociedad más igualitaria, más justa y autodeterminada” (Coraggio, 2004:162). En Coraggio, esta última distancia hacia la economía popular realmente existente y su posición a favor del paradigma de la economía del trabajo, incompleta, en curso –y por sobre todo, que él mismo autor ha propuesto como un concepto teórico- nos da claras señales de las tensiones existentes entre lo que *es* la economía social y solidaria y lo que *debería ser*.

Si volvemos un poco atrás, a las definiciones y descripciones de la economía social y solidaria y su utilidad conceptual para el desarrollo del campo de estudios en cuestión, encontramos en Gaiger (2004) la introducción de un nuevo principio. Este autor afirma que:

(...) al señalar los aspectos nuevos y prometedores que las experiencias de la economía solidaria están demostrando, el concepto debe ser entendido principalmente como un instrumento para la verificación de casos concretos, según las cuestiones y los ángulos de análisis que propone, al mismo tiempo que evoca un direccionamiento histórico posible, bajo el prisma de la actuación en la sociedad (Gaiger, 2004:230).

En esta propuesta se halla una doble dimensión: por una parte, el concepto de economía social y solidaria como la vara que mide la *realidad* de estas prácticas socio-económicas. Por otra parte, al mismo tiempo que verifica, evoca una dirección posible. Es decir, deberá prescribir un tipo específico de conducta económica. En esta última cita

queda plasmada la ambigüedad que este campo de estudios despliega. Ambigüedad, por intentar desprenderse del neoliberalismo como proyecto económico, pero apelando a la “ciencia de lo económico”, a sus herramientas y recursos, para dar cuenta de estas experiencias socio-económicas *otras*.

Esta doble dimensión que mide, pero al mismo tiempo prescribe, puede ser interpretada de la siguiente manera: el campo teórico de la economía social y solidaria tiene como horizonte de perspectiva el desarrollo de una forma económica que supere al capitalismo. Pero para afirmarse como proyecto, debe presentar ciertos indicadores, ciertos rasgos que permitan *medir* el carácter distintivo de estos proyectos. La base para sostener estas *pruebas tangibles* de una *otra economía* reside en la construcción de indicadores para la economía social y solidaria:

Un indicador es una información procesada que busca generar una idea acerca de un fenómeno y su evolución. Es una señal que se refiere a una de las características del fenómeno, la cual queremos poner en evidencia, que posibilita encontrar un punto de referencia que guíe nuestro análisis. Es decir, es un conjunto de datos que posibilita simplificar, medir, comparar y comunicar información, y posibilita visualizar el comportamiento de los agentes o de los sistemas. Los indicadores son siempre instrumentos limitados porque reflejan aspectos parciales de la incommensurable realidad. Por ello no pueden ser considerados absolutos. La economía solidaria se diferencia de la tradicional a partir de la utilización de una perspectiva que reconoce que ni todo puede o debe ser evaluado en términos mercantiles o cuantitativos. Mientras los indicadores económicos convencionales, por lo general, tienen un carácter monetario y cuantitativo, la práctica de la economía solidaria apunta hacia la necesidad de construir indicadores cualitativos capaces también de evaluar la solidez de la sociedad, su grado de confianza cohesión social, indicando situaciones límites y evidenciando umbrales, ensanchando así las posibilidades de acompañamiento de las acciones humanas (Wautiez, Bisaggio Soares y de Melo Lisboa, 2004:281).

La construcción de indicadores económicos cualitativos responde a una perspectiva que intenta acompañar las posibilidades de las acciones humanas. Este acompañamiento está centrado en el análisis de las relaciones sociales y no sólo en las relaciones económico- mercantiles. Es así como los conceptos de cooperación, autogestión y solidaridad²¹ cobran una importancia central, siendo éste último el rasgo

²¹ “La noción de solidaridad surgió en la historia económica como reacción a la cultura del egoísmo, del individualismo, de la ficción del *Homo economicus*” (Arruda, 2004: 374). Esta construcción estratégica del concepto de solidaridad, se erige nuevamente como la imagen invertida y positiva del comportamiento económico liberal, pero oculta otras trayectorias del concepto, en especial aquellas vinculadas a la moral cristiana.

distintivo de estas formas alternativas –ya que articulan en un sentido ético-moral a la cooperación y la autogestión- Gaiger (2004) en su trabajo “Emprendimientos socioeconómicos solidarios”, que anteriormente ya ha sido citado, reconoce en las formulaciones de Razeto (1993) los primeros antecedentes del uso de la solidaridad como categoría económica. Lo que llamó la atención de Razeto acerca de los grupos sociales de la periferia urbana que emprendían organizaciones económicas fue que:

(...) algunas de esas organizaciones lograban superar la simple garantía de subsistencia y aportaban mejoras a la calidad de vida; en determinados casos aún posibilitaban márgenes de acumulación y crecimiento económico, gracias a prácticas y valores como la solidaridad, la cooperación y la autonomía (Razeto y Calcagni, 1989, citado en Gaiger, 2004:233).

Estas prácticas de economía popular se mostraron como sorprendentes, ya que contradecían la lógica del tipo ideal de empresa capitalista. La *prueba tangible* de esta distinción pronto sería conceptualizada, transformada en un indicador y concebida como un factor. Siguiendo a Gaiger (2004), “la relación entre solidarismo y empresa fue subrayada en lo que sigue, cuando se menciona que la fuerza económica de esas organizaciones descansaría en el “factor C” (Gaiger, 2004:234). El resultado de la fórmula “*solidarismo + empresa*” fue el famoso “factor C”, el cual puede hallarse fácilmente en la literatura especializada. Gaiger (2004) cita extensamente a Razeto (1993) para explicarnos qué es el “factor C”:

(...) en el hecho de que un elemento comunitario, de acción y gestión conjunta, cooperativa y solidaria, presenta en el interior de esas unidades económicas efectos tangibles y concretos acerca del resultado de la operación económica. Efectos concretos y específicos en los cuales sea posible discernir una particular productividad, dada por la presencia y crecimiento del elemento comunitario señalado, análoga a la productividad que distingue y por la cual se reconocen los demás factores económicos (Razeto, 1993; Gaiger, 2004:234).

Este elemento comunitario es tangible y concreto. Es un factor análogo a los factores económicos con los que se rige la ciencia económica neoliberal; por supuesto, también es tangible su productividad, y por lo tanto, sus proyecciones de crecimiento. Haciendo un breve pero esclarecedor paréntesis, resulta notable la similitud del factor “C” y la noción de “capital social” que nos ofrece Fukuyama (2003). Este autor define al capital social como “normas o valores compartidos que promueven la cooperación social”(Op. Cit, 2003:37). El capital social es un modo utilitario e interesado de mirar la

cultura, ya que más allá del valor en sí que ésta pueda tener, la cultura “desempeña un papel funcional muy importante en la sociedad, ya que es el medio por el cual grupos de individuos se comunican y cooperan en una gran variedad de actividades” (Op. Cit, 2003:37). Por lo tanto, la cultura se transforma en un factor medible, de la misma manera que el “factor C”, al permitir volver tangible las relaciones sociales que un medio social presenta. El capital social, que utiliza a la cultura como matriz para medir los vínculos y los valores que determinan la cooperación, estará regido, como es de esperar, por los factores económicos. Para el autor “la funcionalidad de la cultura en términos económicos es algo mucho mas mensurable” aunque “no todas las normas y valores, y por tanto no todas las culturas, son creadas iguales en lo ateniendo a su capacidad de fomentar el crecimiento económico” (Fukuyama, 2003:37). Este último es precisamente el argumento que motiva la necesaria creación de capital social y, por consiguiente, la intervención sobre las poblaciones.

El factor “C”, como elemento tangible de la sociabilidad, cumple estratégicamente con el proyecto superador de *otra economía*, de dar pruebas tangibles de que es posible superar la gestión capitalista. Latente esta posibilidad, “el ‘factor C’ significa que la formación de un grupo, asociación o comunidad, que actúa cooperativa y cordialmente, proporciona un conjunto de beneficios a cada integrante y un mejor rendimiento y eficiencia a la unidad económica como un todo” (Gaiger, 2004:234). En este sentido, el “factor C” es un elemento deseado, ya que al determinar la racionalidad económica de la comunidad de trabajo, si es estimulado correctamente “puede ser llevado a su pleno rendimiento como trabajo asociado” (Gaiger, 2004:234).

La importancia de este último ejemplo no es menor: el “factor C” es un concepto que pretende explicar la eficacia de la relación entre solidaridad y empresa. Esta eficacia es transformada en un factor medible y manipulable, que luego puede ser ejercido en pos de un pleno rendimiento. El “factor C” es un indicador para la economía social y solidaria. En este sentido, la construcción de prescripciones e indicadores, contrasta con el hiato producido por la heterogeneidad de definiciones, descripciones y estudios de caso. Así, los discursos que han tomado a la economía social y solidaria como objeto de estudio, más allá de sus limitaciones teóricas, si han podido –y este es su aspecto positivo, activo y sobre todo, violento en un sentido epistemológico- decir cómo esta economía debería ser, qué debería proponerse superar y bajo qué horizonte

de conocimientos objetivarse. Todo este saber positivo respecto a la economía social y solidaria encuentra su justificación en el desarrollo como idea/fuerza, movilizadora de cambios profundos en la sociedad.

IV. 1. 4. El espacio del desarrollo y el lugar de la utopía.

Cuando Narodowski y Mutuberría Lazarini (2008) comienzan su análisis de caso de una Cooperativa de Consumo y Vivienda del Gran Buenos Aires, señalan que “se debe tener en consideración que, dicha experiencia, se desenvuelve en el marco de un país con retraso en sus niveles de desarrollo” (Op. Cit. 2008: 136). Es entonces que “como un camino alternativo, el documento se propone mostrar la relación que existe entre la necesidad de avanzar en la organización de una economía del trabajo como será definida luego, junto con el aumento de la autonomía de los actores y, por otro lado, con el cambio de la estructura económica de la Argentina” (Op. Cit. 2008: 136). En esta cita se sintetizan las ideas acerca del desarrollo que hemos desarrollado a lo largo de la presente investigación: por una parte, el desarrollo interpela al cambio en las sociedades, a una transformación de índole económico/moderna de los diferentes ámbitos de la existencia social. Pero, a diferencia del desarrollo de la segunda mitad del siglo XX, este nuevo modelo está centrado en “el aumento de la autonomía de los actores”, la cual se condice con la autoorganización, autogestión y la solidaridad como ejes articuladores de las relaciones sociales.

Esta doble dimensión del desarrollo, que hereda la matriz fundamental de su concepto, pero que desea desligarse del “verticalismo y paternalismo histórico de nuestra región” (Oxoby, 2010:164), implica una reconversión de su imaginario. El surgimiento del desarrollo sustentable o del desarrollo alternativo, responden a este fenómeno. Paulo De Jesus (2004) señala:

La perspectiva del desarrollo alternativo se basa en los siguientes supuestos: (a) parte de una crítica a la racionalidad económica que inspiró al pensamiento económico y las políticas de desarrollo dominantes; (b) remarca la necesidad de considerar la economía como parte integrante y dependiente de la sociedad y de subordinar los fines económicos a la protección de esos bienes y valores; (c) se inspira en los valores de la igualdad y la ciudadanía, es decir, en la inclusión plena de los sectores marginados en la producción y en el disfrute de los resultados del desarrollo y (d) favorece estrategias económicas autónomas (De Jesus, 2004: 129).

Bajo una perspectiva que entiende a la economía como parte de las relaciones sociales –y no como una instancia fuera de ellas–, el desarrollo económico se encuentra subsumido al desarrollo de la sociedad, de sus valores ciudadanos y democráticos. Sin embargo, este giro “humanista” del desarrollo no pone en cuestión sus ideas inherentes: evolución, progreso y perfeccionamiento:

El concepto de desarrollo siempre estuvo vinculado y hasta confundido con el crecimiento económico, perspectiva que parte del falso supuesto, base del pensamiento neoliberal, de que es posible que una sociedad crezca indefinidamente y del pensamiento mágico de que la ciencia y la tecnología siempre tendrán soluciones para las consecuencias nefastas de nuestras opciones equivocadas. Otra manera de ver el desarrollo es como un perfeccionamiento o progreso. De ahí surge la idea de que es posible que una sociedad llegue incluso a reducirse en tamaño debido al desarrollo. El primer punto de vista está impregnado de una perspectiva expansionista, imperialista y cuantitativa, que acompaña algunas de las sociedades humanas desde sus principios. El segundo conlleva una visión endógena, evolucionista y cualitativa, que está mucho más direccionada a las relaciones que a los fines (Milanez, 2004:131-132).

Esta perspectiva acerca del desarrollo en la economía social y solidaria, que en sus fundamentos continúa a la visión clásica erigida tras la segunda guerra mundial, se acompaña, nuevamente, de rasgos de oposiciones: el antiguo desarrollo proponía el crecimiento económico indefinido y se fundamentaba en la racionalidad científico-técnica, además de ser inherentemente expansionista e imperialista. En cambio, el nuevo desarrollo es un perfeccionamiento a partir del fortalecimiento de las relaciones sociales y de los valores de la comunidad, de la unidad doméstica, y en especial, del ser humano en su integridad:

Acompañar el desempeño de la economía solidaria significa asumir los valores de esa otra economía como patrón de medida. Ésta, al reubicar al ser humano en el centro del desarrollo (superando el mito de que el crecimiento económico y la modernización tecnológica por se mejorarían los niveles de vida), reconoce el valor de uso y el valor del vínculo entre las personas como superiores al valor de cambio de los bienes y servicios, lo que hace que la búsqueda de una vida mejor, de sustentabilidad, justicia social y calidad de vida se vuelvan criterios de evaluación de la dinámica económica (Wautiez, Bisaggio Soares y de Melo Lisboa, 2004:290).

Situar al ser humano, y ya no a la economía, como el centro al cual el desarrollo debe gravitar, prescribe necesariamente abandonar estrategias macro-políticas para su implementación. En este sentido, “el desarrollo local puede adoptar la perspectiva de

desarrollo alternativo” (De Jesus, 2004:129), es decir, los proyectos de desarrollo territorial local, como estrategias políticas clásicas en la modernización del “tercer mundo”, ahora pueden modificarse positivamente, a la luz del desarrollo alternativo, para centrarse en los sujetos, en sus lazos de relaciones y en sus modalidades de organización. La economía social y solidaria es, entonces, un proyecto incompleto de desarrollo que amplía su concepción clásica a una que incorpore todas las dimensiones posibles –social, política, cultural, ética y ecológica-, y que, a su vez, promueve el desarrollo integral del sujeto, de sus capacidades y posibilidades.²²

En estos discursos, esta visión acerca del desarrollo encuentra un complemento ideal en la idea de utopía. Al hablar de un proyecto incompleto, aún no realizado, que presenta una serie de características que la distinguen de la economía de mercado y que proyectan su superación, se refuerza el carácter “alternativo” de esta economía. La *otra economía* es entendida como el espacio de la *alteridad* económica en estos discursos. Es sugerente, en este sentido, lo que Cattani (2004b) nos señala acerca de la utopía:

Es el anhelo de la alteridad, es una invitación a la transformación que construye lo nuevo, es la búsqueda de la emancipación social, es la conquista de la libertad. La utopía no es un concepto ni un marco teórico, sino una constelación de sentidos y proyectos. La verdadera utopía es la visión crítica del presente y de sus límites y una propuesta para transformarlo positivamente (Cattani, 2004b:431).

Es respecto a esta alteridad económica, portadora de un potencial de transformación social a través de la práctica económica, que la economía social y solidaria se transforma en “alternativa”. Como bien señala Cattani (2004b), la utopía no es un concepto ni un marco teórico; es más bien, en este caso, una crítica a la economía de mercado, y es asimismo, la propuesta para su superación. Pero más aún: crítica y propuesta deben estar acompañadas de una acción práctica. Es aquí donde la utopía se vuelve carne, y su lugar, su prueba tangible, son los emprendimientos de la economía social y solidaria. Nascimento (2008), siguiendo las propuestas de Bloch respecto al marxismo, el cual se distanció del “socialismo utópico” debido a su “utopía abstracta” (Op. Cit. 2008:37), presenta la siguiente interpretación de la utopía:

²² En esta última afirmación vemos, además, otra concordancia con la noción de capital social: la dimensión micro. Para Fukuyama (2003) “El camino más realista para crear capital social mediante la aplicación de políticas no pasa por el nivel macro, sino por los niveles micro”(Op. Cit, 2003:43).

Utopía, no que traza imaginariamente sus objetivos, sino una en que participa la acción transformadora; concreta, no como representación, ella anticipa lo que ya está en lo real, inscrito en el presente como posibilidad. Por tanto, una utopía concreta implica la creencia en un deber ser aún no realizado; la utopía es la anticipación imaginaria de un objetivo²³ (Nascimento, 2008: 37).

La “utopía concreta” es una que existe como potencialidad en el presente. En este sentido, la utopía se encuentra en los emprendimientos reales de la economía social y solidaria y en su práctica diaria. Cumple con criticar positiva y constructivamente a la economía de mercado, posibilitando una alternativa para su superación. Esta conceptualización de la alteridad económica en el imaginario mismo del saber económico –es decir, la construcción de un campo de estudios que toma como objeto a la economía social y solidaria desde una perspectiva fiel a la disciplina económica– ofrece un tipo de representación similar a aquellos discursos que construyeron una representación de la alteridad de occidente en la versión del *buen salvaje*. La similitud reside en el lugar de enunciación de esta utopía: el saber experto de la “ciencia de lo económico”, que inaugura un nuevo saber experto: el de la alteridad económica:

Las categorías del entendimiento (dialéctica, praxis, contradicción, contingencia, conciencia, acción) y los procesos (poder, conflicto, lucha de clases, movimientos sociales, creación histórica) no son meramente contemplativos. La razón utópica está asociada a la acción, al cuestionamiento del hecho y de lo dado. La comprensión no es suficiente, es necesaria la realización del deseo. El resultado de los movimientos libertarios y autonomistas tiene sentidos específicos. Todo el movimiento de la acción crítica/acción práctica es animado por valores verdaderamente civilizatorios: pacifismo, cosmopolitismo que preserva las identidades locales (es decir, la sociedad de las naciones) y, sobre todo, la sociedad democrática, igualitaria, justa y fraterna (...) La civilización, tal como fue conceptualizada anteriormente, no se presenta como inmanencia, sino como posibilidad o virtualidad (Cattani, 2004b: 436).

El campo teórico de la economía social y solidaria, al generar herramientas conceptuales para la comprensión y apoyo de la alteridad económica, ha presentado a su objeto de estudio bajo una racionalidad utópica, es decir, como un cuestionamiento crítico en un sentido moderno/colonial. La civilización, no como realidad del presente, sino como potencia, queda emparentado con la economía social y solidaria, en tanto proyecto incompleto, animado por valores “humanos”. Este “humanismo” en la economía social y solidaria genera un extrañamiento crítico respecto al mercado como

²³ La traducción es nuestra.

motor del orden social actual. La “utopía” que representa esta *otra* economía, está intrínsecamente ligada a su condición de *otredad* respecto a la economía de mercado. Finalmente, el espacio del desarrollo y el lugar de la utopía, a pesar del oxímoron, tienen un punto de reunión: la potencialidad de los emprendimientos de la economía social y solidaria. Como veremos en el próximo capítulo, cada proyecto, tomado aisladamente, representa el corazón de un proyecto homogéneo, que es necesario potenciar, promover y financiar.

CAPÍTULO V

Experiencias y perspectivas de los miembros de una cooperativa

V. 1. 1. Introducción.

En el capítulo anterior hemos analizado un corpus discursivo que toma como objeto a la economía social y solidaria y la constelación conceptual que gravita a su alrededor. En el presente capítulo relevaremos las percepciones que los miembros de la cooperativa “La Asamblearia” construyen acerca de la economía social y solidaria y su relación con los supuestos epistémicos y conceptuales que este campo de estudios presenta.

Como hemos propuesto en capítulos anteriores, la idea/fuerza del desarrollo, las prácticas de representación y la noción de utopía son los conceptos teóricos que rigen esta investigación y que utilizamos para analizar aquel corpus discursivo. Los resultados de este análisis sirvieron de guía para la investigación de campo que a continuación presentamos. El objetivo es relevar parte de las memorias, experiencias e ideas de la cooperativa en la producción de *otra economía*, a la par de las discusiones y relaciones sociales entabladas con los intelectuales de este campo. Comenzaremos por presentar su historia general, su organización y el contexto en el cual se encuentra en la actualidad. Luego indagaremos sobre qué es la economía social y solidaria desde la perspectiva de los miembros de “La Asamblearia” y qué noción de “alternativa” utilizan. Finalmente presentaremos los resultados de algunas conversaciones acerca de sus experiencias con el movimiento general de la economía social y solidaria. En primer lugar, relevaremos sus relaciones con otras cooperativas y organizaciones, como así también con movimientos campesinos. Y en segundo lugar daremos cuenta de sus perspectivas en relación a los supuestos epistémicos y a las prácticas intelectuales de investigadores y estudiantes.

V. 2. 1. Organización de “La Asamblearia”.

La cooperativa de vivienda, crédito y consumo “La Asamblearia”, según señala su página web, “se forma para promover la producción, distribución, comercialización y

consumo de bienes y servicios autogestionados, lo que implica que son llevados adelante por los mismos productores y no por quienes detentan a modo individual o anónimo el capital”²⁴. Para “La Asamblearia”, cada uno de los momentos de la cadena productiva asume los principios de la economía social y solidaria: producción autogestiva, distribución a través de intercambios solidarios, comercio justo y consumo responsable. Estas cuatro instancias son los pilares fundamentales de la práctica económica, todas ellas centradas en el trabajo humano y no en la finalidad especulativa del lucro. En este sentido, el capital de “La Asamblearia” es social, es decir, toma por fundamento las relaciones económicas que se erigen a partir de las relaciones sociales entre productores y consumidores. Específicamente, el *capital social* de “La Asamblearia” se constituye en los vínculos entre productores tanto de Buenos Aires y del conurbano como de distintas zonas del país, que intercambian en red sus productos, vendiéndolos en el mercado a un precio justo y generando, de esta forma, vínculos con consumidores concientes del trabajo y de su producción. Bajo esta práctica económica, “el objetivo de La Asamblearia es el de colaborar en la formación de una vasta red de Economía Solidaria, en la Argentina y en el mundo”²⁵.

La cooperativa, desde su reconocimiento legal en el año 2003, presenta una estructura conformada por socios. Ésta se articula bajo dos criterios, que a continuación presentamos:

1) La organización política de “La Asamblearia”. Se constituye bajo dos modalidades distintas:

- a) Un consejo de administración compuesto por: presidente, secretario, tesorero, síndico titular y síndico suplente. La conformación de este consejo fue parte de los requisitos solicitados legamente para su formación como cooperativa. Por tanto, este consejo tiene una responsabilidad formal en las relaciones exteriores de la cooperativa. Tiene una estructura vertical para la negociación con los diversos estamentos gubernamentales –INTI, Ministerio de Desarrollo Social y en especial el INESS-, ONG’s y con la Cooperadora que organiza el mercado solidario de Bonpland.

²⁴ En: <http://asamblearia.blogspot.com.ar/>

²⁵ En: <http://asamblearia.blogspot.com.ar/>

b) Todos los socios de la cooperativa, incluyendo a quienes participan del consejo de administración. La estructura es asamblearia, es decir, las decisiones son horizontalmente tomadas, en la cual una persona es un voto. Esta práctica política asamblearia subsume a la práctica formal vertical del consejo de administración. En este sentido, todo es decidido en asamblea, incluyendo las decisiones del consejo de administración y la organización del local de ventas, ubicado en el mercado solidario de Bonpland.

2) La organización económica de “La Asamblearia”. Existen tres grupos diferenciados que participan económicamente en la cooperativa:

a) Socios productores. Ellos pertenecen a la cooperativa como socios y si así lo desean, pueden también optar a cargos en el consejo de administración. Estos hombres y mujeres generan productos individual o colectivamente –en este último caso en su mayoría como unidades domésticas- y los llevan a la cooperativa. Allí son vendidos en un almacén de su pertenencia en el mercado solidario de Bonpland.

b) Otros productores. La formación de relaciones y redes ha generado la inclusión de otros productores que intercambian productos con “La Asamblearia” en relación de reciprocidad. Ellos no pertenecen estrictamente a la cooperativa: forman parte de otras cooperativas y movimientos – organizaciones campesinas, fabricas recuperadas, agricultura familiar, etc.- En este sentido, la pertenencia de la cooperativa a la “Red de Comercio Justo del Litoral” y al mercado solidario de Bonpland ha estimulado nuevas relaciones sociales y económicas con otros productores, que en algunos casos han querido unirse a la cooperativa como socios.

c) Otros socios. Si bien todos los miembros de la cooperativa son socios, éstos no son productores ni tampoco pertenecen al consejo de administración, pero participan de la cooperativa aportando trabajo voluntario. Sus actividades son tan amplias como los deseos de ayuda a los problemas coyunturales que se presentan diariamente: transporte, aseo, ideas, atención del local en el Mercado de Bonpland, etc.

Ambos ejes son fundamentales para entender la organización de la cooperativa. En cada uno de ellos se articulan distintas modalidades de organización política y del trabajo, que simultáneamente, estructuran a la cooperativa en su totalidad. Sin embargo, ambos ejes en ningún caso son determinantes. La organización de “La Asamblearia” debe comprenderse bajo la óptica de las distintas historias individuales y colectivas, relacionadas con sus pertenencias a clases sociales, géneros e imaginarios diversos. En esta diversidad de historias, es importante apuntar una divergencia central y dos puntos en común. En primer lugar –y como veremos en el próximo apartado- la modalidad de organización horizontal no tiene relación con una homogénea perspectiva política –la “izquierda”-, sino, por el contrario, existe una heterogeneidad de perspectivas, en las cuales residen gran parte de los debates de la cooperativa y de la economía social y solidaria en general, relacionadas con una experiencia histórico-cultural específico – el 2001 y la crisis de institucionalidad política-. Por otra parte, y en tanto rasgos en común, la mayoría de los miembros de la cooperativa son mujeres. Además, el grupo etéreo de mayor predominancia es entre los 45 a los 60 años, con algunas excepciones que lo superan. Lo mismo sucede con miembros que son menores, siendo uno de ellos hijo de un matrimonio que participa en la cooperativa. En este sentido, las historias particulares y colectivas en el caso de “La Asamblearia” se entroncan directamente con la crisis del 2001 y dan sentido a su modalidad de estructuración.

Por otra parte, es importante dar cuenta de cómo se realizan los intercambios de productos, ya que bajo esta misma lógica se ha construido una red mayor de intercambios –la “Red de Comercio Justo del Litoral”-. En primer término, cada productor le pone un precio a su producto, de acuerdo a los gastos en insumos y medios, pero especialmente, de acuerdo a lo que éste cree que su producto vale. Luego el productor comunica su precio a la cooperativa y entre ambas partes llegan a un acuerdo. Así, se forma un precio base, acordado colectivamente y que permitirá la realización de intercambios. Como hemos señalado, estos intercambios son entre productos. De esta forma, si el producto A vale $2x$ y el producto B vale $4x$, dos unidades de A tienen el valor de una unidad de B. En el momento que se realiza este intercambio, se tiene en cuenta que quien recibe puede: a) vender el producto o b) consumirlo. En el primer caso –y que da sentido y estructura a una red ampliada- el margen para la venta tiene un máximo de 25% con respecto al precio inicial. Respecto al transporte, quien recibe el producto lo cancela.

Es así cómo este modelo de intercambios ofrece dos posibilidades de destino para el producto, y ambas son útiles para quienes de esta manera se relacionan. Asimismo la cooperativa debe crear activas relaciones de intercambio con otras cooperativas y organizaciones del sector para que el proyecto marche. Desde el año 2008 “La Asamblearia” participa de la “Red de Comercio Justo del Litoral”. Según su página web,

(...) la red propone que cada organización asociada se constituya como un nodo de producción, consumo y/o distribución. Así, todas las organizaciones envían sus productos a todos los nodos de la Red reduciendo recursos logísticos. Recibe asimismo en forma de intercambios las producciones de otras empresas sociales, de esta manera cada organización diversifica sus productos y multiplica sus nodos de venta sin agregar comercialización intermediaria. La red del Litoral tiene hoy cinco espacios de venta directa a los consumidores y tres nodos de distribución solidaria”²⁶.

V. 2. 2. Historia general y presente.

Las primeras propuestas que poco tiempo después conformarían la cooperativa de vivienda, crédito y consumo “La Asamblearia” surgieron al calor de las asambleas barriales, ya conformadas aunque fortalecidas en aquel diciembre del 2001. Vecinos de casi todos los barrios de Capital Federal y buena parte del Conurbano bonaerense se organizaron para deliberar sobre su propia situación local e inmediata en la crisis y actuar colectivamente para la subsistencia, conformando una serie de propuestas y prácticas. En este contexto “La Asamblearia” se constituye gracias a las estrechas relaciones entre los miembros de la asamblea barrial de Núñez y la popular de Núñez-Saavedra. En ellas, surgieron diversas actividades que tomaron como principio la autogestión de los problemas comunes. Una de las prácticas que llevaron a cabo en ese entonces fue “La Bolsa y la Vida”. El proyecto consistió en organizar las compras colectivamente, de los productos de primera necesidad, en los rubros de alimentación y aseo. El lugar de compra inicial fue el Mercado Central, aunque luego establecieron contacto con productores de verduras orgánicas. Mas tarde fueron agregadas a estas compras productos de los propios asambleístas y terceros, para luego incluir artículos de otras cooperativas y fabricas recuperadas. En este paulatino giro en las experiencias de compra, que fueron desde comprar en el Mercado Central a establecer intercambios de productor a productor, se encuentra, precisamente, el nacimiento de la cooperativa:

²⁶ En la página web de “La Asamblearia” se pueden consultar las organizaciones con las cuales intercambian en la red.

El armado de estas compras comunitarias fue muy trabajosa: nos puso de cara a las enormes dificultades de llevar adelante la autogestión social que considerábamos distintiva del nuevo movimiento social. Nos dimos, como quien dice, un baño de realidad. La mayoría de nuestros 'proveedores' estaban alejados del barrio, y alejados entre sí. Unos y otros pusimos mucha voluntad, y mal que mal la tarea ha tenido continuidad, aunque en muy pequeña escala. Y descubrimos que nuestras dificultades de gestión y económicas se potenciaban con las de los productores, que son graves especialmente en el aspecto de la comercialización: tomamos conciencia de la necesidad de intentar formas mejor organizadas de desarrollar esta lucha por la producción, distribución y consumo alternativos. (Lucio Salas, miembro fundador de la Asamblearia, año 2003)

Lo que relató en ese entonces este miembro de la asamblea barrial de Núñez²⁷, 8 años después reviste un carácter similar, pero ya con algo de distancia respecto al proyecto inicial:

En el 2001, en la asamblea de Núñez –Saavedra, sucedió que un grupo de vecinos comienzan a tener diferentes propuestas, para que no quedara sólo en el “que se vayan todos”(…) entonces en aquellas asambleas algunos vecinos comenzaron a pensar proyectos. Uno de los proyectos fue “la bolsa y la vida”. Era un proyecto de esos incipientes, que hicimos para paliar la crisis, compras comunitarias, sobre todo viniendo de vecinos que no eran de sectores tan vulnerables sino de gente que quería ayudar a los otros, era una respuesta articulada (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

El otro proyecto fue generar un comedor para cartoneros, que era una respuesta primaria, primera. Ambos proyectos no terminaban de ser algo que se podían consolidar a futuro, eran respuestas a una situación muy crítica (...) entonces unos tuvieron la idea de formar una cooperativa y que esa cooperativa fuera parte de una red (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

“La bolsa y la vida” fue el embrión, la respuesta articulada, frente a la expulsión. Pero ésta debía sostenerse en el tiempo y desarrollarse. En este sentido, “la existencia de la cooperativa podía ser el paraguas legal para hacer intercambios con los pequeños productores”, ya que “tarde o temprano íbamos a ser cooperativa, había que adoptar una forma legal”. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo). La decisión de asumir la forma cooperativa no estuvo exenta de discusiones y discrepancias. Para Carla, en la actualidad presidenta de la cooperativa, fue fundamental la existencia en aquel momento de las empresas recuperadas, ya que eran un fenómeno muy estimulante. Sin embargo:

²⁷ Este relato lo he tomado del trabajo de Fontecoba, A (2003) Economía Solidaria y Organizaciones Sociales. La experiencia de la Cooperativa “La Asamblearia”.
En: <http://tacuru.ourproject.org/7documentos.htm>

La cuestión es que pasar a la cooperativa ya implica meterse en una cantidad de cuestiones prácticas y técnicas (...) protocolos, contabilidad, contratos (...) ya es una forma mas cercana a lo empresario, entonces habían intelectuales que estaban a favor y otros que no.²⁸ (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

En esta cercanía a la cuestión empresarial se planteaba la principal discusión de aquel momento: ¿volverse cooperativa implicaría perder la horizontalidad asamblearia? El establecimiento de una cooperativa llevaría consigo la obligación de tener un consejo de administración, lo que daría una apariencia de verticalidad. Sin embargo, y como señala Rene “pero que en el seno de la cooperativa íbamos a actuar como una asamblea (...) y eso lo venimos llevando con a veces algunas dificultades, pero se viene manejando así (...) todos tenemos derecho a opinar y todos lo hacemos así, con mucho respeto.” (Rene, 33, productor de cerveza). Fue entonces que optaron por, hacia fuera, establecer una estructura vertical, pero subsumida, hacia adentro, a una estructura asamblearia horizontal. Si era necesario el “paraguas legal” para la continuación del proyecto, la forma cooperativa fue, finalmente, la más cercana a la autogestión y la solidaridad, principios centrales en “La Asamblearia”:

¿Porque cooperativa?. Por que ese era el formato empresarial mas acorde a lo que tenia que ver con la solidaridad, la autogestión, sobretodo con el formato de gestión. ¿Y porque en red?. Para que fuera una respuesta articulada (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

En el año 2002, pintores argentinos exiliados en Francia organizaron una subasta llamada “100 pinturas para la Argentina”, con la intención de destinar lo recaudado en apoyar proyectos presentados por las asambleas barriales. Dentro de estos proyectos, el de “La Asamblearia” propuso generar un espacio para la comercialización de los productos de las fabricas recuperadas. El proyecto fue aceptado y aquello motivó a la conformación de la cooperativa, que inició sus tramites legales en el primer trimestre del año 2003, para recibir el reconocimiento legal a fines del mismo año. Con este primer incentivo económico y tras el reconocimiento legal de la cooperativa, comienzan a alquilar distintos lugares para ofrecer sus productos. Mantienen el contacto con diversas organizaciones de la economía social y solidaria y asambleas barriales, organizando ferias y encuentros. En ese entonces, y como participantes de la asamblea

²⁸ La última frase que tiene a los intelectuales como sujeto de la acción, revela la existencia de relaciones entre los “intelectuales” y los “trabajadores” en el caso de “La Asamblearia”. Más adelante volveremos sobre estas relaciones y sus tensiones.

barrial de Nuñez, la cooperativa se organizó en dos secciones: una “cultural” y otra “económica”. Dentro de las experiencias de esta última, establecieron una circulación más amplia de productos y comenzaron a generar cierta conciencia respecto al trabajo, especialmente en algunos consumidores que se volvieron socios. El proyecto continuó con cierta estabilidad, no sin una serie de dificultades que nadie, en ese entonces, podría predecir.

No será hasta fines del año 2007 que logren acceder al mercado solidario de Bonpland, lugar donde venden sus productos actualmente. Sin embargo, en el lapso de estos años, ocurrieron varios eventos que fueron marcando el destino de la cooperativa. En especial, hubo dos situaciones que tensionaron fuertemente la organización y la continuidad del proyecto. La primera tuvo relación con la creciente deserción de socios, que en la mayoría de los casos, no veían un rédito económico que les estimulase seguir participando:

En esa época éramos muy optimistas. Pero a medida que hubo menos utilidades, que el comercio era mas pequeño, la gente se comenzó a retirar (...) porque no vendía lo que esperaba vender, unos porque consiguieron trabajo, otros solo porque si. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

La crisis fue una inundación y hoy ya salimos, el agua bajó (...) entonces hay mucha gente que vino, vendió licores, porque estaba cagada de hambre y volvió a hacer lo que hacia antes, no refundó, porque bajó el agua... yo me acuerdo de la imagen del agua porque así conversábamos nosotros, hubo un compañero que decía “miren que el agua va a bajar y algunos van a decir “eh, ya no necesito el bote” y se van a ir (Mauro, 54, productor de cecinas)

El paulatino abandono de los socios, y la consiguiente baja en las utilidades, obligó a mudanzas constantes para abaratar los costos de alquiler del local y conectar con espacios de mayor visibilidad para incrementar las ventas. Sin embargo, las cosas no mejoraron. Estos socios que “encontraron trabajo” o que “abandonaron el bote”, al desligarse del movimiento, generaron una segunda situación que alteró el curso de los acontecimientos: la sección “cultural” de la cooperativa se desligó definitivamente de la sección “económica”. Una mudanza, que perjudicó a la sección “cultural” de la cooperativa, trajo aparejada la separación:

Cuando vieron que no habían muchas ventas, muchos se retiraron. Encontraron trabajo en otros lados y se fueron. Los del ámbito cultural no cabían en el local

chico, y se enojaron porque ya no seguíamos en el lugar grande. Y se retiraron (...) Había una opinión de la gente cultural de que no nos interesaban ellos. Pero a nosotros no nos convenía estar en un lugar abierto, por las mercaderías y etc. Eso pasó en el 2005. Ahí se planteó el cierre de la cooperativa. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

En este momento, y como queda evidenciado, “la mayoría de los problemas si, fueron económicos (...) cuando hubo que restringir actividades, porque no nos alcanzaba, ahí empezaron las diferencias” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo). Fue este el punto más crítico en la historia de la cooperativa. Sin embargo, decidieron continuar con el proyecto. Hubo un recambio en el consejo de administración y se hizo un llamado al compromiso de los socios. Los votos de confianza entre los miembros de la cooperativa debieron renovarse. De esta forma, asumiendo que los miembros activos habían disminuido considerablemente, “La Asamblearia” continuó su lucha y la mantiene en la actualidad.

Un acontecimiento central para comprender la historia reciente de la cooperativa, en especial su estabilidad, es su pertenencia al mercado solidario de Bonpland. La asamblea de Palermo viejo, desde mediados del año 2003, comenzó la lucha por los terrenos del antiguo mercado de Palermo. Sus acciones se dirigieron, en primera instancia, a proteger esta propiedad de los emprendimientos inmobiliarios, presionando para que aquel recinto se declarase como monumento histórico. Una vez conseguido este objetivo, en noviembre del año 2007 se logró un convenio con el gobierno de la ciudad para utilizar sus terrenos. La idea era abrir un mercado basado en los principios de la economía social y solidaria. Tras algunas discusiones, se acordó colectivamente reabrir el mercado y para ello, invitaron a participar a diferentes cooperativas y asambleas, entre ellas “La Asamblearia”.

La pertenencia de la cooperativa a este mercado le otorgó la estabilidad que necesitaba para sostenerse como proyecto. Según evalúa Mirta:

Las cosas han cambiado mucho desde el 2007. Avanzamos mucho, en el local y etc, se han sumado muchos productores nuevos. La inclusión con mercado solidario y la red de comercio justo (..) la red se hizo con mas intercambio. Entonces, este (...) empezó a crecer la red. Ahora se hace mucho intercambio, cada vez mas. Le ha dado mucho empuje a todos. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Actualmente el mercado solidario de Bonpland abre tres veces a la semana y se organiza a través de una Cooperadora, que reúne a los representantes de las distintas cooperativas y movimientos participantes. Pese a tener asuntos pendientes respecto a la infraestructura y la logística, “La Asamblearia” ha confirmado su continuidad en Bonpland hasta el año 2017.

V. 3 . “Hacer en el camino”. Los aportes de “La Asamblearia” a la economía social y solidaria.

Para un acercamiento a las perspectivas que “La Asamblearia” construye acerca de la economía social y solidaria, es necesario tener en cuenta su recorrido histórico en el cooperativismo y las modalidades de organización que han asumido en el tiempo. Como hemos señalado más arriba, las cuatro instancias de la cadena productiva representan un quehacer alternativo para los miembros de “La Asamblearia”: producción autogestiva, distribución a través de intercambios solidarios, comercio justo y consumo responsable. En cada uno de estos momentos encontramos características específicas, reconstrucciones y apropiaciones de los principios rectores de la economía social y solidaria. Nos interesa en esta sección abordar estos aportes a través de la experiencia vivida de sus miembros.

Si volvemos un momento a los orígenes de la cooperativa, y al debate central que dio lugar la adopción de tal forma de organización, nos encontramos con dos ideas complementarias en “La Asamblearia”: por una parte, un aspecto que niega la organización del trabajo bajo las ordenes de un patrón:

En este formato, en estas formas, en estas maneras de producir vender comprar y vivir, no hay un actor, aunque lo fuerces, de alguien que pueda adueñarse de la gestión y decidir sobre otros. Es una posibilidad que nos forzamos a que no exista, es una decisión política.(Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

Esta decisión de organizarse colectivamente encuentra su complemento en una pregunta que no termina nunca de ser respondida: ¿Qué propósitos deben perseguir las decisiones colectivas que asume la cooperativa? Esta pregunta pone en relieve las creencias y perspectivas colectivas de “La Asamblearia”, interpelando directamente a sus objetivos como movimiento:

El objetivo nuestro en aquel momento era ser parte de la construcción de una red que saliera a responder a la crisis tremenda de aquel momento (...) una respuesta a esta situación crítica, una respuesta emergente, un lugar donde, una manera cómo el neoempresariado y el movimiento de empresas recuperadas, que se iba acrecentando (...) pudiera hacer que familias se sostuviesen (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

(...) y en segundo lugar, estableciendo una nueva vía, no de beneficiarios, sino de actores económicos nuevos, de relaciones económicas nuevas (...) esto tiene que fundar una nueva economía, si es una alternativa, mejor, si es un testimonio de una posible nueva alternativa, lo que podamos ser, un grano de arena en el desierto (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

En primer lugar, como una respuesta articulada a la marginalidad y a la expulsión del mercado del trabajo. En segundo lugar, como una alternativa. Estos dos puntos conforman un imaginario de ruptura –condiciones de posibilidad- y de horizonte –finalidad- en los recorridos históricos de “La Asamblearia”. Las condiciones para el surgimiento de una forma de organización del trabajo que niega al patrón, son, precisamente, las mismas que marginaron a los miembros de la cooperativa de su participación en el mercado. Por otra parte, el horizonte de “La Asamblearia” consiste en generar una propuesta en red, que se sostenga en el tiempo, y que no dependa de otras instancias que puedan, de un momento a otro, excluirlos de su tiempo y su trabajo.

Si tomamos en cuenta estos dos ejes, y la visión de desarrollo que involucran, en este movimiento que va de la supervivencia –respuesta a la crisis- a la generación de una empresa solidaria – lo que Carla entiende por “neoempresariado”-, podemos interpretar de mejor forma sus principios rectores. La producción autogestiva, que es el aspecto “económico” de la autogestión –ya que la organización cooperativa es el aspecto “político” de la autogestión – implica una nueva forma de entender el trabajo:

(...) sabíamos que no había que salir a pedir trabajo, porque eso era salir a buscar patrones... y nosotros desde los inicios de la cooperativa, era no, salgamos a participar y generar algo autogestivo. Para mí ese es el núcleo de la economía social y solidaria. (Mauro, 54, productor de cecinas)

Esta perspectiva acerca del trabajo tiene importantes resonancias con la propuesta de *economía del trabajo* de Coraggio, que se opone a la *economía del capital*. Lo que hay aquí es la revalorización del trabajo humano y colectivo. Pero no sólo como una

práctica contra el lucro, sino como una instancia generadora de nuevas relaciones sociales:

La mentalidad de feriante no te permite hacer otra economía. En cambio, una asamblea, que se vincula con otra y que deciden comercializar productos de movimientos organizados de otras regiones, de base, territoriales, con una perspectiva crítica (...) eso no es ser feriante, la medida del feriante es intercambiar por dinero y no vincularse. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

Los intercambios de productos, con el objetivo de evitar la re-venta, que establecen a través de redes con productores, otras cooperativas y organizaciones, refuerzan los vínculos de confianza. Esta dinámica de intercambio representa una acción solidaria para los miembros de “La Asamblearia”:

El hecho de que yo haya llegado a la cooperativa con un producto (...) y que me hayan recibido sin ningún tipo de restricción, de protocolo, era una acción tan solidaria, tan amplia, tan de pertenencia (...) pero acá vos sos la cooperativa y vos tenés que participar y gestionar, vos sos el actor (...) eso fue tan importante. (Rene, 33, productor de cerveza)

La importancia de la acción solidaria y la solidificación de la confianza se ven reforzadas con la participación colectiva y la autogestión, que interpelan al individuo a hacerse responsable de su propio destino²⁹ al interior de un grupo.

Estos dos aspectos, contra el lucro y a favor de la creación de una vasta red de intercambios recíprocos, entran en consonancia con la idea de comercio justo, que incluye finalmente al consumidor dentro de la cadena productiva. En su pertenencia al mercado solidario de Bonpland, la cooperativa ha podido integrarse a un colectivo de organizaciones que practican este tipo de comercio. Para Carla, el comercio justo no sólo tiene relación con los factores económicos –la creación de un precio que este acorde con un nueva manera de hacer economía- sino que involucra activamente al consumidor, estableciendo con él, relaciones sociales sustentadas en una nueva conciencia. Esta cita muestra en particular cómo se relacionan con la demanda y lo que esperan que el consumidor conciente aporte:

²⁹ Esta interpelación es central dentro de la concepción de sujeto que postula el neoliberalismo: encerrado en sí mismo, capaz de gobernarse a sí mismo y, por tanto, autoresponsable de su propio éxito o fracaso. Respecto a esta perspectiva del neoliberalismo, véase Foucault (2007) y Castro-Gómez (2010)

Lo otro es no trabajar a demanda. O sea aquí hay gente que viene a comprar el producto orgánico, que habla inglés y italiano, y que pide ciertos productos... pero nosotros no le traemos lo que él pide. Por ejemplo, el ajo negro, que ahora está tan de moda, lo piden y que puede uno hacer, la economía solidaria no es eso, yo no te traigo lo que vos me pedís, yo te ofrezco lo que yo y los compañeros hacemos. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

En este sentido, la creación de un consumidor solidario es central. Ya que, como señala Mirta “nosotros sostenemos que la economía social y solidaria no es sostener un puesto para ganar un margen” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo), lo que sostiene a la cooperativa son las relaciones socio-económicas que se establecen entre productores y consumidores³⁰. No solo es importante que éstos últimos ingresen dinero al ciclo económico de “La Asamblearia”, sino que también lo hagan concientes del trabajo que hay detrás:

Si vos te relajás en un lugar donde acá viene el consumidor orgánico (...) pero hay que preguntarse que trabajo hay detrás del producto y eso es lo que le pedimos al consumidor. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

El mercado solidario de Bonpland, en tanto lugar que reúne diversas y heterogéneas organizaciones y consumidores de la economía social y solidaria, está fuertemente tensionado por diferentes perspectivas y propuestas. La lucha de “La Asamblearia” es generar un consumidor organizado y conciente del tipo de trabajo que hay detrás de ese producto. No solo es el valor del producto en sí –ya sea orgánico, ecológico, sin trabajo esclavo, etc.- sino los efectos que el consumo de este producto genera. Estos efectos se dirigen a la creación de una conciencia solidaria, pero también, de afectos que potencian el desarrollo humano e integral:

También, mientras tanto, mientras uno vende, nos ayudamos y podemos dar una explicación del motivo porque está esto acá, cual es el sentido de la economía solidaria y incluso contar la problemática de muchos pueblos del interior que en los medios no se ve, entonces eso le llega a más gente, entonces ayudamos a crear una conciencia solidaria, en algunos casos. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Pero también a nosotros nos están ayudando de forma indirecta, por ejemplo a través del cariño, de los afectos, gente que nos conoce y nos sigue y compra nuestros productos (...) (Mauro, 54, productor de cecinas)

³⁰ Aquí nuevamente vemos la diferencia con “la mentalidad del feriante”: “(...) no es lo mismo que un almacén que compra y vende. Hay un contenido político que hay que respetar” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

La creación de un consumidor conciente, solidario y que participa activamente de la economía social y solidaria es uno de los objetivos de “La Asamblearia”. Es entorno a esta lucha que giran las principales tensiones entre la cooperativa y las diversas representaciones sociales sobre el tema. En especial, será contra la figura del *consumidor orgánico* y de la *tienda orgánica* donde se manifestaran más claramente estas tensiones:

Esa cuestión [la conciencia del consumo] es fundamental y previa a que sea gourmet (...) si vos te descansas en que funcione económicamente, que sostenga una cantidad de personas; tenés tus proveedores, respondes a la demanda, llegas a un publico, tenés una cosa pintoresca, sobre todo en un lugar tan lindo y que se yo, y bueno te quedás ahí, pero no podés quedarte ahí (...) el que quiere productos orgánicos y los paga en plata si existe, y anda por acá, pero a ese nosotros le tenemos que contar que trabajo hay detrás de los productos (...) entonces, no somos una tienda orgánica. (Mauro, 54, productor de cecinas)

El consumidor orgánico que “anda por acá” – es decir, en el mercado solidario de Bonpland- debe volverse conciente de su acto de consumo. Pero aquello no va a ser algo espontáneo, sino que necesita que las cooperativas se transformen en un lugar de crítica y de creación de conciencia. Esto último, la creación de una intersubjetividad común, representa un aspecto importante en la lucha de “La Asamblearia”. Pero como tal, no siempre es exitosa y muchas veces es ignorada:

C: Viene el consumidor y consume no solo lo tuyo sino lo que vino por un intercambio y además lo tuyo esta en más nodos, o sea es de muchos puntos de vista mejor y eso también esta invisibilizado ahora.

F³¹: ¿A que te referís con invisibilizado?

C: Para las instancias gubernamentales, para los analistas, no se, para la gente que esta interesada en esto (...) o sea, es obvio que no hay interés, porque esta puesto en otros lugares, fenómenos como la salada por ejemplo, donde pasan millones de personas, la economía pasa por ahí, pero donde haya una sola familia que se sostenga, quiere decir que funciona (...) y aquí ya esta funcionando, ¡y no hay solo una familia en esto! (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

Esta lucha por la creación de una nueva intersubjetividad que haga conciente el trabajo que objetiva la mercancía y el funcionamiento en red de esta *otra economía* y sus resultados tangibles, en tanto permiten la supervivencia y el desarrollo de una empresa solidaria en el seno mismo del sistema capitalista, se vuelven invisibles ante la

³¹ “F” corresponde a “Felipe”.

hegemonía del mercado. Esta invisibilidad es un obstáculo para el desarrollo de la alternativa y de la utopía, en tanto horizontes que persigue la cooperativa para sí y para el mundo:

Entonces, hay que poner límites a la responsabilidad de uno, viste que el mundo hay que cambiarlo, pero uno tiene que decir bueno, ¿cual es el mundo que voy a cambiar? Este, en este tengo que empezar y desde ahí algo se puede hacer (...) el que viene a buscar, ya te digo, el producto orgánico, que viene mucha gente, y acá se encuentra con otro panorama de lo que es el trabajo, lo que es la vida detrás del producto, y bueno, hasta ahí podés, porque si te planteas todo (...) uno no puede abarcar todo, todo junto no podríamos abarcarlo, pero a pesar de eso, hay una invisibilidad (...) (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

El horizonte utópico de Carla, a partir de su trabajo diario y de su contexto inmediato, encuentra su complemento en los dos ejes que más arriba hemos señalado: “responder a la crisis generando una alternativa” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo). La respuesta a la crisis, a través de la conformación de una cooperativa que sostiene a familias y que funciona, vista diez años más tarde, es una etapa ya superada. Lo que resta es la conformación de una alternativa, guiada por una idea general de cambiar el mundo desde lo local. En esta lucha es en donde se centra el propósito central de “La Asamblearia”.

Economía social, para nosotros siempre fue, una alternativa mas viable o no viable, con trabajo voluntario o menos trabajo voluntario, con muchos debates y con muchas variantes, pero siempre, una alternativa, nunca una acción asistencial hacia pobres. (Mauro, 54, productor de cecinas)

Esta economía si fue solidaria, mancomunada, colectiva, pero no de caridad, en la que unos siempre se sujetan de la mano que da. Esa es una acción distinta, será muy loable pero produce cosas distintas. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Si decimos que comienza el 2003 (...) si yo pongo el origen ahí, es asistencialismo entonces, y esto no lo es. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

A través de la producción autogestiva, la reciprocidad, el comercio justo y la creación de un consumidor responsable, es en donde la alternativa florece. Pero no debe pensarse la alternativa como una respuesta sistemática y en conflicto con la *economía del capital*, sino más bien, como una alternativa frente al patrón, frente al asistencialismo y frente a las relaciones de dependencia que éstas crean.

“Hacer en el camino” es una frase que en algunos momentos apareció en nuestras conversaciones. Refleja con precisión el horizonte de “La Asamblearia”, su lucha diaria y la conciencia de transformación de su contexto inmediato. “La noche de los proletarios” de Rancière³² fue uno de los textos que más mencionó Carla para ayudarse a describir la cooperativa, sobre todo por el carácter fugaz, intrincado y microscópico del día a día en el cual vive esta experiencia político-económica y de la cual no piensa dejar de participar. “Hacer en el camino”, a partir de la crisis del 2001:

“Del 2001 para acá encuentras gente que somos totalmente advenedizos, o sea, todo esto que aprendimos, lo poco que aprendimos (...) esto lo fuimos haciendo en el camino” (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

V. 4. Las prácticas de economía social y solidaria. Movimientos, intelectuales y el proyecto de *otra economía*.

Tras presentar parte de las ideas y propuestas con las cuales “La Asamblearia” participa en la construcción de la economía social y solidaria, en esta última sección es menester dar cuenta de las relaciones que establecen con el movimiento general de la economía social y solidaria en Argentina. Para ello, hemos diferenciado dos grupos de vínculos: por una parte, las relaciones que han establecido con otras organizaciones, movimientos y cooperativas. Por otra parte, las relaciones entabladas con intelectuales, investigadores y estudiantes, que tempranamente han manifestado interés por estudiarlos. En estas dos clases de relaciones pretendemos mostrar cómo “La Asamblearia” establece su proyecto en comparación a otras luchas que se dan dentro del mismo movimiento.

³² Jacques Rancière, (Argelia, 1940) es un filósofo francés, especialista en política y estética, de gran renombre en la actualidad. En la obra “La noche de los proletarios” el autor introduce al lector en la vida cotidiana de un grupo de proletarios que, alrededor de 1830, pretenden encontrar o construir, de diversos modos, los caminos de su liberación. Apoyándose en cartas y documentos de la época, el filósofo pone en escena una variada galería de personajes, hombres y mujeres que independientemente de la tarea que realicen durante el día, es en la noche donde pueden encontrarse y compartir. Las noches de estos proletarios son el momento del fervor, de la discusión, del intercambio de ideas, de los proyectos. En ellas se gestan periódicos, panfletos, huelgas; en ellas circula el alimento de la lectura clandestina, de la palabra prohibida. Se trata, ante todo, de un espacio en el que pueden pensarse a sí mismos como algo más que seres meramente explotados. La noche es el momento de los sueños –individuales y colectivos por construir.

V. 4. 1. “La Asamblearia” y sus relaciones con los movimientos de la economía social y solidaria.

Han sido diversas las trayectorias que han recorrido las organizaciones y movimientos que luchan por la gestación y sostenimiento de *otra economía* en Argentina. Esta diversidad de caminos encuentran un punto de intersección en la crisis político-económica del 2001. Si bien la economía social y solidaria ha estado presente en América Latina con anterioridad, para el caso argentino no será hasta entonces cuando adquiera mayor visibilidad y comience a transformarse en algo más que una respuesta. En este sentido, la gestación de un tipo de empresa solidaria, como hemos visto en la sección anterior para el caso de “La Asamblearia”, no debe pensarse como unívoca y homogénea para todos los emprendimientos de economía social y solidaria. La heterogeneidad de prácticas es lo primero a destacar cuando se relevan las relaciones entre “La Asamblearia” y otras organizaciones del sector. Según lo han señalado algunos miembros de la cooperativa, existen dos grupos amplios con los cuales se encuentran vinculados: uno de ellos se circunscribe a los movimientos de economía social y solidaria en Buenos Aires, con los cuales han compartido distintas asambleas, ferias y eventos. Otro grupo bien diferenciado son los movimientos campesinos, con los cuales establecen relaciones de reciprocidad a través de intercambios de productos que circulan en los nodos de la Red de Comercio Justo del Litoral.

Sin duda, entender las relaciones sociales con otras organizaciones de la economía social y solidaria es algo complejo. La dispersión de ejemplos, experiencias y perspectivas que tienen los miembros de “La Asamblearia” respecto al tema, se refleja en la siguiente cita:

(...) desde el momento de la crisis hubo muchos grupos heterogéneos, ojo, nosotros también somos heterogéneos, pero he visto que hay muchos que quieren ser gobernantes y no dejan espacio a que otros opinen o se expresen. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

A partir de las respuestas dadas frente a la crisis, en los grupos y para sus miembros, incluidas sus historias y experiencias en la *economía del capital*, la heterogeneidad sólo fue positiva cuando las decisiones colectivas respetaron la diversidad. Existe en la memoria de los miembros de “La Asamblearia” un recuerdo de

un “movimiento unificado” en la época que las asambleas forzaban la democratización de la autoridad colectiva. En la actualidad, y según lo percibe Mirta, esto ya no es así. Cuando quise saber si el mercado solidario de Bonpland podría considerarse como un punto de encuentro para la economía social y solidaria en la ciudad de Buenos Aires, ella señaló no estar segura:

no estoy segura porque (...) aparecen las competencias, y entonces no (...) hay otros lugares que hablan de economía solidaria, pero tienen formas de organización distintas y todo es distinto (...) es difícil en algo nuevo como esto tener un mismo lenguaje. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Otras perspectivas son más críticas aún:

(...) los problemas técnicos por lo general se solucionan, los problemas son (...) la idiosincrasia del ser humano [risas]” (Carla, 48, presidenta de la cooperativa.)

[refiriéndose al mercado solidario de Bonpland] Acá no hay cooperativismo, yo no encuentro a nadie acá que sea cooperativo, acá están por necesidad, son pocos los que están que hacen de esa necesidad una cuestión colectiva, pero siempre hay disputas y diferencias (...) (Mauro, 54, productor de cecinas)

Esta visión sobre sus relaciones con otros movimientos y cooperativas de la economía social y solidaria, refleja cierta dificultad para establecer una intersubjetividad común y estable, que tensiona en una dirección unívoca a la *economía del capital*. Un ejemplo de esta situación refiere a la noción de “disciplina”, que enfrenta una idea política específica acerca de cómo se debe funcionar y la necesidad de sacar adelante a la “empresa solidaria”:

Cualquier llamado a la disciplina, cualquier cuestión que plantees en relación a una reglamentación, a un saber hacer, a una sistematización (...) todo eso está visto como de derecha, en vez de apropiarnos (...) acá tienen que entrar inspectores de INTA, acá tenemos que pedir que no haya conservas en mal estado, acá hay que tener horario, la verdura tiene que estar bien cortada, la lana tiene que estar en invierno, no en verano, y lavada (...) entonces, empieza a haber cuestiones en donde todo está visto, todo lo que sea orden y disciplina quedó como del lado de los militares (...) y esas tensiones hubo siempre. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

La disciplina, así como también cierto lenguaje empresarial, durante algunos años fueron objeto de debate dentro y fuera de las asambleas. Sin embargo, con el paso del tiempo, “La Asamblearia” fue tomando cierta distancia de algunos movimientos, y se

relacionó más intensamente con los participantes del mercado solidario de Bonpland. Las relaciones con éstos últimos son cordiales, de ayuda mutua y de acuerdos generales a través de la cooperadora que nuclea a las organizaciones participantes. Sin embargo, por momentos no todos parecen compartir la lucha por distanciarse del rótulo *tienda gourmet*, y señalan cómo algunos productores trabajan a demanda o se las ingenian para atraer al *consumidor orgánico*. No puede decirse, entonces, que exista una homogeneidad de perspectivas a la luz de prácticas fundamentalmente similares, como son la autogestión, la solidaridad y el comercio justo.

Alejándonos un poco de las heterogéneas y contradictorias relaciones que establecen con los movimientos y cooperativas de economía social y solidaria, aparece un grupo que reviste gran importancia para “La Asamblearia”: el movimiento campesino³³. En ellos también se ve una gran heterogeneidad y en este sentido, los horizontes de lucha difieren de un lado y del otro:

¿Ves? Todos los colectivos son muy singulares (...) hay un movimiento campesino que está lleno de movimientos al interior, con mucho debate pero a la vez con muchas políticas unificadas para hacer llegar sus productos; otros que son familias que tienen que mandar lo propio a través de transportistas que están en lugares muy dispares, la logística es todavía semi espontánea (...) no se ha podido sistematizar una cantidad de cosas importantes. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

La falta de logística que señala Carla, encuentra su justificación en la heterogeneidad de la organización: no hay un proyecto unificado, que destine recursos y energías para la sistematización de las prácticas. A esto, se suma una aparente distancia entre las luchas campesinas y la economía social y solidaria:

M: (...) bueno, hay muchos productores campesinos que están en otras luchas, sobre todo con las luchas sobre las tierras, entonces es como que todo lo demás para ellos es verso (...)

F: ¿O sea que su lucha no tiene relación con otra economía?.

M: No no, tiene que ver con recuperar sus tierras y después vender su producto para sobrevivir. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

³³ En específico, han mantenido estrechas relaciones con el MNCI –Movimiento nacional campesino indígena-, con quienes intercambian productos. A su vez también con el MOCASE VC, el UST de Mendoza y Encuentro Calchaquí. Vale aclarar que estas relaciones han sido entabladas con miembros particulares de estos movimientos. En estas relaciones, existe un mutuo conocimiento de las diversas realidades que cada cual enfrenta y los contextos en que se inscriben sus luchas. En las páginas siguientes profundizaremos en esta idea.

Esta distancia no tiene relación con un impasse entre los ideales de cada sector, sino más bien, con las diferentes situaciones contextuales y geográficas en la cual sufren la dominación y articulan sus luchas. En este sentido, la distancia entre las luchas inmediatas de cada sector, se muestra en la siguiente cita que refiere a aquellos productores campesinos que intercambian con “La Asamblearia” pero que no participan de la cooperativa –ni de ninguna otra-:

Hay productores campesinos que no están interesados en organizarse en cooperativas y algunos descuidan de su trabajo de producción (...) ellos hacen sus productos, los ponen a vender y no les interesa mas nada, eso puede ser porque hay urgencia del dinero, de la supervivencia. (Rene, 33, productor de cerveza)

A pesar de las distancias, hay una comprensión de las desiguales posiciones en las clasificaciones sociales del poder. Finalmente, el momento crítico en el cual se manifiesta el problema de la heterogeneidad y de las distancias entre los sectores es precisamente, cuando se reconoce que hay una diferencia en términos de “clase”:

Aquí hay una cosa de clase. Por lo general hay una clase media, en nuestro caso, una clase que incorpora a proyectos campesinos o obreros. Estamos comercializando lo que produce otra clase, en algunos casos, pero ¿cómo lo decís? Suena mal decir eso. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

Esta última cita revela no solo la heterogeneidad, sino también, cierta reflexión respecto al problema de las clasificaciones sociales de la población. La distancia ya no solo es política, sino es social e histórica entre los distintos sectores, y se vincula directamente con la matriz de poder en la cual las gentes han sido dominadas y explotadas.

En este sentido, lo que muestran estos testimonios, en su dispersión, podríamos plantearlo de la siguiente manera: por una parte, las relaciones heterogéneas y contradictorias que establece “La Asamblearia” con otros movimientos y cooperativas encuentran un punto de tensión en el ámbito político, ideológico e intersubjetivo: muchos de estos grupos adoptan modalidades de trabajo similares a “La Asamblearia” y utilizan el rótulo de “economía social y solidaria” para delimitar su grupo de pertenencia. Sin embargo, los valores y principios en que hacen regir su actividad, difieren y entran en tensión. Por otra parte, la distancia que existe entre la cooperativa y los movimientos campesinos, expresan a su vez la distancia entre las desiguales

clasificaciones sociales que la matriz de poder moderno/colonial impuso a las poblaciones de esta parte del mundo.

V. 4. 2. Los intelectuales y “La Asamblearia”.

En la página web de “La Asamblearia” pueden leerse algunas definiciones de los principales conceptos que rigen sus principios político-económicos: comercio justo, consumo responsable, producción autogestiva y economía solidaria. En dos de ellos³⁴, sus definiciones fueron tomadas del volumen *Otra Economía*, que en un capítulo anterior ya hemos analizado. Bajo este indicio y orientado gracias a conocer la experiencia de Carla, que cursó algunas materias en una maestría en economía social y solidaria -sin llegar a recibirse-, incorporamos a las dinámicas de entrevistas semiestructuradas algunas ideas acerca de la economía social y solidaria presentes en los discursos teóricos. El propósito consistía cotejar algunas percepciones y discusiones respecto a estos discursos. Pero los resultados no fueron los esperados y pocos de los entrevistados mostraron un conocimiento acabado acerca de las ideas, los planteamientos y las discusiones presentes en el campo teórico de la economía social y solidaria. La falta de este conocimiento se expresaba en una falta de interés a hablar y discutir desde la teoría lo que ellos llevan adelante día a día. Pero más importante aún, esta falta de interés respondió a que se interesaron en hablar sobre su relación social con los “intelectuales”³⁵. En este sentido, su conocimiento de la obra de los intelectuales había sido lejana: no eran grandes lectores de economía social y solidaria. Así, sus percepciones acerca de éstos no podían estar centradas en sus ideas, a pesar del uso que hacen de éstas en su página web.

Bajo una dirección distinta, ya no hacia los discursos teóricos, entre las memorias en torno a los intelectuales que estuvieron en contacto con la cooperativa destacan diversas experiencias. Basta señalar que desde el momento de su conformación, la cooperativa incluyó a diferentes tipos de investigadores, estudiantes e intelectuales que colaboraron activamente. Una de estas memorias se relaciona con un intelectual

³⁴ Comercio Justo y Consumo Responsable. Véase: asamblearia.blogspot.com.ar

³⁵ El termino “intelectuales” fue el que decidí utilizar para referirme en nuestras conversaciones al grupo de investigadores y estudiantes de la economía social y solidaria, aunque en la mayoría de los casos se les nombró de formas muy distintas y según el tema que estuviese siendo tratado.

brasileño que visitó a la cooperativa entre el 2003 y el 2004, y que estableció una relación de cercanía con algunos de sus miembros:

También había doctorantes, maestrantes, que venían a estudiar. Hubo un intelectual brasileño que nos hizo una serie de entrevistas y que nos hizo importantes sugerencias, y había como un ida y vuelta, un estudio del fenómeno y había asesoramientos así, ad hoc. (Marta, 64, productora de artículos de aseo)

En momentos donde no se sabía muy bien que tipo de cooperativa debía formarse:

(...) un brasileño, intelectual, dijo que si lo gestionaban los productores, a modo de una cooperativa de producción, no se puede caer, porque el productor nunca va a dejar el bote que lo esta sosteniendo. Esto que ahora me parece obvio, yo lo vi cuando me lo dijo él. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

El aporte de este intelectual es reconocido entre los miembros de la cooperativa. También hubo otro aporte, que con el paso del tiempo mostró ser de una importancia central:

Hubo un economista que en ese momento pertenecía a la UNGS y venía acá y discutíamos que era lo que se iba a hacer y el siempre dijo o por lo menos en varias oportunidades, dijo “acá les va a resultar difícil encontrar al actor consumidor que tensiona hacia este tipo de productos y que los consuma, lo van a tener que crear. No existe. Van a tener que crear un modelo de consumidor porque no está” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Ambos aportes, referidos al tipo de cooperativa y al tipo de consumidor que se debía crear, resultaron fundamentales para la cooperativa. El primero en tanto tipo de organización que se sostuvo en el tiempo – cuando la crisis pasó y “el agua bajó”- y el segundo como horizonte de práctica y lucha: la creación del consumidor solidario. Estos aportes, registrados en los comienzos, resultan ser excepcionales en las relaciones entre prácticas intelectuales y prácticas socio-económicas para el caso de “La Asamblearia”. La excepcionalidad de estos aportes debe ser vista a la luz de otras experiencias con los intelectuales, que en mayor o menor medida, pertenecen al campo general de la economía social y solidaria.

Posterior a la crisis, las empresas recuperadas y el vasto movimiento asambleario y cooperativo de la época, hizo que muchos intelectuales, tanto argentinos como extranjeros, se interesaran en el proyecto de “La Asamblearia”. Paralelamente, este

interés tenía directa relación con la generación de una perspectiva teórica para la comprensión de estas experiencias de *alteridad económica*. Fue así como en muchos casos, la cooperativa sirvió de ejemplo para la teoría :

(...) y en el extranjero, porque en un contexto en el que Argentina era un caso, por el tema de las fabricas recuperadas. Vinieron de muchos países y escribieron, y era precisamente porque era un caso raro. (Mauro, 54, productor de cecinas)

(...) lo que escribían era una cosa muy teórica de la economía solidaria y entonces ponían a la cooperativa como ejemplo, pero este (...) como un ejemplo de economía solidaria. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Después vinieron muchos estudiantes, que vienen y bueno, han hecho su tesis (...) fue muy poco los que dejaron algo, un trabajo (...) cuentan la experiencia pero sin profundizar demasiado. (Rene, 33, productor de cervezas)

Estos acercamientos pretendieron inventariar diferentes tipos de casos y construir poco a poco el herramental teórico para apoyar estos emprendimientos. Para los miembros de “La Asamblearia”, cuando usaban a la cooperativa como un ejemplo de economía social y solidaria, adquiría un matiz demasiado teórico, un tanto alejado de la práctica cotidiana:

M: Acá vino gente muy teórica, pero les falta sentido práctico (...) que elaboran teorías y todo, pero cuando hay que llevar a la práctica, como que derrapan.

F: ¿Porque?

M: porque nunca hicieron algo... vinieron, se enteraron, preguntaron, pero nunca hicieron un comentario, ni bueno ni malo (...) solo quedaba esa imagen buena de nosotros y después ya no venían más. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

La imagen que quedaba de ellos era, precisamente, un tipo de representación utópica en tanto ejemplo de caso de una economía superadora del sistema capitalista. Sobre esta imagen utópica, los testimonios son amplios y variados:

F: ¿Que sensación te produjo lo que escribieron, te recuerdas?

M: Fueron cosas diversas, entonces este (...) igual lo que yo leí hablaban bien. A veces lo que yo veía era que eran demasiado líricos, jajaja (...) no era una cosa de la realidad. Por ejemplo hay otra cooperativa en rosario, que ellos querían hacer algo y decían que nosotros éramos sus mentores (...) pero nosotros veíamos muchas falencias en lo nuestro, pero bueno (...) y ahora estamos muy en contacto con ellos, ellos hacen la red de comercio justo del litoral (...)

F: ¿Porque te parecía muy lírico lo que decían?

M: Porque veían de afuera cosas y les parecía todo bueno (...) nosotros que estamos dentro y vemos los problemas y las cosas, decimos bueno, es demasiado

lindo todo eso, a eso quisiéramos llegar algún día, ojala. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Es que se encasilla, se rotula, se pone colores y se ponen prendas, orlas y coronas para decirte “soy solidario” (Rene, 33, productor de cervezas)

M: Es que, yo no sé (...) leí algunas cosas pero no los entiendo bien, o sea, si entiendo las palabras pero no entiendo quien lo genera y qué se genera. De donde viene que ahora se diga algo que siempre fue, porque le ponen nombre y rotulo ahora, algo que para mí fue natural desde que nací.

F: ¿Te referís al nombre de economía solidaria?

M: Exacto, si, eso, o sea, como se generó esa moda de ver eso (...) ya no me cierra. (Mauro, 54, productor de cecinas)

En esta última cita, para Mauro la solidaridad es algo implícito en él, algo que corresponde a la naturaleza humana, y que no es necesario poner en discurso. A partir de esto, entonces surge la sospecha: ¿Quiénes son aquellos que escriben sobre la economía social y solidaria y qué generan poniéndola en discurso? En la próxima cita, una reflexión acerca de la representación utópica confluye con esta duda acerca de su utilidad:

Más que como algo utópico, que ya es dramático, como algo pintoresco te terminan viendo, mas con el paso de los años, un club más (...) que en el peor de los casos, te ven como algo inútil (...) si lo que hacemos nosotros es purista, y eso si es inútil o no, o si es ideal, capaz que ahí es medio utópico o equivocado lo que estamos haciendo nosotros, pero que nos vean como algo armónico o utópico o pintoresco, no nos sirve de nada. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

La utilidad de tal representación queda en duda. No sólo peligra la imagen idealizada que los “intelectuales” han construido acerca de la cooperativa, sino también la imagen que este grupo ha construido sobre si mismo. Cuando Carla duda si “es medio utópico o equivocado lo que estamos haciendo nosotros”, la duda que sienten frente a la teoría se desplaza a una duda sobre sí mismos, al no encontrar una teoría que les ayude a sostener sus esfuerzos.

La profundidad de esta escisión entre la imagen utópica y el “hacer en el camino” de la cooperativa, se manifiesta en una creciente distancia respecto a la labor de los intelectuales. Éstos últimos son un grupo diferenciado del campo general de la economía social y solidaria y a ellos les corresponde hacer la teoría. Mientras tanto, a quienes participan de “La Asambearia” y de otras experiencias socio-económicas, su

lugar es el de la práctica. Esta división del trabajo queda reflejada en las siguientes críticas:

A mi me preguntan que es economía solidara y qué se yo lo que es (...) será el nombre que le pusieron 4 o 5 bienintencionados, no sé y querés saber por que no sé... porque a mi no me interesa que me describan que es eso (...) ¡vivilo!, porque si esa gente y todos los que hablan sobre eso practicasen el cien por ciento de lo que dicen, ahí se vería cambio (...) se dice una charada infernal, pero después (...) ¿donde queda todo eso? (Mauro, 54, productor de cecinas)

M: No se puede hablar y hablar y leer libros, yo leí algunos libros... y me cuesta leer de todo, pero bueno, hay mucho, de cómo es, de la historia, de donde viene, y te dicen qué es comercio justo y te dicen todo esto y yo no digo que no sea bienintencionado, pero no es así la cosa.

F: ¿No te molesta que ellos hablen sobre lo que vos hacés?

M: A mi no me afecta porque yo ya estoy firme en esto. (Rene, 33, productor de cerveza)

La asamblearia, si realmente se tendría que hacer como dicen en los libros que hablan sobre cooperativas, o como dicen que se debería hacer una, no duramos dos días. Porque no es real. No puede ser rígido además. Nunca. Eso fue escrito en el 2000 con gente que estaba en el 2000, con políticos de izquierda, socialistas y de derecha (...) y para mi siempre fue igual, antes del 2000 antes del 1900, no se, toda mi vida fue así, fue igual. (Mauro, 54, productor de cecinas)

Esta distancia encuentra su máxima expresión cuando, en una oportunidad, preguntamos a los miembros de la cooperativa acerca de tener un intelectual entre ellos, que pudiera hacer teoría junto a ellos y para ellos. Esta idea no les parecía familiar y era algo totalmente novedoso. En efecto, así como criticaban que los teóricos no asumieran su lugar en la práctica, hemos sugerido que ellos asumieran su lugar en la teoría. Ante el asombro, confirmamos que la distancia entre “intelectuales” y “trabajadores” era un asunto normal y concerniente a la división del trabajo al interior de la economía social y solidaria. Sin embargo, la utilidad de esta división era constantemente puesta en duda:

Suponete que vos venís, me haces preguntas y todo (...) a veces, una pregunta hace que uno se ponga a pensar cosas. Pero muchos no hacen esto. ¿Porque? (...) la teoría dice lo que pasó, pero no hay una sugerencia (...) Ojo, no es una critica. Así como hay gente que compra y lleva, cada uno viene a buscar lo que quiere. (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)

Mientras que la teoría “dice lo que pasó”, las sugerencias, enunciadas a través de preguntas que incitan a la reflexión, tienen la potencialidad de abrir nuevas ideas en las cuales incursionar. El caso de “La Asamblearia”, y su uso desde una perspectiva teórica,

tiene la utilidad de servir de testimonio empírico de la existencia de la economía social y solidaria. Pero los aportes, las sugerencias, fueron lo que la cooperativa esperaba de los “intelectuales”, algo que sólo en los comienzos de esta historia pudo darse.

A la luz de los testimonios que hemos presentado y analizado, una pregunta compleja se asoma para ser respondida en lo que resta de este trabajo: ¿Cuáles son las implicancias de estas tensiones entre lo que los miembros de “La Asamblearia” dicen sobre sí y lo que los especialistas dicen sobre ellos? A pesar de la heterogeneidad de perspectivas dentro de los miembros de la cooperativa "La Asamblearia" respecto a la economía social y solidaria, se evidencian tensiones y contradicciones entre sus percepciones y aquellos supuestos epistémicos y conceptuales presentes en este campo de estudios. El punto máximo de esta tensión se evidencia en la división del trabajo al interior del mismo campo, encarnada en una sospecha que los miembros de “La Asamblearia” sienten frente a una teoría que no los representa. Pero asimismo, y desde una posición subordinada en las relaciones de poder/saber, ya que la teoría asume el lugar de la verdad, esta sospecha se desplaza a una sospecha sobre sí mismos, al no encontrar en la teoría un lugar de contención y comprensión. La complejidad de sentidos que el caso presenta, desde nuestra perspectiva, debe ser abordada bajo la comprensión de estas tensiones en tanto consecuencias de los modos en los cuáles ha sido constituido el campo teórico de la economía social y solidaria, que torna homogéneo un campo de prácticas heterogéneas, dispersas, discontinuas, pero principalmente, históricas y locales.

CAPÍTULO VI

Relaciones de poder y subjetividades. Economía, desarrollo y utopía en el caso estudiado.

VI. 1. Introducción

En este último capítulo analizaremos en profundidad la información que hemos presentado en los capítulos IV y V de la presente investigación. Tomando a la colonialidad del poder como categoría de análisis, indagaremos en las dinámicas de construcción de sentido en el caso estudiado. Este análisis se propone mostrar, a modo de contrapunto, las tensiones entre los discursos de investigadores, intelectuales y estudiantes especialistas en la economía social y solidaria y las perspectivas y experiencias de los miembros de la cooperativa “La Asamblearia”. En base a los resultados de este análisis se podrá ver, según nuestra perspectiva crítica, que estas prácticas socio-económicas, en tanto aperturas y alternativas dentro del capitalismo global, a través de su paulatina interpretación bajo los supuestos epistémicos y conceptuales presentes en este campo de estudios, han visto limitados sus sentidos y alcances un marco epistémico moderno/colonial, hegemónico en las actuales formas de producir conocimiento. El análisis de los resultados de la investigación girará en torno a tres ejes fundamentales: el primero de ellos relaciona al eurocentrismo con las perspectivas de conocimiento que ha adoptado la economía social y solidaria como saber experto de la alteridad económica. El segundo indaga en dos temas: la homogeneidad del discurso del desarrollo y la “empresa solidaria” como modalidad de superación del capitalismo. El tercer eje trata sobre la “alternativa”, el lugar de la utopía y la construcción de la alteridad económica. El objetivo es dar cuenta de cómo la colonialidad del saber impregna los desarrollos teóricos de la economía social y solidaria en el caso argentino y qué consecuencias tiene este ejercicio de poder sobre las experiencias socio-económicas así denominadas.

VI. 2. El eurocentrismo como perspectiva de conocimiento y la economía social y solidaria.

En los primeros capítulos de este trabajo hemos presentado el enfoque adoptado para desarrollar la investigación. En la construcción de este enfoque han sido analizados los principios de la ciencia económica, inserta en la constelación disciplinar de las ciencias del hombre y hemos mostrado, apoyándonos en el trabajo de Lander (2002 y 2004) y Vargas Soler (2008), que su propia epistemología excluye la pregunta que interroga los fundamentos y sentidos de las teorías y prácticas económicas locales, históricamente situadas y atravesadas por relaciones de poder. Bajo esta mirada, el eurocentrismo como tendencia general, ha propiciado una perspectiva para abordar la realidad que, al tomar como fundamento a los “universales abstractos” (Grosfoguel, 2006) reduce las economías *otras* a simples variaciones de la economía liberal gestada bajo el proyecto moderno/colonial/capitalista. Esta reducción no debe verse sólo como una cuestión que concierne a la negación de las epistemologías *otras*: si occidente ha construido a sus *otros*, negando sus saberes, de acuerdo con sus propios criterios, esto ha sido posible gracias a la colonialidad del poder como matriz de poder de la modernidad. Entonces, es una reducción no sólo a nivel del saber, sino también al nivel de los cuerpos, a través de formas históricas de dominación/explotación de las poblaciones subalternizadas.

Los abordajes de estudio de las economías *otras*, asumen, en el caso del campo teórico de la economía social y solidaria, una modalidad particular: por una parte, conforman una respuesta parcial a los supuestos que rigen a la economía neoliberal actual, pero que no cuestionan los presupuestos eurocéntricos de la ciencia económica. Por otra parte, y continuando con lo anterior, utilizan estos presupuestos para establecerse como un saber experto en la aprehensión de la *otra* economía. Se trata de un doble movimiento, que en un caso hereda la colonialidad del saber como matriz para pensar “lo económico” – es decir, que asume a lo “económico” como el elemento que determina todos los ámbitos de la existencia social- y que en el otro, utiliza similares técnicas de representación para la construcción de una alteridad económica. La especificidad de este caso reside en que, a diferencia de otras representaciones sobre lo *otro*, la economía social y solidaria está fundamentada en representaciones utópicas, que la postulan como una alternativa y superación del sistema capitalista.

Esta hipótesis encuentra su fundamentación en lo que hemos presentado en el capítulo IV. El corpus discursivo que hemos anteriormente analizado, presenta una serie

de autores que conjugan heterodoxamente diferentes perspectivas. Basados en una crítica a la economía neoclásica, dentro de estas tendencias pueden reconocerse: 1) un uso particular de la tendencia “substantivista” de la teoría económica, retomando a autores como Polanyi y Mauss (Coraggio, 2007); 2) una crítica marxista heterodoxa o en su defecto, del denominado “marxismo abierto”, a la noción de economía neoclásica (Marques, 2009) y 3) una particular perspectiva ético-moral de la solidaridad, influenciada por la doctrina social de la iglesia católica³⁶ (Guerra, 2002; Razeto, 2002). Estas perspectivas teóricas, incluyendo en ellas los modelos de sociedad que imaginan y las epistemologías en las cuales se asientan, han conseguido enfrentar al neoliberalismo desde el pensamiento económico. Esta confrontación se vuelve visible ya en la conformación misma de su objeto, es decir, cuando intentan definir qué es la economía social y solidaria. Como hemos podido mostrar en un capítulo anterior, esta definición resulta negativa y contestataria: la economía social y solidaria es todo lo que el neoliberalismo no es. Es un enfrentamiento que sitúa a éste de un extremo y a la economía social y solidaria del otro.

No obstante, esta heterogeneidad de perspectivas no solo encuentra su punto de unión al polarizar las economías “realmente existentes”: también se reúnen al proyectar la economía social y solidaria hacia el futuro. Como hemos visto en los discursos, al ser un antagonismo positivo y “humano” al mercado, ésta debe ser promovida y apoyada. Aquí es donde la teoría asume el lugar del saber experto, y con esto, una posición jerárquica en las relaciones de saber. Como herramientas conceptuales para el apoyo a los emprendimientos socio-económicos, se han erigido prescripciones e indicadores: eficiencia social, factor “C”, capital social, etc. Estas herramientas permiten el estudio sistemático de estas *otras* formas de hacer economía y otorgan sentido a los dos objetivos que Guerra (2002) propone para la conformación del campo de estudios en cuestión.

No sólo la creación de prescripciones e indicadores, es decir, herramientas abstractas, científicas y cuantitativas para la aprehensión de la *otra economía* refuerzan

³⁶ La doctrina social de la Iglesia católica es un conjunto de normas y principios referentes a la realidad social, política y económica de la humanidad basado en las escrituras del evangelio y en el magisterio de la Iglesia católica. El Compendio de la doctrina social de la iglesia y el catecismo católico la definen como un cuerpo doctrinal que se va articulando a medida que la Iglesia interpreta los hechos sociales según se desenvuelven en el curso de la historia.

el carácter de este nuevo saber experto. Principalmente, y bajo ellas, está el modo en cómo imaginan el comportamiento humano y la naturaleza de la sociedad. En este sentido, este saber experto habla de una manera específica acerca de aquellos que practican la *otra economía*. A raíz de un hecho histórico crucial como fue la crisis del 2001 y las diversas maneras que movimientos, asambleas y organizaciones forjaron para su superación, se instala la inquietud de la teoría por capturar aquellas respuestas y por develar cómo son quienes las construyen. Poco más de una década después, para el campo teórico de la economía social y solidaria, estas diversas experiencias socio-económicas llevan en su interior el eje epistémico del desarrollo, es decir, la promesa de un desarrollo unilineal de la sociedad a través de la economía y que este desarrollo será de carácter humano, solidario y autogestivo, haciendo que cada emprendimiento sea el lugar de una utopía futura. Desarrollo y utopía son las dos formas que asume una misma práctica representacional que homogeniza a la *alteridad* económica y que la conduce hacia la formación de la “empresa solidaria”, lugar último de superación del capitalismo.

Entonces, en este doble movimiento, donde por una parte contesta al neoliberalismo como una teoría económica, pero que asume en lo fundamental una modalidad eurocéntrica de producir conocimiento, es donde reside la contradicción más profunda del campo teórico de la economía social y solidaria. Como señala Lander (2000) las alternativas a las propuestas neoliberales y al modelo de vida que representan, no pueden buscarse en otros modelos o teorías en el campo de la economía, ya que la economía misma como disciplina científica asume, en lo fundamental, la cosmovisión liberal (Op. Cit. 2000:11). Por otra parte, estas modalidades de construcción de conocimiento, al negar las perspectivas locales y los saberes populares que se ponen en juego, eliminan las historias y experiencias de los sujetos, a la par que esperan un comportamiento equivalente entre diversos y heterogéneos grupos sociales.

VI. 3. El desarrollo como eje epistémico de la economía social y solidaria.

VI. 3. 1. El desarrollo y la totalidad histórico-heterogénea.

El desarrollo inventa al “subdesarrollo” como idea y a las poblaciones “subdesarrolladas” como el cuerpo social en el cual esta idea/fuerza se encarna.

Movilizadora de cambios sustantivos en la sociedad, rearticuló las relaciones del sistema-mundo moderno/colonial/capitalista, dando lugar a todo un nuevo imaginario de progreso a través del crecimiento económico y apoyado en la racionalidad científica-técnica. Los conceptos de “ayuda”, “tercer mundo” y “pobreza” son parte de su entramado conceptual, dentro del cual se manifiestan las características del “subdesarrollo” y las relaciones de dependencia que debe entablar el “tercer mundo” con el “primer mundo”. Como ya hemos tenido oportunidad de señalar, esta visión clásica del desarrollo, presente en el contexto latinoamericano de los años 60 y 70, en la actualidad ha sufrido importantes modificaciones pero ha conservado sus presupuestos centrales. La economía social y solidaria, en su heterogeneidad y sus tensiones propias, da cuenta de esta situación.

La actualidad de esta idea/fuerza parece, por momentos y tras los discursos actuales de globalización y modernización del Estado, ser parte del pasado. Sin embargo, las transformaciones del desarrollo han ocurrido principalmente en sus lógicas operacionales (Quintero, 2009), más no en sus lógicas epistémicas. Como muestran los discursos de la economía social y solidaria, las ideas de evolución, progreso y perfeccionamiento aún forman parte del entramado conceptual del desarrollo. Estos presupuestos se acompañan de otras dos ideas que le sirven de complemento: la unilinealidad y la homogeneidad. Ambas caracterizan, en tiempo y forma, el modelo de sociedad que el desarrollo construyó, no sólo como características del “ente” – de la sociedad “en sí”- sino también como modalidad de aprehensión de tal “ente”.

La homogeneidad del desarrollo está estrechamente vinculada a los procedimientos efectuados por el eurocentrismo como perspectiva de conocimiento en la modernidad/colonialidad. Bajo la idea/fuerza del desarrollo reviste un carácter doble: por una parte, el proceso mismo del desarrollo de las sociedades es homogéneo e unilineal, determinando consigo, el movimiento de la historia universal. Es una perspectiva según la cual el todo y las partes corresponden a una misma lógica de existencia, donde la consistencia y la continuidad de sus relaciones fundamentan esta homogeneidad. Por otra parte, genera representaciones homogéneas de las poblaciones sobre las cuales habla. Como Quintero (2009) señala, el desarrollo, a través de sus proyectos y estandarizaciones, exigen por ejemplo, tanto al campesino camboyano, nepalí, y al aymara boliviano, la misma respuesta cultural, social y productiva. El

discurso del desarrollo, al mostrarse como un proceso inevitable del imaginario cultural de occidente, generó que las poblaciones del mundo quedaran inmersas y homologadas en tres mundos posibles, donde cultura, raza, género, nación y clase están inextricablemente ligadas (Escobar, 1998).

Para el caso de la economía social y solidaria, hemos visto que esta homogenización, en el corpus que hemos analizado, adopta la particularidad de ser considerada como un proyecto incompleto, y en ese mismo movimiento, caracterizada como un proyecto superador del capitalismo. La mayor parte de la producción teórica avocada al análisis conceptual centra su atención en la *potencialidad* de esta forma de hacer economía. La potencialidad de ser un proyecto superador del capitalismo, ha propiciado la formación de prescripciones –una determinada forma de *deber ser* y no solo una “alternativa para pobres y excluidos”- e indicadores – el factor C, la medición del capital social, etc.-. Ambas operaciones teórico-metodológicas, propias del saber económico clásico, parten de un supuesto que homogeniza las prácticas heterogéneas, históricas y locales, de los diversos emprendimientos de economía social y solidaria. En esta homogenización, los emprendimientos deben ser vistos como la *prueba tangible* de la posible superación del sistema capitalista. De esta forma, y bajo la misma práctica, se vuelve homogénea una manera de aprehender la *alteridad* económica y reconocerla como tal –a través de los indicadores y de las prescripciones – a la par que es homogenizada toda una serie de organizaciones, cooperativas y movimientos de las cuales se espera una misma respuesta económica y cultural.

Esta percepción de la homogeneidad pierde fuerza al analizar en profundidad lo que los miembros de “La Asamblearia” han señalado acerca de sus relaciones con otros movimientos y organizaciones pertenecientes a la economía social y solidaria. Las diferencias, discrepancias y conflictos reflejan que es un campo en constante disputa y que sus miembros proceden de diversos contextos y encarnan diversas historias socio-culturales. Dentro de los dos tipos de vínculos que hemos presentado, primero en sus relaciones con otros movimientos y cooperativas, las tensiones refieren al ámbito político e intersubjetivo. Si bien comparten una memoria histórica que remite a la crisis del 2001 y a la organización barrial-asamblearia, el conflicto se presenta en lo que respecta a los valores y principios rigen su actividad. Como ya hemos señalado, no puede decirse entonces que prácticas económicas fundamentalmente similares, como

son la autogestión, la solidaridad y el comercio justo, determinen una homogeneidad de perspectivas políticas e intersubjetivas. En el segundo tipo de vínculos, entre la cooperativa y los movimientos campesinos, existe una distancia aún mayor entre las luchas de unos y otros. Esta separación de las luchas y los horizontes políticos debe ser vista como el resultado de una diferenciada posición al interior de las clasificaciones sociales que la matriz de poder moderno/colonial ha impuesto en la estructuración de la sociedad en América Latina y en Argentina particularmente.

Esta última afirmación nos lleva directamente al tema de la totalidad. Como hemos señalado en las consideraciones teóricas de este trabajo, para Quijano (2007)

(...) una totalidad histórico-social es en un campo de relaciones estructurado por la articulación heterogénea y discontinua de diversos ámbitos de existencia social, cada uno de ellos a su vez estructurado con elementos históricamente heterogéneos, discontinuos en el tiempo y conflictivos (Quijano, 2007:104)

Así, estos ritmos y maneras que se articulan en cada ámbito, así como en la estructura conjunta, dependen directamente de las conductas concretas de los colectivos humanos. Esto otorga a la totalidad un carácter necesariamente histórico, heterogéneo y discontinuo. En este sentido, la homogeneidad que el discurso de la economía social y solidaria pretende ver en las experiencias socio-económicas así denominadas, responde a una epistemología eurocéntrica, que fundamenta un modelo de sociedad donde el todo y las partes se corresponden de manera armónica y articulada. El desarrollo, en tanto eje epistémico central, no admite la introducción de la heterogeneidad como constituyente del conjunto de relaciones y articulaciones de los diferentes grupos implicados en la *otra economía*. En cambio, desde la perspectiva de la colonialidad del poder, no hay gentes clasificadas racialmente que no estén, también, clasificadas en las relaciones de dominación sexual y de género, como tampoco según el rol histórico en la reproducción material de la existencia, ni por las relaciones de autoridad. La heterogeneidad de estas clasificaciones se refleja en que ninguna de ellas determina a otra, ni las relaciones entre estas son necesariamente mecánicas, ni tampoco continuas. Bajo esta mirada, la heterogeneidad histórico-estructural de los grupos implicados en la economía social y solidaria, sus posiciones diferenciadas en las clasificaciones de la matriz de poder moderno/colonial y sus respectivas relaciones de dominación/explotación/conflicto en y frente a este poder, articulan estas distancias, discontinuidades y tensiones.

VI. 3. 2. Desarrollo humano y autogestión: de la supervivencia a la “empresa solidaria”.

Si la homogenización como presupuesto epistémico del desarrollo se ha mantenido acrítico en los discursos de la economía social y solidaria, otra idea que ha corrido la misma suerte ha sido la predominancia de la economía como instancia primada de la existencia social. Este presupuesto se encuentra unido a lo que antes hemos apuntado respecto a cómo el desarrollo imagina el funcionamiento de la sociedad: “lo económico” determina a todos los otros ámbitos de la existencia social, en una relación de dependencia. En el discurso y práctica de la economía social y solidaria, enfrentar al neoliberalismo significa subvertir los patrones que rigen a la actual economía de mercado, manteniendo a la economía como principal ámbito alrededor del cual la sociedad se estructura.

Esta predominancia de “lo económico” encuentra su correspondencia en la idea/fuerza del desarrollo, ya que éste sólo es posible a través del progreso económico, ligado al avance científico-técnico. Sin embargo, esta idea ha sido actualizada de acuerdo a las transformaciones de su lógica operacional. Parte importante de esta transformación consiste en un desplazamiento que va del desarrollo económico hacia un desarrollo centrado en “lo humano”. Este desarrollo humano –al cual aluden también el desarrollo “sustentable”, “local”, “alternativo”, etc.- critica al desarrollo tradicional en sus fundamentos principales, cambiando el eje sobre el cual debe gravitar: de ahora en adelante, el nuevo desarrollo es un perfeccionamiento a partir del fortalecimiento de las relaciones sociales y de los valores de la comunidad, de la unidad doméstica, y en especial, del ser humano en su integridad. En este sentido, la autogestión se muestra como el modo de organización más adecuado para el desarrollo armónico del sujeto, de sus posibilidades y capacidades, incluyendo los ámbitos sociales, políticos, culturales, éticos y ecológicos. Este “gobierno de sí” se aleja de la clásica forma asistencialista del desarrollo.

En el caso de la economía social y solidaria, su objetivo es la realización de “lo humano” a través de la economía. Esta realización apunta fundamentalmente a enfrentar las modalidades que asume el neoliberalismo en sus prácticas corporativistas y monopólicas. Contra el paradigma de la “integración” (Murillo, 2006), de sus prácticas

más inhumanas –la explotación, el trabajo esclavo, la creación de lucro, etc.- y de su vasta extensión en el globo es que la *otra economía* asume un rol antagónico y propone la gestación de la “empresa solidaria”. El valor de “lo humano” como determinante de nuevas prácticas que enfrenten al neoliberalismo –a su vez también considerado como un proyecto contrario a la integridad humana- está sujeta a su realización económica en la vida práctica. Es este uno de los argumentos principales que sostienen los discursos de la economía social y solidaria. No obstante, al estudiar las perspectivas que los miembros de “La Asamblearia” construyen acerca de la *otra economía*, este argumento adquiere diversos matices y alcances.

El análisis de las perspectivas con las cuales los miembros de “La Asamblearia” postulan su proyecto en el marco de la economía social y solidaria, podríamos resumirlo en lo que Mirta en una ocasión dijo: “una respuesta a la crisis generando una alternativa” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo). En primera instancia, como una respuesta mancomunada a la crisis del 2001, en la cual sus propias condiciones de posibilidad fueron las mismas que marginaron a los miembros de la cooperativa de participar en el mercado –y de subordinarse a un patrón-. En segunda instancia, como una alternativa que puede sostenerse en el tiempo. Entonces, en el imaginario colectivo de la cooperativa, de acuerdo a su particular memoria histórica y sus trayectorias en la *otra economía*, el desarrollo es un tránsito que va de la supervivencia a una “empresa solidaria” que puede sostenerse en el tiempo.

Si tomamos en cuenta estos dos momentos, y la visión de desarrollo que conllevan, en este movimiento que va de la supervivencia –respuesta a la crisis- a la generación de una empresa solidaria –el “neoempresedorismo”-, podemos interpretar de mejor forma sus percepciones negativas respecto a la economía neoliberal. Precisamente porque han enfrentado la precarización y la marginalidad, comparten junto a los discursos, la crítica a las características “inhumanas” del mercado. Incluso tienen críticas más radicales aún, como aquellas contra la propiedad privada y contra el trabajo esclavo, o aquellas a favor de los movimientos campesinos en la recuperación de sus tierras. En este sentido sus críticas son enunciadas, no desde el saber teórico, sino desde una práctica económica que pretende enfrentar al neoliberalismo, repensando y recreando a su unidad básica: la empresa. Son, entonces, críticas que llevan una vida acorde a la forma empresa, y desde allí, plantean la subversión de los patrones de

consumo y de la subjetividad, dando a conocer lo que hay detrás de la mercancía, es decir, generando una conciencia acerca del trabajo y del valor. Es en el lugar de la “empresa solidaria”, autogestionada, desde donde puede subvertirse a la economía actual.

La formación de la “empresa solidaria”, como práctica que encarna los principios que promulga el “desarrollo humano” es un tema compartido tanto en los discursos como en las perspectivas del caso estudiado. Esta similitud revela algunas cuestiones importantes: 1) la centralidad del eje epistémico del desarrollo en la economía social y solidaria a través de sus nomenclaturas de “humano”, “local” y “alternativo”; 2) las modificaciones que éstas nomenclaturas ejercieron respecto a su lógica operacional, mas no a su lógica epistémica; 3) la correlación entre estas nuevas lógicas operacionales –basadas en la comunidad, en la territorialidad y bajo una lógica de autoorganización que explota los lazos sociales inmediatos- y la extensión de la forma empresa como modelo hegemónico para la participación en el mercado y en la sociedad.

Respecto a este último punto, siguiendo a Presta (2009) es la figura del emprendedor quien encarna este desplazamiento: si anteriormente las políticas sobre la “cuestión social”, alrededor de la “pobreza”, realizaron el paso de “pobres” a “asistidos”, en el contexto actual es el paso de “asistidos” a “emprendedores”. La “empresa solidaria” interpela a cada individuo a hacerse cargo de la gestión, tanto de sí como del grupo. El modelo de la empresa colectiva propugna resaltar y potenciar las capacidades individuales –liderazgo, compañerismo, solidaridad – para el bien común del colectivo. Todas estas capacidades en potencia deben estar subsumidas al emprendimiento económico, donde se juega el destino de sus propias vidas y de su comunidad, al intentar subvertir los principios del mercado participando en él. Entonces, nuevamente es “lo económico” la instancia última y organizadora de la existencia social. Esta apreciación compartida, tanto en los discursos teóricos de la economía social y solidaria como en las percepciones de los miembros de “La Asamblearia”, revela que la *otra economía* es una respuesta parcial al neoliberalismo, enunciada desde un imaginario eurocéntrico.

VI. 4. Utopía, alteridad y alternativa.

VI. 4 . 1. Alternativa al patrón, pero no al mercado.

Continuando con lo señalado en el apartado anterior, es “lo económico” quien estructura a la sociedad y su desarticulación y reorganización, permitiría la construcción de un mundo nuevo. Esta idea permitiría explicar porque existe una vasta coincidencia, tanto en “intelectuales” como en “trabajadores”, en señalar que a través de la forma empresa deba enfrentarse al neoliberalismo. Pero, a su vez, pueden darnos otras luces respecto a las discrepancias que unos y otros han dado a la noción de “alternativa” según el caso estudiado y al problema que nos atañe: la producción de conocimiento en la economía social y solidaria.

Como tuve oportunidad de señalar en el capítulo IV, los discursos de la economía social y solidaria sostienen que las diferentes prácticas socio-económicas clasificadas bajo tal nombre, tienen la potencialidad de sustituir y de superar a la economía capitalista. En una serie de oposiciones que sitúan al capitalismo como una economía “inhumana” y a la economía social y solidaria como su antagónico utópico, la superación del capitalismo está en curso, pero es necesario aún mayores esfuerzos en este proyecto. Para ejemplificar, tanto los desafíos que nos propone Cattani (2004) respecto a la construcción de *otra economía*, pasando por las distancia que hay entre la *economía popular* existente y la *economía del trabajo* en Coraggio (2004 y 2008) y finalizando en la propuesta de Razeto (1993) de la importancia de estimular el “factor C”, lo que vemos es que la noción de “alternativa” está estrechamente ligada al capitalismo como horizonte a superar. Nuevamente: si la economía cambia, cambia el mundo. Este presupuesto se ve tensionado cuando indagamos en lo que la cooperativa “La Asamblearia” entiende por “alternativa”. Como ya lo hemos señalado, ellos desean enfrentar al asistencialismo como política de Estado y al patrón como rol jerárquico que organiza el trabajo. No es una alternativa al mercado sino es una alternativa al asistencialismo y al patrón. En tal condición, la autogestión, la solidaridad y la confianza, son características que manifiestan un rechazo a que el control del trabajo y del salario quede en manos únicas, mas no cuestionando la forma “empresa” como modalidad de lucha.

Este desajuste entre la alternativa al capitalismo –y su superación como horizonte de desarrollo- y la alternativa al asistencialismo, nos conduce al problema que hemos tratado a lo largo de esta investigación: ¿A través de qué formas se establecen los conocimientos sobre los *otros*? Ya no se trata de la coincidencia de “intelectuales” y “trabajadores” respecto a la formación de la “empresa solidaria”: como hemos visto, ésta es de orden eurocéntrico en su epistemología. En cambio, en este punto se trata de la construcción de una intersubjetividad que permita reflexionar acerca de las prácticas propias del campo en cuestión. Es decir: de las relaciones de poder en la producción de conocimiento acerca de prácticas económicas *otras*. En este sentido, al analizar los discursos de la economía social y solidaria, hemos visto que las formas de producción de conocimiento que niegan las perspectivas históricas y las experiencias vitales de los sujetos sobre los cuales hablan, en el mismo movimiento en el que producen teoría, se apropian de la intersubjetividad de aquellos que representan. Si la alternativa al capitalismo, según los “intelectuales”, es la economía social y solidaria: ¿Dónde se halla la perspectiva de quienes son “trabajadores” de ésta? O como señaló Mirta, en un fragmento que nos permitimos citar nuevamente:

Suponete que vos venís, me haces preguntas y todo (...) a veces, una pregunta hace que uno se ponga a pensar cosas. Pero muchos no hacen esto. ¿Porque? (...) *la teoría dice lo que pasó, pero no hay una sugerencia (...)* Ojo, no es una crítica. Así como hay gente que compra y lleva, cada uno viene a buscar lo que quiere” (Mirta, 64, productora de artículos de aseo)³⁷

Estas distancias, que asumen la forma de una violencia epistémica (Castro-Gómez, 2002) explican porqué los miembros de “La Asamblearía” no suelen encontrar una teoría que les ayude a sostener sus esfuerzos ni que los represente en su particularidad. Para ellos, la alternativa se encuentra en el esfuerzo cotidiano de negar al patrón y de generar roles horizontales en la producción económica alternativa. Este esfuerzo necesita de *sugerencias*, ya que ellos lo *hacen en el camino*, y no lo cuentan como *algo que pasó*. En este ejemplo, la teoría tiene el poder de hacer estático lo vivo y de fijar en el pasado lo que está construyéndose día a día.

³⁷ El destacado es mío.

VI. 4. 2. Representaciones utópicas y *otredad* económica.

Lo que hemos señalado en las últimas líneas del apartado anterior, debe reunirse con lo que hemos señalado respecto a la homogeneidad como presupuesto epistémico, heredado del desarrollo, en la economía social y solidaria. Su doble dimensión, que supone un desarrollo uniforme a la par que uniformiza a los grupos sobre los que habla, es una operación intelectual propia del eurocentrismo. En este último apartado nos corresponde hablar de la segunda dimensión: la homogeneidad en que la *otredad* económica ha sido construida en el contexto argentino de la última década.

En el vasto mundo de la economía social y solidaria, en la cual cada caso tiene su propia especificidad al interior de una matriz de poder común –la colonialidad del poder– los aportes de la teoría han tendido a sortear el problema de la diferencia – es decir, de la historicidad y de los imaginarios que los dominados/explotados ponen en juego cuando practican la *otra economía*–, bajo el propósito común de reconocer la potencialidad de los emprendimientos. Como hemos intentado mostrar en el capítulo IV, al hablar de un proyecto incompleto, aún no realizado, que presenta una serie de características que la distinguen de la economía de mercado y que proyectan su superación, se refuerza un carácter alternativo y positivo en los emprendimientos de esta economía. En tanto carácter alternativo, se constituye como lo *otro*, como el espacio de la alteridad económica. Y en tanto positivo, como el *lugar de la utopía*. Al respecto, Cattani (2004b) señala que la utopía no es un concepto ni un marco teórico; es más bien, en este caso, una crítica a la economía de mercado, y es asimismo, la propuesta para su superación. La “utopía” que representa esta *otra* economía, está intrínsecamente ligada a su condición de *otredad* respecto a la economía de mercado. En este sentido, alteridad, utopía y mismidad son tres nociones que se corresponden mutuamente.

Reunir estas tres nociones en una misma constelación es parte de lo que Trouillot (1991) nos interpela a indagar en la tríada salvaje-utopía-orden, elementos centrales en la conformación del imaginario moderno/colonial. En particular, situar históricamente la conformación de la “utopía” permite visualizar que ésta no sería posible sin el establecimiento de una *otredad* en el pensamiento de occidente. Para el caso de la economía social y solidaria, la *otredad* económica, en su aspecto positivo, no es “el espacio del salvaje” (Trouillot, 1991) sino el *lugar de la utopía*. En tanto espejo crítico

e invertido del mercado, la economía social y solidaria, cómo hemos visto en sus definiciones, se opone punto a punto a la economía del capital. Pero este régimen de representación idealiza, si no distorsiona, las posibilidades de nuevos imaginarios que no deban definirse negativamente –en pares de oposición-. Esta estrategia clásica de representación del eurocentrismo (Coronil, 1999) se ve tensionada cuando se recuerda, por una parte, el lugar que ocupa la idea de “alternativa” en el proyecto colectivo de “La Asamblearia”, y por otra parte, las resistencias frente a las representaciones utópicas que los actores perciben de los discursos que hablan sobre ellos. Estas representaciones encuentran resistencias y rechazos en quienes son así textualizados:

(...) ese análisis como si fuéramos una anécdota pintoresca, un formato regional, y que queda ahí y esto no es (...) una anécdota ni un mundo tribal, como una otredad exótica que encima es orgánica, tiene diseño y bueno (...) acá estamos nosotros en contra de esa tendencia, porque estamos siempre al filo de convertirnos en una tienda gourmet, nosotros no somos una tienda de comercio justo en ese sentido, eso lo decimos siempre. (Carla, 48, presidenta de la cooperativa)

Como hemos señalado en el capítulo V de esta investigación, el abierto rechazo que los miembros de “La Asamblearia” han expresado por estas visiones “utópicas”, “armónicas” y “líricas”, deben comprenderse como una tensión que es producto de la violencia epistémica en la cual un cierto régimen de representación idealiza y distorsiona, las perspectivas, imaginarios y epistemes de los sujetos a los cuales su discurso refiere. En este sentido, los modos en como la colonialidad del poder coloniza los imaginarios de los así dominados/explotados no necesariamente revisten un carácter negativo, aunque no obstante, a pesar de un aparente carácter positivo – la “utopía”-, siempre en desigual posición en las relaciones de poder.

Finamente, el rechazo de la cooperativa de ser de esta manera representada, encuentra su explicación en lo que ha señalado Quijano (1998) en un análisis general de las economías populares. Allí señala que la solidaridad y la reciprocidad pueden ser el único recurso para la sobrevivencia (Op.Cit. 1998:141) y no así representar un proyecto alternativo³⁸. Esto puede verse con claridad en las diversas perspectivas adoptadas en el

³⁸ “(...) no son esas poblaciones el resultado de comportamientos o decisiones ideológicas, no de visiones intelectuales, ni de una previa y separada “ética de la solidaridad” sino más bien un “recurso para la sobrevivencia” (Quijano, 1998:141)

caso estudiado: los miembros de “La Asamblearia” no se sienten parte de una utopía, ya que esta imagen es sinónima de “armonía” y de “plenitud”, características que refuerzan el estado actual de las cosas, es decir, que hablan sobre *lo que pasó* y no sobre lo que *podría pasar*. La teoría no les ofrece una opción transformadora, aún cuando hable bien sobre ellos.

Hemos señalado en la primera parte de este capítulo que la crítica al neoliberalismo no puede darse sin poner en cuestión el modelo civilizatorio que encarna, es decir, no puede criticarse sin un profundo cuestionamiento y desmantelamiento de la colonialidad del poder. En el caso estudiado, lo que está en disputa es la creación de una intersubjetividad común, que se proponga como una memoria histórica de larga duración y que ayude a sostener los esfuerzos de quienes erigen prácticas socio-económicas *otras*. Analizar críticamente el campo teórico de la economía social y solidaria como parte central en la creación de esta intersubjetividad, es necesaria para la conformación colectiva de un nuevo imaginario, acorde a aquellos que a través de su trabajo, forjan día a día una *economía otra*.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de esta investigación hemos analizado en profundidad, bajo un enfoque vinculado al proyecto general de la Antropología de la Modernidad y en particular a la perspectiva del proyecto modernidad/colonialidad, las relaciones de poder y las construcciones de subjetividad en el campo de la economía social y solidaria en el contexto argentino del siglo XXI. Bajo la pregunta por los supuestos epistémicos y conceptuales de la “otra economía”, el presente trabajo ha intentado establecerse como un análisis de caso de la epistemología eurocéntrica, que ha perseguido tres objetivos específicos: en primer término, analizar un corpus discursivo de economía social y solidaria en el contexto nacional durante la última década y dar cuenta de sus supuestos epistémicos. En segundo lugar, relevar las percepciones y experiencias de los miembros de la Cooperativa “La Asamblearia” respecto a la economía social y solidaria. Y por último, analizar la dinámica de construcción de sentidos del caso estudiado como una forma de construcción de relaciones de poder/saber. En estos tres capítulos hemos analizado el caso en profundidad y expuesto las ideas centrales de la presente investigación. Sin embargo, aún resta exponer algunas últimas reflexiones globales respecto a lo que se ha dicho en la presente investigación.

Hemos afirmado anteriormente que la contradicción más profunda del campo teórico de la economía social y solidaria –y que este trabajo se ha encargado de señalar– ha sido contestar críticamente al neoliberalismo como si éste fuese una teoría económica, pero simultáneamente, y en la oscuridad de sus presupuestos, asumiendo una modalidad eurocéntrica de producir conocimiento. En el corazón de esta paradoja se encuentra una inquietud, presente en las últimas décadas, respecto a las posibilidades de transformación social en nuestro continente: ¿Se puede erigir una sociedad alternativa a la capitalista desde el *interior* del capitalismo, es decir, bajo su misma lógica moderno/colonial? O en otras palabras, en vistas a los resultados de este trabajo: ¿Significa esto que no hay un “afuera”, que no es posible un *desprendimiento* porque el mercado lo es *todo*? Esta última pregunta no ha sido un fantasma, sino un vampiro, que ha recorrido nuestro continente en los últimos lustros. Ha conseguido anestesiarse, en una profunda apatía, gran parte de las intenciones transformativas que alguna vez han movilizado, de manera discontinua pero enérgica, a las gentes de nuestro continente

desde que fue mal diagnosticado el “fin de la historia”. Aquella pregunta representa la contradicción que este trabajo ha abordado, y en tanto contradicción, merece ser analizada. No obstante aún faltará tiempo y esfuerzos para visualizar mejor el problema y responder colectivamente a éste de manera creativa, tanto en la producción teórica como en la producción de otros medios y modos para la vida. Sin embargo, y a pesar de las propias limitaciones, en éstas últimas páginas quisiéramos (re)afirmar la fuerza que tienen las teorías en tanto maneras de percibir y construir una realidad social. Late en aquella fatídica contradicción un problema epistemológico, pero como bien hemos usado la metáfora del corazón, late a su vez, la posibilidad de una opción epistemológica diferente.

La economía social y solidaria ha respondido críticamente al neoliberalismo como una teoría económica. En esta primera parte de la paradoja, es la lucha entre una teoría frente a otra, quedando al margen las condiciones de posibilidad sociales, económicas y políticas para que una de ellas se imponga y la otra luche por revertir este orden. Un enfoque que ausenta el análisis de las relaciones de poder permite pensar que una teoría pueda ser “más fuerte” que otra en sí misma, por *naturaleza*, de una manera similar a como nos ha hecho creer el eurocentrismo que el pensamiento del hombre blanco, heterosexual y europeo pueda ser “superior” al del latino, africano o asiático. En este punto, a la percepción errónea del neoliberalismo como una teoría económica, resaltando su carácter puramente discursivo y científico-técnico, resulta importante prestarle atención en un contexto de descontento generalizado, donde hay cada vez más movimientos y gentes que se cansan y protestan. ¿Será que se revelan contra el neoliberalismo como teoría económica? ¿O más bien, contra un modelo civilizatorio al interior de la actual matriz de poder moderno/colonial? El rol de la teoría emancipadora, de quienes continuamos el proyecto modernidad/colonialidad y de la Antropología de la Modernidad, es afirmar que revelarse contra una teoría es revelarse también contra la estructura de poder que ha logrado sostenerla y naturalizarla. Toda epistemología funda y es fundada por relaciones de poder. En este caso, el neoliberalismo no puede enfrentarse críticamente sin poner de relieve su fuerte lógica civilizatoria y totalizante, que pretende subyugar todos los ámbitos de la vida a la lógica del mercado. No es una teoría económica: es un proyecto filosófico, político y científico-técnico orientado a dominar/explotar la conducta humana.

A su vez, como segunda reflexión, se encuentra, precisamente, la segunda parte de esta paradoja: los presupuestos eurocéntricos que rigen la producción de conocimiento respecto a las alternativas económicas. La “otra economía” no logra desprenderse de la mancha eurocéntrica: del borramiento sistemático de lo *otro*, de lo *anormal*, de lo que no entra en la grilla clasificatoria. Esta modalidad de construcción de conocimiento, al negar las perspectivas locales y los saberes populares que se ponen en juego, eliminan la historia social de las gentes y al mismo tiempo, esperan un comportamiento equivalente entre diversos y heterogéneos grupos sociales. En el caso estudiado, la división entre quienes estudian a la economía social y solidaria y entre quienes son estudiados, responde a modalidades eurocéntricas del conocer y del representar, que crean a sujetos de saber sin darles participación en esta creación, y en el mismo movimiento, violentándolos a ser lo que los especialistas han creado. Bajo esta perspectiva se encuentra gran parte del estado actual de la producción teórica respecto a la economía social y solidaria, que en particular ha mostrado un especial énfasis en dar cuenta de *lo que pasó* y no en lo que *podría pasar*. En este sentido, la teoría de la actual “otra economía” parece no ofrecerles a los movimientos, cooperativas y organizaciones una opción transformadora. Lo cual no indica que en el futuro esta tendencia no pueda revertirse, ya que el eurocentrismo como matriz de saber moderno/colonial, esta cada vez más en duda, ya no sólo por quienes la han padecido, a través de la dominación/explotación a lo largo de los siglos, sino también por aquellos que se encuentran en diversas clasificaciones en el diagrama de poder y, particularmente en aquellos que, educados bajo el eurocentrismo, hallan en la producción intelectual un lugar para la (re)imaginación.

En el caso estudiado, como hemos mostrado en los capítulos correspondientes, lo que está en disputa es la creación de una intersubjetividad común, que se proponga como una memoria histórica de larga duración y que ayude a sostener los esfuerzos de quienes erigen practicas socio-económicas *otras*. Para que esto sea posible, creemos necesario desmarcar a la economía social y solidaria del desarrollo en particular y de la colonialidad del poder en general. Esto último significa en primer término, y como tarea inicial, aceptar la heterogeneidad de cada proyecto y su específica existencia en un contexto histórico dado. Pero más aún, implica una nueva relación en la conformación del saber: dar lugar a que los sujetos puedan producir los saberes que les sean propios y que sirvan para objetivar su experiencia, para mantenerla en el tiempo y socializarla.

Este reconocimiento, en pos de la generación de una nueva intersubjetividad para la economía social y solidaria, creemos que es una tarea fundamental para la conformación colectiva de un imaginario en el cual, tanto las ideas como las prácticas, tanto los saberes como los cuerpos, puedan sostenerse entre sí. En este sentido, las ideas que nos proporciona la Antropología de la Modernidad, en la cual se postula la desnaturalización de los dominios incuestionables de occidente –entre ellos la política, la economía y la epistemología- a través de la etnografía y del trabajo de campo, se muestran como idóneas para tal propósito, no obstante aún faltará tiempo y esfuerzos para resolver una pregunta central: ¿Bajo qué modalidades deberían producirse estos conocimientos *otros*? ¿Cuáles son *los métodos* dentro de este proyecto general de la descolonialidad?

Finalmente, esperamos que estas preguntas sirvan para sostener nuevos esfuerzos al interior del campo general de la economía social y solidaria. En particular, con el propósito de resolver la paradoja que motiva estas últimas reflexiones. Al respecto, desde la perspectiva de la colonialidad del poder, todo lo que no existe bajo el estatus del *adentro*, es decir, dentro de la grilla de inteligibilidad del eurocentrismo, no es un *afuera*, sino un *no-adentro*. La producción de saberes *otros*, pero desde la *diferencia* y ya no desde la *alteridad*, es una tarea urgente en pos de superar este aparente binarismo entre el *adentro* y el *afuera*. Pero esta tarea de producción, individual y colectiva, de saberes *otros* para una (re)imaginación de la vida, quedará como una opción latente. Quedará en manos de cada quien juzgar bajo su propio criterio hacia donde se debería dirigir la voluntad de su saber.

BIBLIOGRAFÍA CITADA Y CONSULTADA

- Abramovich, A. L. y Vázquez, G.** (2006) “Experiencias de economía social y solidaria en Argentina”. En Revista *Estudios Fronterizos*, Vol.8, N°15, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.
- Althabe, G. y Hernández, V.** (2005) Implicación y reflexividad en Antropología. En: Hernández, V.; Hidalgo, C. y A. Stagnaro (comp.) *Etnografías Globalizadas*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Arruda, M.** (2004) Socioeconomía solidaria”. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira.
- Batallán, G. y García, J.** (1992) “Antropología y participación. Contribución al debate metodológico”. En: *PUBLICAR-en Antropología y Ciencias Sociales*, año 1, No 1, Mayo, pp.79-89.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L.** (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.
- Caillé, A.** (2003) “Sobre los conceptos de economía en general y de economía solidaria en particular”. En: L' alter-économie. Quelle “autre mondialisation?”. *Reveu du MAUSS*, N°21 (Traducción de Françoise Blanc para la Maestría en Economía Social del instituto del Conurbano de la UNGS. Revisión del español: Georgina Andino)
- Carenzo, S.** (2010) La producción social de la espera. La experiencia del empleo-desempleo entre los varones chané de Campo Durán (Departamento Gral. San Martín, provincia de Salta) En: Berger, M y Cross, C (comp.) *La producción del trabajo asociativo. Condiciones, experiencias y prácticas en le Economía Social*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- Castro-Gómez, S.** (2010) *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Universidad Javeriana y Universidad Santo Tomás.
- _____ (2007) “Decolonizar la universidad. La Hybris del punto cero y el diálogo de saberes”. En: Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (Edit.) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá, Puj-Instituto Pensar/Universidad Central – Iesco, Siglo del Hombre Editores.
- _____ (2005) *La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- _____ (2000) Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro. En: Lander, E. (comp.) *La Colonialidad del saber:*

eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires, Clacso.

Cattani, A. D. (2004) La otra economía: conceptos esenciales. En: Cattani, A. D *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira.

_____ (2004b) Utopía. En: Cattani, A. D *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira.

Comas D'Argemir, D. (1998) *Antropología económica*. Barcelona, Editorial Ariel.

Coraggio, J. L. (2008) “La sostenibilidad de los emprendimientos de la economía social y solidaria”. En: *Otra Economía. Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen II, nº 3, 2008, pp. 41-57.

_____ (2007) *Economía social, acción pública y política: hay vida después del neoliberalismo*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.

_____ (2007b) “Una perspectiva alternativa para la economía social: de la economía popular a la economía del trabajo”. En Coraggio, José Luis (Org.), *La Economía Social desde la Periferia: contribuciones latinoamericanas*. Buenos Aires, UNGS-Altamira Ed.

_____ (2004) Economía del trabajo. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira.

_____ (1999) *Política Social y Economía del Trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad*. Madrid, Miño y Dávila Editores.

_____ (1992) “La Economía Social como vía para otro desarrollo social”.
Página web: <http://www.urbared.ungs.edu.ar>. Acceso: 07/07/2012.

Coronil, F. (1999) “Más Allá del Occidentalismo: Hacia categorías geohistóricas no imperiales”. La Habana, *Casa de las Américas*, 214.

De Jesús, P. (2004) Desarrollo Social. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira

Dussel, E. (2000) “Europa. Modernidad y Eurocentrismo”, E. Lander (comp): *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Clacso.

_____ (1994) *El Encubrimiento del Otro: Hacia el origen del mito de la modernidad*. Quito, Ediciones Abya-Yala.

Escobar, A. (1998) *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá, Editorial Norma.

- Esteva, G.** (2000) Desarrollo. En: Viola, A. *Antropología del Desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*. Barcelona, Paidós.
- Fabian, J.** (1983) *The Time and the Other. How Anthropology Makes its Objects*. Nueva York, University of Columbia.
- Figueira, P. y Concha, P.** (2011) “Comercio justo, otra cara del desarrollo”. En: *Gazeta de Antropología (Granada)* Vol. 27, Nº 1.
- Fontecoba, A.** (2003) “Economía Solidaria y Organizaciones Sociales. La experiencia de la Cooperativa La Asamblearia”. <http://tacuru.ourproject.org/7documentos.htm> (Consultado: 12/9/2012)
- Foucault, M.** (2007) *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE
- _____ (1979) *Arqueología del saber*. México: Siglo Veintiuno editores.
- Fukuyama F.** (2003) “Capital social y desarrollo: la agenda venidera”. En Atria R., Siles, M., Arraigada, I., Robison, L. y Whiteford, S. (Comp.) *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma*. Santiago de Chile, CEPAL- Universidad del Estado de Michigan.
- Gaiger, L. I.** (2004) *Emprendimientos económicos solidarios*. En: Cattani, A. D. (comp.) *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira.
- Gaiger, L. I. y Laville, J. L.** (2009) *Economía Solidaria*. En: Cattani, Gaiger, Laville y Hespanha (coord.) *Dicionário Internacional da Outra Economia*. Sao Paulo, Edicoes Almedina.
- Gambina, J.** (2005) “Los aportes de la Economía Social para el Desarrollo. El caso de las empresas recuperadas en la Argentina”, En: *El correo de Económicas, Revista de Economía, Universidad y Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Año I, Vol I, Nro I, 1er. Semestre de 2005.
- García Guerreiro, L.** (2010) “Espacios de articulación, redes autogestivas e intercambios alternativos en la ciudad de Buenos Aires”. En: *Otra Economía, Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen IV - Nº 6 – 1er semestre/ 2010.
- Grondona, A. L.** (2010) “Políticas sociales en Argentina. De tecnócratas y pastores”. En: Cassiglioni, I. y M. Sobarzo (editores) *Biopolíticas del sur*. Santiago de Chile, Editorial Arcis.
- Grosfoguel, R.** (2006) “La descolonización de la economía política y los estudios poscoloniales: Trasmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global” En: *Tabula Rasa*, Nº4. Bogotá, p 18-48.
- Guber, R.** (2011) *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

- _____ (1991) *El salvaje metropolitano. A la vuelta de la antropología posmoderna*. Buenos Aires, Legasa.
- Guerra, P.** (org.) (2007) “¿Cómo denominar a las experiencias económicas solidarias basadas en el trabajo? Diálogo entre académicos latinoamericanos acerca de la polémica conceptual”. En: *Otra economía. Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen I- N°1.
- _____ (2002) “Economía de la Solidaridad. Una introducción a sus diversas manifestaciones teóricas”. En: www.trueque-marysierras.org.ar/biblioteca2.htm. Acceso: 13/08/2012.
- Hinkelammert, F. y Mora, H.** (2005) *Hacia una economía para la vida*. San José. D.E.I
- Krotz, E.** (1987) "Utopía, asombro, alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica". En: *Estudios Sociológicos*, V (14): 283-301, México.
- Landaburu, L y Presta, S. R.** (2013) “¿Desarrollo o concentración de la riqueza? El caso de la fruticultura en el Alto Valle del Río Negro. Una mirada desde la Antropología Económica”. En: *Revista Textual. Análisis del medio rural latinoamericano*, N°61. México, Universidad Autónoma de Chapingo.
- Landaburu, L y Presta, S. R.** (2009) “¿Racionalidad o doble racionalidad económica?”. En: *Revista papeles de trabajo*, N° 17, Universidad nacional de Rosario.
- Lander, E.** (2005) “La Ciencia Neoliberal”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias sociales*, Vol. 2, N°11, Caracas.
- _____ (2004) “Eurocentrismo, saberes modernos y la naturalización del orden global del capital” En: Saurabh Dube, Ishita Banerjee Dube y Walter Mignolo (coord.), *Modernidades Coloniales*, Colegio de Mexico, 2004.
- _____ (2002) “La utopía del mercado total poder imperial”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 8, N° 2, Caracas.
- _____ (2000) “Ciencias Sociales: Saberes coloniales y eurocéntricos”. En: E. Lander (comp), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO.
- _____ (1997) “Modernidad, colonialidad, postmodernidad”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 4, N° 3, Caracas.
- Lins Ribeiro, G.** (2007) “Poder, redes e ideología en el campo del desarrollo”. En *Revista Tabula Rasa*, N° 6, enero-junio 2007, Bogotá, Colombia.

- Marañón, B.** (coord.) (2012) *Solidaridad económica y potencialidades de transformación en América Latina. Una perspectiva descolonial*. Buenos Aires, CLACSO.
- Marañón, B y López, D.** (2010) “Economía solidaria y sociedad alternativa en América Latina. Hacia una agenda de investigación desde la descolonialidad”. En: *Alternativ@s*, N° 67, México.
- Marqués, P.** (2009) “La Economía Solidaria como Nuevo Movimiento Social Contemporáneo”. En: www.economiasolidaria.org, 2009. Acceso: 11-07-2011.
- Meek, R.** (1981) *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*. Madrid, Siglo XXI.
- Mende, T.** (1974) *Ayuda o Recolonización. Lecciones sobre un fracaso*. Madrid, Siglo XXI editores.
- Mignolo, W.** (2003) *Historias locales / Diseños globales: Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid, Ediciones Akal.
- _____ (1995) *The Darker Side of Renaissance: Literacy, territoriality and colonization*. University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Milanez, F.** (2004) Desarrollo sustentable. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira
- Murillo, S.** (2012) *Postmodernidad y neoliberalismo. Reflexiones críticas desde los proyectos emancipatorios de América Latina*. Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
- _____ (2006) “Banco Mundial, Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social”. En: Murillo, S. (coord.) *Cuaderno del Centro Cultural de la Cooperación*, N° 70, Buenos Aires.
- Mutuberría Lazarini, V.** (2010) “El campo de la economía social en debate”. En: García, Alfredo (coord.) *Repensando la economía social*. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Mutuberría Lazarini, V. y Narodowski, P.** (2008) “La economía social cercada: el caso de la Cooperativa de Vivienda y Consumo Quilmes LTDA.” En: *Otra Economía. Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen II, n° 2.
- Nascimento, C.** (2008) “Autogestão: Economía solidária e utopia”. En: *Otra Economía. Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen II, n° 3.
- Oxoby, P.** (2010) “Una aproximación a las divergencias e implicaciones de los distintos abordajes a la Economía Social: países centrales europeos y América Latina”. En: *Otra Economía. Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen IV, N° 6. Buenos Aires.

- Petz, I. y Quintero, P.** (2009) “Refractando la modernidad desde la colonialidad. Sobre la configuración de un locus epistémico desde la geopolítica del conocimiento y la diferencia colonial”. En: *Gazeta de Antropología* (Granada) Vol. 25, N° 2.
- Polanyi, K.** (1992) *La gran transformación*. México, DF, Fondo de Cultura Económica.
- Presta, S. R.** (2009) *Paradojas de la Economía Social y Solidaria en el marco de las transformaciones en los procesos de acumulación de capital*. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires.
- _____ (2007) “La categoría de don en el marco de la economía social y solidaria”. Cuadernos de Antropología Social, N° 26, Sección Antropología Social, FFyL-UBA.
- Primavera, H.** (2004) “Moneda Social 1”. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires, Altamira
- Quijano, A.** (2008) “Solidaridad y capitalismo colonial / moderno”. En: *Otra Economía Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Vol. 2, N° 2. Buenos Aires.
- _____ (2007) “Colonialidad el Poder y Clasificación Social”, en S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel [eds.]: *El Giro Decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Pontificia Universidad Javeriana / Siglo del Hombre Editores, Bogotá.
- _____ (2001) “La colonialidad y la cuestión del poder” Texto inédito. Lima.
- _____ (2000a) “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina”, en E. Lander [comp.]: *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires.
- _____ (2000b) “El Fantasma del Desarrollo en América Latina”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias sociales*, 6 (2), Caracas.
- _____ (1998) *La economía popular y sus caminos en América Latina*. Centro de Investigaciones Sociales. Lima, Mosca Azul Editores.
- Quintero, P.** (2010) “Notas sobre la teoría de la colonialidad del poder y la estructuración de la sociedad en América Latina”. En: Papel de Trabajo del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural, n° 19, Rosario.
- _____ (2009) “Proyectos de desarrollo y prácticas de posdesarrollo en la cuenca media del río Pilcomayo”. En: Trincherro, H y E. Belli (coord.) *Fronteras del Desarrollo: impacto social y económico en la cuenca del río Pilcomayo*. Biblos, Buenos Aires.
- Razeto, L.** (2002) Ponencia presentada en el II Foro Social Mundial de Porto Alegre, en el *Seminario sobre la Economía de Solidaridad*. En: <http://www.economiasolidaria.net>. Acceso: 12/07/2012.

- _____ (2000) “La dimensión económica del tercer sector en América Latina”. En: Capalbo, Luis (comp.) *El resignificado del desarrollo*. Buenos Aires, Ed. CICCUS/UNIDA.
- _____ (1993) *Los caminos de la economía de solidaridad*. Santiago de Chile, Vivarium.
- _____ (1984) *Economía de solidaridad y mercado democrático*. Santiago de Chile, Programa de Economía del Trabajo.
- Restrepo, E.** (2007) “Antropología y Colonialidad”. En: Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.): *El Giro Decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Pontificia Universidad Javeriana / Siglo del Hombre Editores, Bogotá.
- Saez Riquelme, F.** (2011) “La economía social y solidaria como extensión del modelo empresarial hacia la sociedad civil” en Ficha de Cátedra *Una aproximación crítica en torno a la economía social y solidaria*. Subsecretaría de Publicaciones FFyL, UBA, 2011.
- Sahlins, M.** (1977) *Economía de la edad de piedra*. Madrid, Akal.
- Salgueiro, A. M.** (1998) “Referentes para el estudio de la cotidianidad desde una perspectiva etnográfica”. En: Saber docente y práctica educativa. Barcelona, Octaedro.
- Saltalamacchia, H. et. al.** (1983) “Historias de vida y movimientos sociales: propuesta para el uso de la técnica”. En: *Revista Iztapalapa*, Año 4, N°9, México.
- Singer, P** (2007) “Economía Solidaria. Un modo de producción y distribución”. En: Coraggio, José Luis (Org.) *La Economía Social desde la Periferia: contribuciones latinoamericanas*. Buenos Aires, UNGS-Altamira Ed.
- _____ (2004) Economía solidaria. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires: Altamira
- Trouillot, M. R.** (1991) “Anthropology and the savage slot: The poetics and politics of the otherness”. En: Richard Fox (ed.) *Recapturing anthropology: working in the present*. School of American Research, Santa Fe.
- Van Dijk, T.** (2006) *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Sevilla, Gedisa.
- Vargas Soler, J.** (2010) “Reestructuración económica y desarrollo local en la periferia: Una mirada desde la economía social al caso Rosarino”. En: *Otra Economía. Revista Latinoamericana de economía social y solidaria* Vol. IV, N° 6.
- _____ (2008) “Consideraciones en torno a las propuestas de constitución y desarrollo de otra economía en América latina”. En: *Otra Economía, Revista Latinoamericana de economía social y solidaria*. Volumen II - N° 3.

Velazco, H. y Diaz de Rada, A. (1997) *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid, Trotta. (Primera Parte)

Wautiez, B. S. y de Melo Lisboa (2004) “Indicadores de Economía Solidaria”. En: Cattani, A. D. (Org) *La otra economía*. Buenos Aires: Altamira